HUGO LINDO

ESPEJOS PARALELOS



MINISTERIO DE EDUCACION
DIRECCION DE PUBLICACIONES
San Salvador, El Salvador, Centro América.

**Hecho el depósito
que marca la ley.**

***Primera edición
Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA)
San José, Costa Rica, 1974.***

***Segunda edición
Dirección de Publicaciones
del Ministerio de Educación
San Salvador, 1978.***

**Impreso en la
DIRECCION DE PUBLICACIONES
Pasaje Contreras 145.
San Salvador, El Salvador,
Centro América.**

**PRINTED IN EL SALVADOR
CENTRAL AMERICA.**

LA NOVELA MECANICA

Generalmente, los sueños se me dan de una manera difusa, borrosa, en que los personajes mismos no alcanzan a tener la precisión necesaria para que los recuerde al despertar. Los acontecimientos se presentan, no sólo en desorden, sino, al parecer, sin la mínima ilación. Lo que empieza como una tertulia, toma el aspecto de un soliloquio; lo que en un comienzo es un caballo que pace con bucólica tranquilidad, resulta, a los pocos segundos, ser una bicicleta que corre sola y desaforadamente.

Pero a veces, amigos míos, raras veces, por cierto, el mundo de los sueños parece cobrar dimensiones de realidad: los seres se perfilan a maravilla, los paisajes se detienen, los acontecimientos se hilvanan, y yo mismo no sé distinguir si estoy soñando, o si estoy viviendo uno de los instantes auténticos de mi vida.

Hoy voy a contarles una experiencia onírica de lo más interesante que he tenido en mis cuarenta años de escritor. Ya ustedes conocen casi toda mi producción literaria, y estarán, como es inevitable, bajo la

impresión de que soy lo que se dice un ensayista más o menos aceptable. Lo que no admitirían ustedes, si lo oyesen decir a alguien, es mi calidad de novelista. No he escrito un solo cuento en mi vida. Si mañana, por ejemplo, dijeran los diarios: "...el insigne novelista don Arcadio Serrano acaba de publicar otra novela que, como todas las suyas, será un verdadero acontecimiento en el mundo de las letras", si dijeran eso los diarios, repito, ustedes sonreirían del candor del reportero que escribiese esas líneas.

Y sin embargo, señores, soy un novelista. Un "insigne novelista", si ustedes quieren, sólo que, como diría Aristóteles, **en potencia.** Toda mi vida he soñado con escribir una novela. He hecho varios ensayos que mi rigor autocrítico me ha impedido dar a conocer. He sufrido muchas decepciones. Pretendo llegar a escribir, un día de tantos, la novela que, considero, está haciendo falta en América. Una novela que sea algo más que un relato sentimental o un ensayo sociológico disfrazado con el ropaje de la peripecia; una novela que constituya una especie de corte geológico en el cual puedan verse, completos, los estratos de la sociedad americana, del alma del hombre americano, y del alma del tiempo que vive América... El empeño no es poca cosa. Y ustedes volverán a sonreír si yo les digo que ya lo hice, en cierta forma. En el mundo de los sueños. En el mismo mundo de los sueños en que los periódicos presentaron a ocho columnas, con la letra más grande de sus fuentes, la noticia despampanante cuya redacción comenzaba: "El insigne novelista don Arcadio Serrano acaba de publicar . . . "

Bien. Veo la sorpresa de todos ustedes, y hasta quedo bajo la impresión de que, allá en sus fueros íntimos, me están considerando como medio desequilibrado, o como un desequilibrado del todo.

Admito la realidad del estupor que los embarga, y hasta justifico, en cierta forma, la compasión que empiezan ustedes a sentir por mí. Mas estoy cierto de que cuando concluya de referirles lo acontecido, lo verdaderamente acontecido en aquella órbita, se sentirán reconfortados con los auxilios de una sana lógica y la ayuda de los más modernos principios científicos. Empero, les ruego un poco de paciencia, porque antes de entrar en lo medular del relato, tengo que comunicarles los antecedentes psicológicos que darán la clave para entenderlo.

* * *

A la hora del desayuno, como me levanto casi siempre tarde, apenas si me queda tiempo para tomar mi taza de café y leer los titulares del diario. Muy rara vez leo alguna noticia completa. Con informaciones tan sumarias como las que me dan los cabezales, me lanzo a los trajines cotidianos. Si alguien me pregunta:

—¿Ya supo, don Arcadio, que los ferrocarrileros van a la huelga? ¿Qué considera usted de sus razones?

Yo respondo con la seriedad del caso:

—El que se van de huelga, ya lo supe; externar, por el momento, criterio, me parece prematuro.

La verdad es que no puedo expresar opinión antes de la noche, porque es hacia las ocho o nueve, cuando ya mis obligaciones de profesor y mis compromisos con las editoriales me dejan libre, cuando yo tomo los diarios y, cuidadosamente, voy informándome de los acontecimientos y de los pareceres que en ellos constan.

Una de estas noches, leí que en los Estados Unidos acababa de construirse una máquina calculadora electrónica. Según las descripciones, aquello era un verdadero cerebro mecánico. Se proporcionan a la máquina los elementos de juicio, los datos matemáticos fundamentales; se aprietan botones, se adelantan o se atrasan palancas; se conectan switches, y en cosa de minutos la máquina realiza operaciones tan complejas, tan largas, tan difíciles, que los astrónomos pasarían años en resolver las ecuaciones intermedias. La máquina —agregaba la noticia— será usada en cálculos de astronomía, de física atómica, de aviación supersónica, de geometrías no euclídeas, y qué sé yo en qué cantidad de aplicaciones prácticas.

Quedé pasmado ante semejante noticia; pero, conocedor de más de uno de esos inventos maravillosos (y el linotipo es una de esas imponderables invenciones del hombre), acepté la realidad de la calculadora en cuestión. Me hice, sí, la reflexión, de que aquel cerebro electrónico realizaría todas las operaciones mentales de lo que Kant llamara "juicios analíticos", pero que no podría realizar una sola operación de carácter sintético. Es decir, que la máquina desmenuzaría, hasta polvillo quántico, las verdades contenidas en una ecuación cualquiera; que podría sacar de un dato general, la infinita gama de datos particulares que ya estaban implícitos en aquél; pero que no podría, por muy sabia que fuese, agregar un protón, un electrón, un neutrón de verdad nueva, completamente ajena a los datos iniciales.

Nosotros, los profesores, solemos buscar todos los ángulos posibles a una tesis. Me imaginé lo que la calculadora electrónica haría si, en vez de datos numéricos, se le proporcionasen, como punto de partida, verbos, sustantivos, pronombres, adverbios, adjetivos... y recordé, entonces, haber encontrado una vez, entre mis lecturas, un capítulo sorpresivo y sugerente a más no poder, del filósofo jesuita Garmar, que titulaba: "La Máquina de Pensar".

Busqué las "Sugerencias" de Garmar en mi biblioteca, di pronto con ellas, y empecé a releer el capítulo. Matemáticamente, sostiene el autor que el número de combinaciones posibles entre x elementos, es el conocido como **factorial** de x; que, por ejemplo, el 1, el 2 y el 3, pueden ocupar sólo 6 posiciones relativas, pues el factorial de 3 es 6, producto de la siguiente multiplicación: 1 x 2 x 3 igual: 6.

Así todas las letras del alfabeto, más los signos ortográficos, los blancos y corchetes y otros tipos que se emplean en las imprentas, serán por ejemplo 50. Unas cien fuentes completas, tendrán 5,000 unidades; el número de **todas sus posibles combinaciones,** será de **factorial** 5,000. La cifra es monstruosa, quizá incalculable, y si se inventara una máquina que pudiese barajar dichos signos y **combinarlos** en **todas esas com-**

binaciones posibles, se habría inventado una máquina capaz de escribir, desde las más estúpidas historietas de lujuria, hasta las excelsitudes de la Biblia.

* * *

Se hizo tarde, y me fui a la cama. No podía conciliar el sueño. Las calculadoras electrónicas y las máquinas de pensar, me torturaban las sienes. Entraba ya a lucubrar sobre si el pensamiento no estaría sujeto a meras leyes mecánicas, matemáticas, y la realidad psicológica del hombre no pudiera reducirse, como insinúa Garmar, a una mera cifra factorial entre las posibilidades de combinación de palabras o ideas, cuando me empezó a invadir un sopor.

* * *

Alto, rubio, transparente, el Profesor Williamson me miró al través de las gruesas lentes en que se sumergía su penetrante mirada azul. Arrugó el ceño, y con un ademán misterioso de su mano fina y larga, me señaló una puerta:

—Now, my dear Professor Serrano, you wil see...

¡Ahí estaba la calculadora electrónica de la Universidad!

Por una deferencia, el Profesor Williamson empezó a hablar en un castellano bastante correcto:

—Como yo no soy matemático, he procurado introducir en este cerebro mecánico, algunas modifica-

ciones que le permitan ser útil para otras actividades intelectuales.

—Y ¿para la filosofía?

—¡Oh no!... Empecé ensayando con Filosofía. La máquina recibía las sugerencias iniciales, y las iba elaborando con rapidez. Pero fue un fracaso.

—¿Un fracaso?

—Sí: en vez de concluir estructurando un sistema original, que me hubiera permitido presentarme ante el mundo de la especulación como el creador de nuevas posiciones del espíritu, la máquina terminaba siempre con un solo nombre. Generalmente, escrito en griego: Heráclito, Parménides, Demócrito, Pirrón... ¡No logré ninguna novedad!

—¿Entonces?

Tomó un aire solemne y continuó:

—...Pero yo me tengo que morir esta noche, y le voy a dejar esta maravilla... Usted es, Profesor Serrano, el único hombre que le puede sacar provecho... El mundo ignora que este cerebro existe así, acomodado para el servicio de las letras.

Y empezó a enseñarme su manejo.

Luego, la figura alta, rubia, transparente del Profesor Williamson, se transparentó hasta lo indecible, hasta lo imposible... ¡Y me vi dueño de aquel portento que me permitiría ser el más grande novelista del mundo!

Yo preparaba una receta más o menos en estos términos:

Amor	15 partes
Otras pasiones humanas	10;
Buen humor	10;
Tragedia	10;
Optimismo	25;
Paisaje	10;
Estilo	20;
TOTAL	100 partes

El artefacto echaba a andar. Un ruido de piezas interiores, y el papaloteo de las cuartillas que salían disparadas por un viento artificial. A los pocos minutos, la obra se encontraba perfectamente impresa. Con aquellos elementos, la máquina creaba la novela, sin falsear en un adarme las dosis que le habían sido suministradas; "paraba" el material en una especie de linotipo acoplado, en el cual no podía haber el mínimo error de ortografía o de puntuación; pasaba las páginas, en perfecto orden de numeración a la correspondiente sección de estereotipia, y luego a la rotativa. Todo en un solo cuerpo, sobrehumanamente organizado. Todo eficiente e inmediato. Hasta la encuadernación.

Y al día siguiente, los diarios hablaban de la obra. Empezaron a lloverme calificativos agradables. Cada libro que salía de mi artilugio, hacía elevar el tono de los epítetos. Con los primeros trabajos, fui "el

hallazgo de las letras de América"; con los siguientes "extraordinariamente talentoso"; con los otros, "el maestro de la novela americana"; con las últimas obras, ya se me empezaba a llamar "genial".

Entonces se me ocurrió introducir algunas modificaciones en la maravillosa invención. Ya no le daría recetas, más o menos artificiales. Ya sólo le daría órdenes al través de un micrófono. Ordenes precisas, tajantes, que el cerebro mecánico se encargaría de realizar sin dilaciones ni excusas.

Llamé en mi auxilio al espíritu del Profesor Williamson, y sentí una auténtica iluminación interior. Me atreví entonces, con un atornillador, unas tenazas y un soldador eléctrico, a meter mis pecadoras manos en aquel laberinto de alambres y válvulas. Cambié de sitio algunos tubos, agregué unas conexiones y alteré otras. Me sentí completamente seguro de lo que hacía. Y ensayé de nuevo.

Al instalar el micrófono, dije a la máquina.

—Quiero escribir la mejor novela que hasta el momento se haya escrito en Centro América.

Estuvo el cerebro, al principio, un tanto lerdo. Subí el voltaje. Esperé a que se calentaran los tubos, y repetí la orden.

Entonces sonó una campanilla, y comenzó el rítmico golpeteo de las matrices linotípicas. Nació mi voluminosa novela "Silencio del Trópico", en edición de lujo. La crítica la acogió, desde el primer instante, como la más grande y noble novela centroamericana escrita jamás.

Quise ir más lejos, y ordené la mejor novela de toda Latino América. Fue entonces cuando los periódicos del Continente se deshicieron en elogios de la forma, del fondo, del dinamismo, etc., de mi obra "El Cóndor", novela muy por encima de "La Vorágine", de "Doña Bárbara", y de cuanta otra pudiera haberse escrito en la América Hispana.

De esta misma calidad, ordené otros tres o cuatro libros. El orbe estaba ya asombrado no sólo de la estructura y el estilo, sino de la abundancia del material que yo lanzaba a los mercados.

Pero yo no estaba satisfecho.

Pedí la mejor novela de la literatura moderna en todo el globo. El cerebro mecánico la dio. Mi fama no podría ya ser superada.

Mas a medida que aumentaban mis facilidades, más me embargaba cierta pereza mental. Al principio siquiera leía yo las obras que salían de mi fabulosa maquinaria; después, ni eso... Las dejaba circular con la irresponsabilidad más estupenda, y sólo me molestaba en leer lo que de mí decían los diarios de los cinco mapas continentales.

De pronto, quise dejar de una vez por siempre, estampado en letras de oro, como se dice en lenguaje cursi, mi nombre en los fastos de la historia. Y ordené a la máquina la impresión de la mejor novela del mundo, de todos los tiempos.

Crujieron las ruedas dentadas, sonaron las matrices, se escuchó el ruido de las bielas, y empezaron las cuartillas a caer en el depósito en que esperarían

la mano mecánica que, desde el sector de encuadernación, vendría por ellas.

La máquina trabajó como nunca: dos, tres, cuatro horas.

Yo tomaba, morosamente, mi taza de café, cuando la campanilla que avisaba el final de la obra, me indicó la necesidad de desconectar.

Al día siguiente entró en mi despacho, desaforada, medio loca, una señorita a quien yo no conocía. Agitaba en las manos, frenética, un ejemplar de periódico. Me lo restregaba por la cara, y me decía:

—¡Infame! ¡Infame!... ¡Lea!...

Y yo leí en grandes titulares:

"El profesor don Arcadio Serrano, un impostor." El subtítulo rezaba: "El gran novelista mundial se ha vuelto loco: ha cometido el más estúpido plagio literario de la humanidad."

—¿Cómo es esto? —pensé—. ¿Se habrá equivocado el cerebro mágico? ¡Imposible!

Impulsivamente, me dirigí a la bodega, en busca de mi última obra, de la mejor novela escrita en el mundo en cualquier tiempo de la historia. Abrí y empecé a leer.

"En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, vivió ha mucho tiempo, un hidalgo manchego, de los de lanza en astillero..."

ABN AL JASCHID

Hay que reconocer que la idea de Abn Al Jaschid fue original sólo hasta cierto punto. Los grandes elogios que recibió, parecen radicar más en el valor práctico, que en el valor científico del invento, porque, al cabo, cualquier otro químico del Universal Technologic Institute, habría podido venir a parar a lo mismo.

Se le había encomendado el desarrollo de una de las más interesantes cadenas del carbono, en busca de un material plástico que, transparente como el vidrio, tuviese un alto grado de fusión, una gran elasticidad, y algunas otras características señaladas en la cédula de requerimiento. La cadena le había dado ya varias sorpresas, porque el carbono, como algunas tribus africanas, guarda sus propios misterios.

Por ejemplo, estaba el asunto aquel de un alcohol verde claro, perfectamente imprevisto, cuyo delicioso aroma de claveles le había puesto una borrachera súbita de la mejor calidad, y que, bebido en dosis mínima, lo había echado a dormir cuatro días seguidos, soñando en una hermosa bacanal. Esto, para sólo mencionar una

de las sorpresas intermedias. Porque la máxima fue la que produjo su triunfo y su fracaso. Yo estoy seguro de que Abn Al Jaschid no dio en ese clavo intencionalmente.

El trabajó en silencio. No puedo afirmar que honestamente buscara sólo esa especie de vidrio sintético que le había pedido el Instituto, porque sé lo fantasioso que ha sido siempre mi amigo el árabe. Como que lo conocí en una ciudad mediterránea, que hoy no puedo recordar cuál era, hablando de una especie de química-poética, llamada a revolucionar la aplicación práctica de su ciencia.

—Vea usted —me dijo—. El mundo occidental está perdiendo su tiempo en estos territorios científicos, porque se ha propuesto ganarle tiempo al tiempo... Le parece una paradoja; pero no es. Como el interés que tienen mis colegas europeos y norteamericanos, es el de hacer las cosas más rápida y cómodamente, se han olvidado de que lo que en verdad nos hace los minutos más breves y amables, es lo que no tiene valor práctico.

—Pero no me negará Ud. que es una maravilla tener disponibles lo que pudiéramos llamar signos del siglo XX: el radio, el automóvil, la cinta engomada que los gringos llaman "tape", el sistema de venta a plazos, el Corn Flakes supervitaminizado y con rayos ultravioletas...

—Es una maravilla, si Ud. quiere, cuando todavía no los tiene. Pero cuando ya los tiene no sabe qué hacer con ellos, como no sea trabajar. Y entonces resulta que en vez de haberle robado tiempo al trabajo en general, lo ha hecho Ud. con cada uno de los trabajos particulares que tiene pendientes, con lo cual le queda más tiempo disponible para trabajar. Ha citado con acierto el asunto de las ventas a plazos. Eso ocurre con todo. Cuando usted está terminando de pagar las letras del carro, ya le empiezan a cobrar los papelitos verdes de la refrigeradora, y no ha concluido con ellos, cuando el banco le avisa el descuento o redescuento de los pagarés que firmó a favor del vendedor de radios. Su presupuesto no se desahoga nunca: por lo contrario, está cada vez más ahogado.

—¿Y qué propone usted?

—Nada. Poner la ciencia al servicio del disparate.

Un escritor francés que estaba con nosotros sonrió levemente, mientras en los ojos se le encendía una chispita de latina aprobación. En cambio, un corredor británico —pipa, shorts— se quedó viendo con los ojos de pizarra, el agua quieta de la alberca del hotel. No dijo nada. Pero todos sentimos la rotundidad de su desacuerdo.

No me extrañó el asunto cuando vine a saberlo. Pocos días de permanencia y de conversación con el árabe en aquel hotelito inolvidable, me habían dado la certeza de que, tarde o temprano, Al Jaschid inventaría o descubriría una aplicación perfectamente disparatada de la química.

Tenía, indiscutiblemente, "elán" poético. Envuelto en una túnica semi-aérea, cerraba los ojos para hablar de sus viajes:

—Ibamos navegando por las Columnas de Hércules. La noche estaba llena de ojos, y el mar se despeinaba una melena brutal...

O bien:

—¡Las palmeras!... ¡Ah, las palmeras!...

Era el acento. No eran las palabras. Decía aquello con un acento tal, que en la mente de sus interlocutores se pintaban nítidos, el desolado paisaje del Sahara, o los mercados beduinos, o... ¡A eso vamos!

Una tarde tomábamos el té. El cielo empezó a cambiar de tonos, y, con el cielo, también el agua de la piscina, porque llegaron unas ninfas en mallas de todos estilos, colores, y hechuras. Displicentemente, con la dignidad del hombre que sabe tomar té, me dijo entonces el químico:

—Eso de la monogamia es una estupidez.

Esperé que fuese desgranando uno a uno los argumentos conocidos, que con tanta firmeza y documentación rebaten nuestros textos de moral. Pero no fue así. Continuó:

—Si es cierto que hay un cielo, ése debe ser el de Mahoma. No me crea un epicúreo... es que sin la vida sensual no hay imaginación posible, y en donde no hay imaginación podrá haber cualquier cosa, menos cielo.

Antes del triunfo, el único que supo de su hallazgo, fui yo. Por eso tengo la primacía del relato, con los derechos de la idea inscritos bajo el Nº A-7291 del Libro Cuarto de Inscripción de la Propiedad Químico-Literaria

del Instituto Universal de Tecnología. Me hizo la confidencia después de unas cuantas noches de juerga en todas partes. De Nueva York a París, de París a Washington, de Washington a la sede del Instituto. El árabe solía beber lentamente, con una gran parsimonia, pero en cantidades muy dignas de estimación.

—Venga usted a ver...

Me mostró una caja como esas en que los niños guardan sus cubitos con letras o los trocitos de construcción. Sólo que aquí había pequeños rectángulos de unos seis por cuatro centímetros, de una especie de yeso reseco, de diferentes tonos de rosado y amarillo.

—¿Qué es esto?

—Ya lo verá.

Y en vez de invitarme a té o whiskey, sacó una tabaquera de rapé, y me ofreció un polvillo blanco. No supe qué hacer con el polvillo, de modo que esperé a que él me diera el ejemplo. Puso una cantidad pequeña en la uña del pulgar, y lo aspiró por la nariz, como un perfume. Yo lo imité. Seguimos conversando de diversos tópicos, y repetimos la hazaña varias veces. De pronto la atmósfera se puso levemente dorada. Debió de ser la hora.

Abn Al Jaschid tomó —recuerdo bien— el rectángulo número seis, que era de un tono terracota, y me llamó al cuarto de baño.

—Pase lo que pase... ¿Me jura que no lo dirá a nadie todavía?

Juré con toda la solemnidad del caso.

Colocó el rectángulo en el piso y abrió la llave de la ducha. El agua fría empezó a caer sobre el ladrillo de yeso, que la sorbía con una avidez increíble. Y se iba hinchando. Subiendo. Tomando estatura y color y... ¡cuerpo entero de mujer!

—Se la presento: es Edith Mellow, modelo de Los Angeles...

Sin duda por su profesión, la chica no se extrañó de ver su morena y turgente desnudez, frente a dos hombres.

—Very glad to meet you...

No le respondí el cumplido por no hablar innecesariamente. La señorita Mellow estaba de rechupete.

Más tarde, el árabe me explicó. En la cajita de pequeños ladrillos tenía su harem, porque en los Estados Unidos es ilegal la poligamia. "¡Una estupidez!" Se encontraba, pues, a cubierto de todo riesgo jurídico y policial, mediante ese descubrimiento, que estaba al final de la cadena de carbono cuyo estudio le encomendara el Instituto.

—Están deshidratadas, conforme a mi procedimiento secreto. Cuando quiero la presencia de una de ellas, no hago más que combinar la pastilla con H_2O, que se puede encontrar en cualquier grifo. Luego, las torno a deshidratar. No sufren. Por lo contrario, les complace. ¿No es así, Edith?

—¡Oh, yes!...

* * *

Dos estupefacciones más me guardaba la caja de sorpresas de mi amigo el árabe.

Me produjo la una cuando me indicó que, luego de cavilar, había llegado a la conclusión de que era conveniente y humanitario, hacer público su descubrimiento.

—En una sociedad tan llena de rutinas y de pequeños intereses, tan ahíta de su propia técnica, en que ya la gente empieza a desconfiar del valor de las ciencias y del gozo de la vida, esto va a tener más alcances que la desintegración del átomo. Bien sé que si pregunto sobre esto a los políticos, a los clérigos, a los moralistas, van a poner el grito en el cielo. Por eso hice una encuesta entre poetas y pintores, entre músicos y borrachos. Y todos están de acuerdo en que es necesario, porque va a producir un desquiciamiento.

La otra sorpresa fue que un día me mostró, en su despacho, un grueso tomo escrito de su puño y letra, en caracteres árabes. El título estaba en árabe y en inglés. En este idioma pude entenderlo. Rezaba "HACIA LA PAZ MUNDIAL POR LA IMAGINACION". Eran como novecientas páginas.

—Es una obra escrita para que la entiendan los sociólogos y otras gentes sin imaginación —me indicó—. Ya la traducción al inglés está por terminarse, y, en cuanto se concluya, editaré la obra por mi cuenta.

* * *

En el Universal Technologic Institute había esa mañana de invierno, reunidos alrededor de setenta

estudiosos. Se trataba de la adjudicación de los premios Novel, establecidos por el millonario K. W. Novel, de Massachusetts, para premiar las novedades máximas en cualquier rama de la ciencia o del arte.

Ahí químicos franceses y matemáticos alemanes. Ahí mecánicos y poetas de fama mundial. Ahí entendidos en boxeo y en fabricación de conflictos internacionales, ahí pacifistas y toreros. Todas, prácticamente todas las actividades del hombre, como bien saben mis lectores, se hallan representadas en las famosas sesiones del Fideicomiso Novel.

Y los asistentes estaban de acuerdo en conferir a Abn Al Jaschid el premio, el único premio, por sus mujeres deshidratadas, que tanto consuelo habían traído a corazones tristes, y tanta paz a muchos hogares celosos.

Sin embargo, lo encontraban inmoral. No. Francamente, no se podía.

—Pero sería injusto no otorgárselo.

—Sería injusto.

De aquella brillante reunión de eminencias, había de salir una fórmula que conciliara los intereses de la ecuanimidad con los de la ética. Y salió. Se dispuso otorgar a mi amigo el árabe, el Premio Novel de la Paz, por su libro sobre el poder de la fantasía en las relaciones internacionales, libro, por cierto, que muy pocos conocían y que los políticos no habían apreciado en todo su valer.

Conforme lo requieren las bases del Fideicomiso,

el premio debería ser entregado con gran pompa y ceremonia, en la casa de habitación del favorecido.

* * *

Llegó el día fijado en el acta. Amaneció cayendo una lluvia delgada, punzante y fastidiosa. Soplaron vientecillos helados. Hacia el mediodía, se descolgaron unos nubarrones grises, y un robusto huracán empezó a batir puertas. Abn Al Jaschid fumaba su narguile, cuando el ventarrón le llevó parte del tejado, en el saloncillo de la biblioteca. No pudo hacer mucho caso al incidente, porque en ese momento llegaban, mojados a más no poder, los tres ministros del Fideicomiso Novel, con el pergamino, la medalla y el cheque, precedidos de banda militar y seguidos de un hormiguero de fotógrafos de prensa.

Lo que vieron, fue la ruina de mi amigo el árabe.

El ganador del Premio Novel de la Paz, tenía su casa en la más desastrosa de las guerras, como bien registraron las películas cinematográficas y las placas fijas, y como el lector, sin duda, pudo advertir en el diario que llega a su casa.

Al levantar el viento el trozo de techumbre, la lluvia, ya impetuosa, cayó sobre la librera en donde estaba el harem deshidratado. Y la guerra no era sólo entre Zulema y Astrid, Abdara, Edith, Pilar y las demás... Se hubieran tolerado recíprocamente, de no haberse también mojado aquel trozo de yeso, cuyo número no registra la historia, y que se hacía llamar Cristina... o Jorge...

LA ULTIMA EPIDEMIA

Se ha dicho de Stephen Morley que era un maniático, y que todas sus obras, desde la **Biología de los mares del sur,** que le sirvió de tesis doctoral, hasta la famosa **Sensibilidad de crustáceos y moluscos,** editada en 1956 por W. Prescot, Jr. Co., no son sino la insistencia casi morbosa en un punto de vista científicamente inadmisible, pero desarrollado con clara unidad, con inteligencia notable y en un inglés muy convincente. No entraré a discutir ese punto, que no es de mi especialidad; pero hay algo que sí puedo alegar y testificar en favor del colega Morley: de todos los integrantes del Instituto de Investigaciones Superiores de San Diego era, a mi juicio, el de más refinadas dotes naturales de observación, el de la intuición científica más aguda para enderezar sus investigaciones. Entre nosotros lo llamábamos "Olfato".

El fue el primero en darse cuenta de que algo raro estaba ocurriendo. Y lo advirtió en los primeros instantes, por una simpleza, por un detalle mínimo en la conducta de sus hijos Steph y Sam, mellizos roza-

gantes y pendencieros de once años de edad. Algo en que nadie habría reparado, o, de advertir, no habría tomado en cuenta. Menos aún para llegar a tan atrevidas hipótesis como las que Morley expresó tan a los comienzos, y que en breve término resultaron plenamente comprobadas por los hechos. Aunque parece que hubo todavía un antecedente, una minucia anterior a la observación de la conducta de los niños. Fue lo del robo en el jardín.

Notó una mañana que del jardincillo trasero de su casa faltaban todos los implementos: la cortadora eléctrica de césped, el rastrillo, la manguera... Nada tendría de particular, si Bull no fuera un vigilante de tan fieras condiciones y de oído tan fino. Sin embargo, Bull no había dado la menor muestra de inquietud en toda la noche. Pensando en que pudiera haber sido narcotizado por algún medio sumamente hábil, dado que no se dejaba acercar a la gente, Morley le tomó sangre y saliva, e hizo en el laboratorio del Instituto los análisis que consideró pertinentes. No había el menor rastro de sustancias químicas. Más tarde, Bull se puso a jugar como un cachorro, nada menos que con Pitty, la perrita lanuda de los vecinos, que se metía por entre la cerca de cipreses, y a la cual Bull, generalmente, no podía ver. La correteaba con grandes ladridos, y si no la había destrozado ya, era sólo porque no le había dado alcance.

Luego, lo de los muchachos. Steph y Sam pasaron casi cuatro días sin discutir violentamente ni agarrarse a mojicones: parecieran haber perdido su jocunda

vitalidad y hasta su tempestuoso temperamento, y, sin embargo, no se hallaban enfermos. Eso era demasiado anormal; pero cualquiera otro que no fuese Morley, se habría contentado con una explicación somera. El tuvo la suspicacia necesaria para hilvanar este incidente con el extraño comportamiento de Bull.

—Señor Flores —me dijo confidencialmente—: está pasando algo muy curioso, y la intuición me indica que puede ser terrible.

Y me contó sus sospechas, pidiéndome, sí, que a nadie las comunicase. El se dedicaría a indagar el asunto más a fondo, y, si ratificaba sus conjeturas, presentaría un estudio al Instituto. Le prometí guardar silencio; pero le solicité continuar participándome lo que tuviere a bien. Quizá yo también sea un poco maniático; pero lo cierto es que tuve confianza en la inteligencia y la penetración de mi colega.

No me equivoqué. Durante la reunión del Directorio en que Stephen Morley presentó su breve monografía —no serían más de unas veinte páginas, con algunas fotografías curiosas— fui el único que lo escuchó sin recelo y el primero en apoyar sus puntos de vista, al menos como hipótesis dignas de estudiarse a fondo.

Los fundamentos de su tesis eran ahora más abundantes: en la sangre de Bull, en la de Sam y Steph, en la de la señorita Yolanda —esa solterona agria que atendía el conmutador de teléfonos del Instituto, y que últimamente había estado tan extrañamente cordial—, en la de otras quince o veinte personas y algu-

nos animales, Morley había encontrado un factor nuevo. La monografía presentaba todas las reacciones bioquímicas llevadas a cabo, con una minuciosidad muy digna del talento de "Olfato". Además, había unas cuantas microfotografías, tomadas a través del microscopio electrónico del Instituto, en las cuales aparecía una especie de virus.

Su tesis era que había comenzado una epidemia, y que pronto, si no se tomaban las debidas precauciones, se extendería por todo el Estado de California, si no lograba afectar la Unión entera, y eventualmente, al mundo.

¿Orígenes del virus?... Existían suficientes antecedentes —informaba Morley— para asegurar que no eran de este planeta. Había llegado a través de los espacios interestelares, probablemente de nuestra misma galaxia; pero en ningún caso de nuestro sistema solar. Sobre este punto, las reticencias de los colegas podrían ser vencidas con sólo considerar la frecuencia cada vez mayor con que los llamados "platillos voladores" y artefactos extraños de otras formas, como los "cigarros", hacían sus incursiones sobre la Tierra. Ya casi nadie discutía que tales aparatos fueran de procedencia extraterrenal. Pero había algo más: de una cápsula de metal no reconocido, que bajara en las proximidades de San Diego muy recientemente, y que provocara una excitación pública intensa, Morley había logrado extraer una sustancia viscosa que, analizada también al ultramicroscopio (y ahí estaban las pruebas fotográficas) presentaba la misma especie de virus

existente en la sangre de personas y animales. La proyección magnificada de ambas imágenes, fue para todos los miembros del Directorio un impacto tan inesperado como convincente.

—Esto es terrible... —me dijo—. ¿Se da cuenta mi amigo Flores, de que nos están...? ¡Es una epidemia monstruosa!...

Sí: las ocurrencias habían aumentado muy notoriamente. Hasta el viejo boticario Mr. Spencer, apodado "El Intratable", había dulcificado su carácter. Se dio el caso de que un tranvía para blancos fuese abordado por cuatro personas de color, y no hubiera la menor manifestación de protesta o desagrado por parte de los pasajeros. El mal cundía. Se extendía como una epidemia. Pero pronto pudimos saber que no era una epidemia. Parecía serlo, por la forma ultracontagiosa en que se presentaba; pero la epidemia es por definición un brote intenso, extendido y pasajero. Y las personas que iban recibiendo el virus y el nuevo factor en su torrente sanguíneo, se quedaban simplemente pacíficas, dulces, amables. No importaba cuál hubiera sido su carácter anterior, ni su educación, ni sus costumbres.

Ahora bien: en lo que no podía estar de acuerdo con "Olfato" era en que aquello pudiera calificarse de "terrible" o de "monstruoso", como él decía. Era precisamente lo que la humanidad había soñado por tantos siglos. Acaso desde la aparición del primer Neanderthalensis sobre la faz del globo. Y ahora nos venía como un regalo de las altas esferas, como algo que, si

no pudimos conquistar nosotros, se nos otorgaba **bona gratia.**

Mas también en esto Morley tenía razón. Se anticipaba.

A los pocos días, "The Chronicle" publicaba la noticia de que las autoridades habían resuelto la fusión de tres tribunales de lo criminal, porque la disminución del trabajo en todos ellos no ameritaba los gastos administrativos de varias oficinas. Pronto, en el mismo diario, se anunciaba la supresión de los demás juzgados criminales. Quedó funcionando sólo uno y no por mucho tiempo. Se redujo también el personal de la policía secreta y el de la uniformada: los hechos delictuosos, y de modo especial las violencias contra la vida y la integridad personal, experimentaban un descenso notorio. Los editoriales del diario señalaban a San Diego como un ejemplo de sana convivencia, que debería ser seguido por todos los Estados Unidos.

¡Pero vaya uno a saber cómo son las cosas! Mi hermano, el doctor Edwin Flores, traumatólogo de nota, me informó que estaba preocupadísimo: fuera de los casos debidos a accidentes de tránsito, ya era muy poco lo que tenía que atender. No había reyertas y, en consecuencia, escaseaban los heridos, los tundidos, los fracturados. Su hospital estaba reduciendo la planta de cirujanos, traumatólogos y enfermeras. Había demasiada gente para poco trabajo. De algo semejante se quejó mi vecino, abogado especialista en divorcio: la mayoría de los clientes a quienes tramitaba la disolución de su matrimonio, estaba ya avenida... No

llegaban pleitos nuevos e ignoraba cómo iba a enfrentar las necesidades de su familia.

El virus, de acuerdo con las fotografías, presentaba un remoto parecido con la figuración convencional de los querubines; un núcleo central, de color celeste, con una leve incisión en la parte inferior, hacía pensar en un rostro infantil; un par de apéndices vibrátiles relativamente anchos, traía a la memoria las dos alitas que complementan la imagen. No sin cierto sentido del humor, todos dimos inmediatamente en el Instituto, en llamarlos así, "Querubines".

Morley, que ya me había manifestado sus temores sobre todo aquello, estaba en verdad algo más que suspicaz: se hallaba aterrorizado. Y sin decirme nada se dedicó a preparar una vacuna que pudiera inmunizarlo frente a la epidemia. Partió de un principio filosófico, que dejó anotado en su libreta: "Todo equilibrio —apuntó— se halla constituido por dos fuerzas contrarias. El desaparecimiento de cualquiera de ellas rompe indefectiblemente la estabilidad de los seres y las cosas. Y como en este caso particular está destruyéndose el equilibrio de la humanidad, hay que buscar una manera de contrarrestar esa fuerza beneficiosa que puede causarnos tanto daño".

Siguiendo con su doctrina de los contrapesos, aplicó de consuno las técnicas de Pasteur y del doctor Salk, preparando una vacuna experimental que él mismo se inoculó: siete querubines vivos y siete muertos. Tal debía ser la proporción (ignoro por qué septenaria), en que se aplicase el fluido precautorio. Esto lo supimos después. Cuando ya era tarde.

"The Chronicle" daba cuenta constante del avance de la infección. Un cablegrama de Texas refería, en ese lenguaje taquigráfico de las comunicaciones periodísticas, los problemas que se estaban presentando en la zona. Los domadores de potros salvajes perdían su trabajo: los animales habíanse tornado de una mansedumbre franciscana. Los rodeos no eran ya posibles, y el pueblo añoraba su distracción favorita.

Pronto se hubo de cerrar en todo México las plazas de toros, como se clausuraron en el Perú y hasta en la propia España. Los imponentes miuras, los impetuosos Piedras Negras, se complacían ahora en lamer los trajes de luces de los toreros.

Yo no sé exactamente en qué fecha me entró el virus. No sentí nada a los comienzos. Advertí, sí, que mis esporádicas rabietas de hombre nervioso desaparecían del todo. Y con ellas, los malestares del hígado que a veces, por las mañanas, solían atormentarme. Comuniqué mis sospechas a Morley, y él me examinó la sangre. Estaba allí el factor "Epsilón" —así lo había denominado su descubridor—, y en el fluido se encontraban casi tantos querubines como glóbulos rojos. Estos últimos, así como los leucocitos, en cantidad normal. No había que temer por una anemia ni por una leucemia, según dictaminó "Olfato".

Traduzco de "The Chronicle": "SUSTANCIAL REDUCCION DEL PRESUPUESTO DE LA DEFENSA. — El Congreso Federal, en vista de la notoria declinación de las tensiones internacionales, ha decidido realizar una sustancial merma en el presupuesto de la Defensa. Venturosamente, puede afirmarse que han desaparecido en forma casi total las fricciones teóricas y políticas entre Oriente y Occidente. La medida de nuestro Congreso es apenas posterior en tres días a la tomada por las autoridades de la Rusia Soviética, clausurando las tres cuartas partes de la industria bélica, y licenciando a los dos tercios de su ejército".

Esto fue el comienzo de una desmilitarización universal. Todo el mundo se hallaba satisfecho. Menos los militares, porque muchos de ellos tenían una preparación tan especializada que, en saliendo de su oficio, no encontraban manera de encarar los problemas cotidianos. Ni los fabricantes de armamentos, que vieron de pronto paralizado todo su capital. Ni los cirujanos. Ni los policías. Ni los abogados. Ni los jueces... También habría que exceptuar a las maestras de los "kindergarten", pues la mayoría de los niños que concurrían a ellos, iban con el propósito fundamental de que las madres descansaran de sus rabietas y malacrianzas. Y ahora los niños, con la sangre llena de querubes, no daban motivo para endosar los dolores de cabeza a las profesoras de los jardines de la infancia. También hubo que cerrar muchos de ellos.

El mundo se llenó de cesantes. Pero los economistas lograron pronto encontrar la solución del problema. Aquellos millares de millones de dólares que ahora se economizaban en la industria bélica y en el mantenimiento de los cuerpos de seguridad, aquellas grandes cantidades de dinero que ya no se gastaban en salas de hospital, ni en pabellones quirúrgicos, ni en

algodón y medicamentos... En suma, todo el dinero disponible por razón de la cesantía misma, había de invertirse en protección de las artes, en construcción de casas para gentes de modestos recursos, en ampliación de museos y universidades, en teatros, etc. En aquellas cosas que, dando comodidad y agrado espiritual y material a las personas, pudieran absorber una ingente cantidad de mano de obra y de capacidad técnica.

—Y bien, colega Flores... ¿Qué me dice de todo esto?... ¿No le advertí que sería terrible?...

—¿Terrible?... No veo por qué... Es lo que la humanidad ha deseado siempre... Tome usted una obra de historia y relea... ¿Cuántas veces logró el hombre una paz sobre el mundo?... Y vea, en cambio, cuántos esfuerzos hizo por conquistarla. Quizá, si nos fuera posible revisar día por día lo acontecido desde que Adán cometió el pecado original, no encontraríamos uno solo en que Caín no estuviera presente matando a su hermano. Ya en las grandes conflagraciones, ya en las asonadas de menor cuantía, ya en las reyertas individuales... Y lo que no pudimos conseguir con tanto esfuerzo...

¡Qué extraña fue la explosión de Morley! Ya yo no concebía siquiera la posibilidad de que una persona se saliera de sus casillas. Pero mis palabras lo pusieron furioso. Levantó su puño para pegarme, al tiempo que me decía:

—¡Traidor, es usted un traidor, un traidor!

Estaba fuera de sí. Eso fue lo que me hizo sospechar que se había vacunado. Porque ya en todo el universo era imposible encontrarse con un cuadro tan animal, tan repulsivo, tan asqueroso, como el que da un hombre irritado. Morley era la única excepción en el globo. Y conociéndolo como lo conocía, al instante presumí que esa excepción tenía una causa deliberadamente buscada por "Olfato".

Descargó su puño en mi rostro. Me salió un poco de sangre de la nariz; pero nada más. Como el asunto no tenía importancia me limpié con mi pañuelo y le dije:

—Tengo la impresión de que usted es el único no infectado.

—¡Yo no soy traidor!

No le entendí. La verdad es que no hice el esfuerzo de entenderle, porque en esos instantes empezó a sonar, desaforada, la sirena con que "The Chronicle" anuncia la aparición de sus ediciones extraordinarias, cuando una noticia de gran calibre lo amerita. Eso, quizás, bajó también la cólera de Stephen Morley, y salimos juntos a buscar un ejemplar de la edición.

A grandes titulares leímos: "CESANTE DAG HAMMARSKJOLD. — Se cierran las oficinas de la ONU". Efectivamente: ya no había conflictos internacionales, y los organismos pacifistas, como las Naciones Unidas y muchas otras entidades, se encontraban totalmente sin trabajo. Desde hacía un mes no hacían otra cosa que entretenerse poniendo en orden los papeles de los archivos. En las asambleas no había discusiones: las grandes potencias, los eminentes políticos, conciliaban cordialmente sobre cualquier punto, con la mayor facilidad.

En el rostro de Morley se marcaron intensas arrugas de preocupación cuando me dijo: "¿Adónde iremos a parar?" Y tenía razón. Ahora lo comprendo. Cuando ya el orbe entero, infectado de querubines, enfermo de paz, se halló más tranquilo que un lago de aceite, descendieron en sus pulidos vehículos estelares los Príncipes de Xaúd, provenientes de ese maravilloso planeta ya casi muerto, que gira en torno a Beta del Centauro. Y no hallaron oposición. Se adueñaron del mundo, porque no había quién defendiera un palmo de tierra. Salvo Morley, que quiso organizar una defensa universal, y fue inmediatamente aniquilado con un rayo celeste, esplendoroso y fulminante.

Ahora somos felices. Servimos con todo amor a los Príncipes de Xaúd. Cierto que, a veces, nos parece un tanto indigno... Nos da la impresión de que somos sus esclavos... ¿Pero qué importa?... ¡Todo sea en aras de la cordialidad!...

AHORA PUEDO HABLAR

Todo juramento es sagrado. El nuestro es peligroso. Por eso hemos permanecido en silencio durante todos estos años, hasta vernos, como ahora, libres del vínculo de honor que contrajimos hace tanto tiempo.

Primero empezaron los rumores. Son inevitables. Rumores que eran desmentidos por las agencias noticiosas, y que por ello mismo circulaban con más persistencia, dejando en todo el mundo la impresión de que, al menos, algo había detrás de ellos.

Nuestro gobierno guardaba una cautela tal, que ni siquiera negaba las posibilidades. Yo, en verdad, no creía en el asunto. Quizá por eso fui uno de los primeros escogidos. Recibí la esquela de notificación ya bastante tarde, cuando iba a recogerme. Me la entregaron con sigilo y misterio. Era urgente, y tuve que ir de inmediato.

El alto funcionario me esperaba ya en su oficina. Conversamos breve, monosilábicamente. Con laconismo militar me dio a entender que los rumores eran

ciertos, pero no podían ser públicamente declarados, y que un pequeño grupo había sido ya distinguido con la misión. Nuestro jefe sería lod Aleph. Me agradó. Es amigo mío, y hasta habíamos trabajado juntos en una oportunidad. Allí mismo el alto funcionario me juramentó. La cicatriz no se borró hasta hace muy pocos días: ahora puedo hablar.

Según mis calificaciones, no me correspondía aún realizar un viaje tan largo ni desempeñar una tarea de tanta responsabilidad. Mi nombramiento fue hasta hace poco enigmático para mí. Y también el de nuestro jefe. No me atrevería a negar las capacidades ni el valor personal de lod Aleph. Pero el Gobierno disponía de muchos como él, y de no pocos superiores. En cuanto a mí, ¿qué decir?... Yo era uno de los del montón... Mis matemáticas, no más complejas ni elevadas que las de cualquier otro técnico de tercera.

Pronto tuve que darme cuenta de que por alguna razón especial nuestro Gobierno lo hacía así: fuera de Aleph, todos, menos uno, éramos de tercera. Bernahum Chrix, la excepción, era de cuarta. Pensé que nuestra misión no exigía las más altas capacidades disponibles.

No voy a relatar el viaje. Eso se ha hecho demasiado rutinario. La cosa es que cuando llegamos, ya había yo amistado con Bernahum.

Aleph, con ese delicado y nunca ofensivo cinismo que lo caracteriza, me ha dicho más de una vez que yo no podré subir jamás a la segunda categoría porque aún me queda un exceso de sensibilidad, lo cual va en detrimento de la inteligencia. Puede ser —le he respondido sonriendo— la misma causa que a él le impide pasar a primera...

Generalmente los de cuarta no son estimados. Bernahum me ha dado lástima por eso. Durante la travesía nadie —fuera de mí, se entiende— le dirigió la palabra sino para darle órdenes:

—Bernahum; dos grados a babor...

—¡Chrix, baje la temperatura, que nos asamos!...

—¡Eh, usted... revise las instrucciones preliminares!...

Yo me pregunto qué culpa tienen estos pobres seres cuya inteligencia apenas si les permite comprender, y con esfuerzo, los cálculos diferenciales. Hay que tratarlos, pienso, con cierta piedad por sus limitaciones.

Cuando llegamos, lod Aleph abrió el sobre de las instrucciones secretas. Las hemos cumplido con exactitud, pero no sin dificultades. Sobre todo, a los comienzos. Hubimos de permanecer escondidos en una montaña brumosa, entre matorrales, sintiendo por la noche unos fríos excesivos, y durante el día unos calores también exagerados.

Cerca pasaba un río que no estaba en nuestros mapas, y al cual Aleph insistió en que llamáramos el río **Adhoc.** Es una palabra, nos explicó, que él ha formado fusionando dos de la lengua latina, y le llamaba así, porque el río tenía para nosotros una doble función: era **adecuado** a las necesidades inmediatas, y nos serviría mientras nosotros mismos nos **adecuábamos** al ambiente, a la tarea, en general, a la nueva situación.

Poco a poco fuimos recibiendo instrucciones y órdenes a cual más absurda.

Teníamos, no que aprender un idioma como le ocurre a cualquiera fuera de su patria, sino que cambiar, sustituir, suplantar nuestro lenguaje por otro. Y lo que es más difícil, no sólo el idioma conversacional, sino el científico y técnico.

Nuestra organización, más rígida que la de cualquier otro cuerpo, nos impedía protestar. Mas yo podía leer el disgusto de mis compañeros, particularmente en el rostro de Bernahum, menos dueño de sí mismo. Nuestro jefe, Iod, iba cambiando de temperamento. Su primitiva bonhomía, su simpática, aunque grave, tolerancia de los primeros tiempos, fue trocándose en severidad, en inflexibilidad, en tiranía, en despotismo.

Algo en mi corazón me decía que la culpa no era de Aleph, sino de las instrucciones, y que, en el fondo, él mismo estaba tan tiranizado como cualquiera de nosotros.

Una mañana, después del rutinario baño en las aguas frescas del Adhoc, Iod nos ordenó, de pronto, lo inusitado y casi imposible: cambiar radical e inmediatamente, toda nuestra simbología matemática, por una que encontramos simplemente primitiva.

Entonces me atreví a preguntarle. Quizá la reciente ablución le impidió tomar la actitud imperativa que corresponde conforme a reglamento, pues tuvo la deferencia de responderme ante todos:

—Es un sacrificio inevitable. La simbología de los habitantes de esta región, es una niñería frente a la

nuestra. Resultará insuficiente para algunos cálculos; pero hace falta que ellos nos entiendan...

No se habló más del asunto. Ordenes son órdenes. Operamos el cambio.

Alguna vez el pobre Bernahum habría de llevarnos ventaja. Como sus matemáticas eran tan elementales, le resultó menos doloroso el proceso de reajuste.

Pasados algunos meses Iod dio la orden de partir.

En llegando a la gran ciudad, nos entregó un sobre a cada uno, y nos conminó a dispersarnos.

* * *

No sabíamos lo que nos esperaba.

Cuántas veces, al borde del llanto, en una habitación oscura y destartalada, añoré casi con amor los días aquellos en que Iod nos impartía sus tajantes órdenes.

Todas las amarguras vividas a orillas del Adhoc llegaron a parecerme instantes envidiables. No conocía a nadie y tenía que fingir una multitud de cosas. Mis papeles estaban en regla; pero no eran míos. Mi cara tampoco era mía: las inyecciones que Aleph me dejó recomendadas habían cambiado el color de mis ojos, de mi piel, de mi pelo. De tanto fingir, la cojera se me convirtió en real. Los bigotes me crecieron a la usanza de los paisanos, y nadie, ni el más sutil y penetrante sabueso de la región, habría sido capaz de sospechar acerca de mi identidad, de mi origen, de mi nacionalidad.

"¡Ah!... —me decía a solas—. ¡Si tuviese aquí siquiera al pobre Bernahum...! ¡Qué buen confidente sería él, tan sensible, tan...!"

Hasta entonces no me era lícito buscar trabajo. Pero una vez cumplido el plan de modificaciones tenía que ir —así se me exigía en el instructivo—, de fábrica en fábrica, de tienda en tienda, de taller en taller, mintiendo especialidades que no eran mías, hasta llegar a la gran planta de ensayos secretos que había del otro lado.

Naturalmente, las modificaciones morfológicas crearon en mí necesidades que no había tenido nunca. Hube de comprar gafas, pues mis ojos, de tan claros, padecían de fotofobia. Y me fue indispensable adquirir muletas.

Caminaba renqueando el día entero, hasta llegar a una fábrica de paños, o un taller de grabados, o a una tienda de comestibles. Me ponían a prueba dos o tres días y luego me echaban.

Hasta que llegué a la gran planta.

Procuré no hacer preguntas a nadie, para que no me las hicieran a mí. Sólo dije que era ingeniero, y mostré mis documentos. Me colocaron en la sala de dibujo. Indiqué suavemente que me sentiría mejor en la de cálculos, pero no logré nada con ello. También allí lo trataban a uno dictatorialmente.

Tuve, desde un comienzo, todas las comodidades para mi trabajo. Una mesa excelente, cuyas reglas, compases y escuadras funcionaban con precisión refinada. Dos lámparas fluorescentes que distribuían la luz

de una manera uniforme y tranquila. Todo lo que pudiera desear. Pero... Me llegaban los cálculos ya hechos, revisados y vueltos a revisar. Las especificaciones, bien detalladas. Me sentía empequeñecido, disminuido, porque sólo me correspondía llevar al papel, con mi tiralíneas, las ideas ajenas.

A poco me dieron autoridad sobre toda la sala de dibujo técnico. Fui el jefe. Ya había logrado discriminar quiénes eran los más capaces, quiénes los más lerdos. Iván Raskorovich y Tatiana Ivanoff descollaban respectivamente. Es decir: el primero, por eficiente; la segunda, por ineficaz. Le había entrado "el morbo", como se decía en la planta. Estaba enamorada. Y el propio Iván también; pero se contenía. Se limitaba a su trabajo. Rehuía todas esas torpezas e impertinencias que alejan al hombre de su genuina función socio-económica.

Llamé la atención a Tatiana, y me prometió reformarse. Como no lo hiciera en un lapso prudencial, di cuenta a mi jefe inmediato, y éste al superior. Tatiana fue suspendida. Durante la suspensión bajó notoriamente el nivel cualitativo y cuantitativo del trabajo de Raskorovich, y comprendí que me sería inevitable hacer reintegrar al equipo a esa rémora sentimentaloide.

Pequeñas incidencias. No me gusta ser duro con la gente, mas me vi en la necesidad de hablarle fuertemente a Iván. Estaba comportándose como un elemento de última categoría. Entre nosotros, esa debilidad romántica hubiera sido más que suficiente para

degradarlo, cualquiera que fuese el nivel en que se hallare.

Mi deber fue cumplido de la mejor manera. No permití que nada me desviara de las instrucciones recibidas. Por fin, los jefes dijeron que todo estaba listo, y lanzamos el primer Sputnik. Fue un éxito en muchos sentidos.

Un excelente escándalo. Asustó a los enemigos potenciales. A poco, lanzamos el segundo satélite. En él metimos una perrita. Pero la historia es demasiado conocida como para repetirla aquí. Cuando nos disponíamos a realizar la hazaña máxima ocurrieron dos cosas de distinto orden que me desazonaron.

Los presuntos enemigos se nos adelantaron enviando una nave tripulada, fuera de la zona gravitacional. El piloto regresó en perfectas condiciones. Nunca hubiéramos creído que ellos también tuviesen un desarrollo semejante.

Lo otro fue la desaparición de Iván Raskorovich y Tatiana Ivanoff. Desertaron de su deber. Los busqué. Di cuenta. Los buscó también la policía. El ejército. Todo fue en vano.

* * *

Yo conté los días con impaciencia. Cada mañana tachaba en mi calendario una cifra más. Veía cómo se acercaba la fecha de liberación. La fecha en que tendría que volver, con mis compañeros, a las márgenes del Adhoc, en donde nos despojaríamos de todos estos absurdos disfraces, de toda esta hipocresía increíble que había sido nuestra realidad prolongada. Y cada vez los días eran más lentos. El trabajo parecía insuficiente para consumir las energías y el tiempo de un sér capacitado para obras de más envergadura.

Pero no hay plazo que no se llegue.

Taché la última cifra con mi gordo lápiz azul. ¡Con qué satisfacción! Luego hice un atadillo con mis ropas, tomé mis muletas y comencé a caminar. Ya llegué cuando declinaba el sol. Fui el último.

Entonces tuve la gran sorpresa. Ahí estaban el jefe supremo, mi jefe inmediato, algunos compañeros de la sección de cálculos, otros de la sala de dibujo. También había desconocidos. Nos despojamos de esta absurda morfología humana. El único que no pudo hacerlo fue Raskorovich, pues el amor lo había desvitalizado totalmente. Se nos quedó viendo con envidia cuando subimos a la nave, apoyándonos en la barandilla con los brazos delanteros y despidiéndonos con los de atrás. ¡Pobre Bernahum!

Ahora que vamos de nuevo rumbo a la patria he sabido que los desconocidos a quienes vi por primera vez hace poco, estaban colaborando con nosotros... al servicio del enemigo potencial. Para que las grandes naciones se tuvieran, entre sí, el respeto necesario.

El que infunde nuestra técnica.

OPERACION "NO"

El doctor Holnsteiner colocó a la puerta de la jaula una etiqueta con el número 729, echó las jeringas y las agujas en el autoclave de al lado, y dejando a los ratoncitos semidormidos se quitó el delantal, se lavó las manos e hizo las últimas anotaciones. Luego vio su reloj. Eran las dos de la mañana y no había tomado su té de la tarde ni su comida de las nueve. El hambre empezó a insinuarse. A esa hora, ni pensar en un restaurante. Una de dos: o se conformaba con lo que pudiera haber en la nevera de la cocina, o se iba al Rocambole a comer alguna cosa caliente. Pero el Rocambole era demasiado caro. Había que pagar, con el dinero de los clientes, no sólo a los músicos y a las coristas, que no lograban distraer al severo profesor, sino también al ventrílocuo y al hombre que hacía las pruebas de prestidigitación. Dudó. Su indecisión no podía durar mucho, porque las exigencias de su organismo decían muy a las claras que no bastaría con un simple refrigerio.

Enfundado en su abrigo gris, ya un poco viejo, el investigador se lanzó a la calle. Iba distraído. Pensaba

que aún faltaban algunas cosas: el día se le había pasado sin revisar al conejo de la jaula 750, en el cual cifraba grandes esperanzas. De pronto se dio cuenta de que había dejado atrás el Rocambole, y dando media vuelta desanduvo lo andado. Empujó la puerta rotatoria. Cuando dejaba el gabán en la guardarropía, alguien le tocó el hombro:

—Doctor, ¿usted por aquí?

—A sus órdenes, amigo.

No lo conoció al instante, a causa de esa barba negra y espesa que ahora le cubría el rostro:

—¡Ah, si es usted!... Disculpe, Valentín.

—No tenga cuidado. ¿Viene a comer?

Asintió en silencio.

—Comamos juntos, si no tiene inconveniente...

—¡Qué de recuerdos le traía Valentín! Había sido, de los discípulos, el más leal. El último en abandonarlo, y el único que lo hizo por causa estrictamente científica, porque el italiano, Giacomo Nicoletti, había dejado el laboratorio por una razón de poca monta; porque se iba a casar. Y el otro, el doctor Born, en razón económica, atraído por un alto rango y un alto sueldo en laboratorios norteamericanos.

El mozo limpió la mesa con una toalla húmeda, colocó un nuevo mantel y se inclinó con profesional cortesía, todo sincronizado con los acordes un tanto violentos de "La Gran Orquesta del Negro Joaquín", como se anunciaba en los carteles de la entrada.

—¿Qué va a pedir, Profesor?

—Conejo.

—¿A la vinagreta? —terció el mozo.

Entonces se dio cuenta de que estaba pensando en voz alta. No quería comer conejo. Pudo también haber dicho ratón, o cuyo.

—Y ¿qué hace ahora, Valentín? —preguntó cuando ya humeaba la sopa frente a él.

—Lo de siempre.

—¿Hormonas?

—¡Qué se le va a hacer! Es mi línea. Tengo fe en las posibilidades de la endocrinología.

—Y en la Opoterapia.

Esto último lo dijo sin ocultar cierta sorna. Ese había sido, precisamente, el motivo del alejamiento de Valentín. Juntos hicieron las primeras cuatrocientas experiencias, porque eran a base de glándulas. Pero cuando el doctor Holnsteiner enfiló sus baterías por otro ángulo, Valentín Zepeda no pudo seguirlo. Incluso encontró disparatada la idea de su maestro, aunque tuvo el buen gusto de no hacérselo notar.

—Sí, profesor. Creo en la Opoterapia.

—Habrá tenido algunos éxitos.

—No lo puedo afirmar todavía. Y ¿lo suyo, cómo va?

Casi se arrepintió de haber formulado la observación, por cuanto la encontró agresiva e injusta. Sobre todo, injusta. El tampoco podía blasonar de haber tenido éxito. Aunque el conejo de la jaula 750...

Tomó unas cucharadas de sopa antes de responder:

—No: tampoco puedo afirmar nada. Tengo por ahí un par de ensayos que... Bueno... todavía tendré que esperar por lo menos un par de semanas.

Con un despliegue de todas sus posibilidades sonoras, que llegó a lastimar los oídos del doctor Holnsteiner, la orquesta puso punto final a una serie de trozos ejecutados sin solución de continuidad, y el silencio depositó una condición extraña en la atmósfera. Los dos bioquímicos se miraron recíprocamente con la vaguedad de dos hombres que van en un ascensor muy rápido, detenido exabrupto. Luego habló Zepeda:

—Me deja inquieto, curioso... ¿Querría comunicarme algo cuando sea tiempo?

—Sí. ¿Por qué no?

Entonces irrumpieron en el escenario las coristas.

No porque el doctor Holnsteiner tuviera grandes preocupaciones de moralista; pero esos espectáculos le desagradaban. Hizo el ademán de pagar el consumo: Valentín se le adelantó.

—¿Prometido entonces, doctor?

—Pierda cuidado, Valentín...

Cuando se hubo marchado su maestro, Zepeda se quedó cavilando. ¿Sería posible que ese nuevo camino investigado por Holnsteiner...? ¡Claro...! Posible era: como científico, no podía cerrar ninguna puerta **a priori**. Había que esperar.

No fue menester que transcurriera la semana. De pronto, en su laboratorio de investigaciones endocrinológicas, recibió el llamado del profesor. Su voz estaba alterada por la nerviosidad:

—¡Venga a ver... Venga a ver...!

Largos se hicieron a Valentín los minutos del camino. Mas ahora tenía la evidencia: el conejo de la jaula 750.

—¡Mire!...

Tomó de otra jaula un gato con hidrofobia y echó a ambos animales en una mucho mayor, que era para ellos como un estadio.

El conejo ni siquiera intentó huir. Algo más: él tomó la iniciativa de la batalla. El gato saltó como un resorte sobre lo que estimó su víctima; pero el conejo, con increíble agilidad, evadió los zarpazos y las dentelladas. Eran un remolino, un nudo giratorio. Poco duró la lucha, a lo sumo diez minutos, al cabo de los cuales el gato quedó tendido, muerto. Al conejo le brillaban intensamente los ojos, y una como insinuación de sonrisa le pelaba los dientes anchos, manchados de sangre.

—¿Está herido?

—Parece que sí.

Entre ambos lo examinaron con detenimiento. Dos o tres profundos rasguños. Mas eso no tenía importancia. Lo importante era lo otro: la dentellada. Una sola dentellada, decisiva, feroz, en el cuello del animalito.

—Y ¿ahora?

—No hemos concluido. Ahora dejaremos el conejo en observación por algunos días.

Los cuales días habrían pasado más lentamente, de no encontrarse de por medio algunas otras observaciones. Prácticamente todas las que correspondían a los experimentos realizados entre el conejo 750 y los ratoncitos 792.

Ya en la ficha 750 aparecían las anotaciones siguientes: Valor inusitado; gran agilidad; resistencia; iniciativa táctica de aparente inteligencia; fuerza desproporcionada.

Ahora, al cabo de veinte días, podía anotarse, sin temor a equivocaciones, otro dato: inmunidad total a la hidrofobia.

Valentín no salía de su pasmo:

—¿Pero habrá recurrido a las hormonas sexuales?

—Ni a las sexuales, ni a las suprarrenales, ni a ninguna otra clase de hormonas.

—¡Admirable! ¡Casi increíble!

—Pero ya ha visto usted muchas cosas.

—Es cierto.

Sí, de veras, no podía ya estar asombrado de eso, después de haber presenciado cómo otro conejo, el de la jaula siguiente, daba muestras de una inteligencia casi humana. O humana, sin el "casi", ante pruebas cada vez más complejas e inverosímiles. Se le echaban por ejemplo cuatro o cinco clases diferentes de yerbas mezcladas con paja, piedras, trozos de tela y de vidrio, y con las patitas delanteras iba, muy minuciosamente, separando todo aquello en grupos homogéneos.

Luego distribuía también los vidrios por colores, las telas por texturas, las piedras según su naturaleza, como no lo haría mejor un aprendiz de geólogo. Y estaba también el otro caso: el de los dos cuyos, macho y hembra, del 762, que con pequeños sonidos guturales, levemente modulados y semiarticulados, daban muestras de entenderse a la perfección. Quien lo dudara, ahí tenía las múltiples cintas magnetofónicas grabadas por ellos mismos cuando querían hacerlo, pues conectaban y regulaban por sí solos el micrófono y ponían en acción mediante un fácil mecanismo, el motorcillo del aparato. Un lingüista experto era lo único que faltaba para que, estudiando aquel extraño idioma, lleno de sonidos agudos semejantes a la letra I, descifrase totalmente el enigma. Pues era indudable que se trataba de un idioma: así lo demostraba la conducta de los animalitos.

Siguiendo sus normas de invariable objetividad y rotunda honestidad científica, Valentín se rindió ante lo evidente. Dio excusas al profesor Holnsteiner por su escepticismo de otros días, cerró su laboratorio de investigaciones endocrinológicas y se dedicó a trabajar nuevamente con su antiguo mentor.

Al poco tiempo, después de algunos otros preparatorios, se iniciaban ya los experimentos en sujetos humanos. Zepeda quiso ser el primero, como un homenaje a su maestro; mas éste se le adelantó probando en sí mismo una variante de la fórmula 676, distinguida por él con la letra X. Luego de inyectarse personalmente un centímetro cúbico —dosis única— dijo a su ayudante:

—Ahora es su turno, Valentín.

—A sus órdenes, doctor.

—¿Qué fórmula quiere ensayar?

—Cualquiera.

—No, cualquiera no. Usted es inteligente, es generoso, tiene buena memoria... Busque usted mismo la que considere ser la falla más importante de su tempe-

ramento, de sus posibilidades humanas... La condición que, a su parecer, podría llevarlo a un triunfo definitivo. ¿Perseverancia? ¿Fuerza física?

Recapacitó unos segundos:

—Fuerza magnética, don de sugestión.

El doctor Holnsteiner se aproximó a la jaula donde estaba el cuyo de grandes ojos colorados, cuyas pupilas luminosamente abiertas mantenían en un estado de somnolencia constante a los bichejos vecinos, y leyó la etiqueta: 671. Luego buscó la solución correspondiente. Era ambarina, de inofensivo aspecto. Bien se hubiera podido confundir con cualquier vacuna o cualquier tónico inyectable.

—¿En el muslo o en el brazo, doctor?

—En el brazo. Es fluida.

Ardía de una manera tolerable, casi grata. Entraba en las carnes como hilo caliente, que trasladaba en breves instantes su fuego secreto al sistema nervioso.

—Recuéstese en el diván, mi amigo. Cierre los ojos. Si tiene sueño abandónese a él.

En la ficha del cuyo aparecía consignado un sueño profundo y prolongado. Había dormido casi las cuarenta y ocho horas. La dosis colocada a Valentín era tres veces mayor pero también son mayores las resistencias de un organismo humano. Calculando **grosso modo** podía contar con que su ayudante dormiría de quince a veinte horas sin interrupción.

—¿Está despierto aún Valentín?

Le respondió un leve ronquido. La respiración del bioquímico era sosegada y rítmica. El pulso, lento, pero firme. Había que dejarlo tranquilo.

"Bien. Descansaré yo también" —se dijo el investigador. Y se arrellanó en una poltrona. Pero no pudo descansar. De pronto...

—¿Qué paso? —dijo en voz alta, sobresaltado.

Mas tuvo que responderse él solo. No había quién le contestase, por cuanto Valentín se hallaba tan lejano.

Aquella explosión súbita y luminosa era, sin duda alguna, el primer efecto notorio de la fórmula 676-X. Había ocurrido en la mitad de su cerebro. Probablemente por la silla turca... ¡Claro!... ¡Era, indiscutiblemente, la pineal!

Sin esperar a que se desvaneciesen las impresiones tomó su propia tarjeta, que aún estaba sobre el escritorio sin más datos que los del día, la fórmula y la hora precisa de la inyección, y anotó con atropellada caligrafía:

"Explosión luminosa —como de una bomba— cerca de la silla turca, a las 16.33. Pequeño sobresalto. Claridad que se expande en todas direcciones (dentro del cráneo). Remolino de colores. Luz blanca. Leve dolor en el lóbulo frontal izquierdo. Palpitaciones cada vez más fuertes en el hemisferio derecho... Ahora, 16.37, fuerte hormigueo en el brazo y en la pierna izquierda... Mientras escribo, no puedo resistir la tentación de hacer con la mano izquierda rápidos, rapidísimos movimientos de los dedos... Cobran una flexibilidad pasmosa... Vibran...

Pocos minutos después la ficha era sumamente larga y tenía que tomar dos tarjetas más. Y otra pluma. Escribía simultáneamente en ambas tarjetas conceptos diferentes. Con la mano izquierda anotaba:

"A medida que se activan las palpitaciones del he-
misferio derecho, toda la zona izquierda de mi cuerpo
se despierta a una asombrosa vitalidad. Jamás había
escrito con la mano izquierda, y lo hago ahora sin la
menor dificultad. Puedo incluso escribir música, cosa
que tampoco había hecho..."

Con la derecha consignaba en la otra tarjeta:

"Hay una pequeña disociación del pensamiento,
desde luego que me es dado enfocarlo simultánea-
mente en dos direcciones. Pero esta disociación no
carece de la coordinación necesaria... Nueva explo-
sión, aún más fuerte, a las 16.44... Una especie de
fórceps me amplía el cráneo... Es decir... no lo am-
plía: expreso la sensación... Siento que la inteligencia
crece desaforadamente de minuto en minuto... Con
la inteligencia...Sí: con la inteligencia, cierta capaci-
dad para pensar mal del prójimo... Malicia, que nunca
había tenido..."

Ahora la mano izquierda escribía con velocidad creciente:

"El experimento realizado en Valentín dará sin
duda buenos resultados; pero puede perjudicarme, si
él abusa de los poderes que le comunicará la inyec-
ción. Si, por ejemplo, me sugestiona en el sentido de
que yo no debo disponer de esa solución para ninguna
otra persona, ni para mí siquiera... O si me obliga
a suministrarle las demás fórmulas, y me ordena callar
en lo sucesivo... Es decir: él podría, por métodos su-
gestivos, robarme la paternidad de mis realizaciones,
apropiarse de..."

La mano derecha:

"Tercera explosión. Sensación de que es definitivamente la última. Certeza de que no habrá más. Debo colocarme, sin demora, la misma inyección que he puesto a Valentín. Pero podría yo dormir demasiado. Y él aprovecharse de mi sueño para prolongármelo hipnóticamente. Luego, debo también colocarme la inyección de la fórmula 501-M: la de la intuición, para que, en todo caso, me despierte y me permita anticiparme a sus designios..."

Amanecía ya cuando Valentín dio las primeras muestras de estar despertando. Suspiró dos o tres veces. Se movió en el diván.

El doctor Holnsteiner, dormido aún en el sillón, sintió una llamada interior de alerta. Pero no muy poderosa. Luego Valentín bostezó. Holnsteiner, impulsado por una catapulta interior, saltó de la poltrona y se allegó al diván. Sus ojos ahora eran iguales a los de Valentín: dos platos inmensos, con una indefinible energía. Las miradas chocaron. Casi saltó la chispa en el aire.

—¿Se siente bien, Valentín?

—Un poco mareado.

—Ya se le pasará.

No hacía falta, después, dudar de los designios de su ayudante. Por una parte, su conducta era visiblemente leal. Por otra, él estaba ya a cubierto, pues sus poderes eran iguales. No podía ser sugestionado por el discípulo. A la energía de éste podía oponer la suya propia. Por lo demás, su intuición era superior, porque Valentín no había recibido la fórmula 501-M. Y su intuición le decía que Valentín no sólo le era fiel, sino

que estaba deseoso de ser útil. Se conformaba con la gloria de ser su cooperador.

—Valentín, necesitamos más sujetos...

—Yo le traeré "voluntarios".

Zepeda cumplió su palabra muy pronto. No le era difícil. Le bastaba conversar unos minutos y mirar con fijeza a su interlocutor. Este, subyugado, creía tomar una decisión propia y sin interferencias; pero hacía la voluntad del joven sabio. A la mañana siguiente, Valentín llegaba con una mujer joven, hermosa, morena. Ella entró con desenvoltura y saludó al doctor Holnsteiner con la familiaridad de antiguos amigos.

—¿Me conocía usted? —preguntó el doctor.

—De vista.

El profesor no localizaba las facciones.

La muchacha dijo no conocerse a sí misma. Ignoraba cuáles eran sus fallas y sus ambiciones. Empezó por declarar que ambiciones no tenía: estaba satisfecha con su manera de vivir, y le importaba un comino lo que los demás pensaran de ella...

Holnsteiner no quiso ser indiscreto indagando más. Pero era indispensable averiguar qué condición especial sería más beneficiosa. Si ella, por no haber hecho jamás vida interior lo ignoraba, ¿qué inconveniente habría en hipnotizarla y hacerla expresar sin reservas, desde las brumas del subconsciente, sus mayores anhelos?

Bastó que el doctor Holnsteiner lo sugiriese, para que ella contestara con entusiasmo:

—¡Naturalmente! ¡Con el mayor placer! ¡Tengo plena confianza en usted!

De tanto considerar las funciones sugestivas como características de Valentín, ya el profesor se había casi olvidado de que él las tenía por lo menos igualmente poderosas.

En tres minutos la muchacha estuvo dormida.

—¿Usted se llama...?

—Morena Azogue.

—¿Cómo...?

—Bueno... En realidad... Me llamo Juana... Juana López Larín... Pero mi nombre de trabajo...

—¿Morena Azogue?

—Sí...

¿En dónde había escuchado, o leído, o conocido de algún modo, el doctor Holnsteiner, ese nombre de cartel teatral?... ¡Ah, sí!... ¡A la puerta del Rocambole, en el mismo rótulo en que se anunciaba "La Gran Orquesta del Negro Joaquín"!

—Ahora, Morena, me responderá sin inhibiciones. Usted puede leer en su propio subconsciente. Puede leer con facilidad. Nada le impide contestarme.

La voz del doctor Holnsteiner se había tornado cavernosa, opaca. Valentín sonrió levemente al recordar las inflexiones profesionales del ventrílocuo del Rocambole.

—Sí, doctor...

—¿Qué le hace falta, Morena?

—Felicidad.

—¡Vaya, felicidad nos falta a todos! Necesito saber algo más concreto. ¿Qué le hace falta para ser feliz?

—¡A ver!... ¡A ver!... En el fondo, soy indecisa y tímida... Me siento explotada y humillada dentro de mi profesión, y no me atrevo a rebelarme. Sí: me falta decisión. Agresividad.

—¿Nada más?

—...Sí: soy fría... No tengo pasión... Vivo al margen de las emociones... Esto también parece ser profesional...

Valentín se había hecho cargo de la tarjeta respectiva. Anticipándose a los deseos del profesor, seleccionaba ya y mezclaba en proporciones adecuadas las fórmulas que en los animalitos habían suscitado reacciones de afectividad y decisión.

Morena seguía hablando:

—Me llaman Morena Azogue... Pero el azogue sólo se halla en lo más externo y visible de mi cuerpo, cuando bailo... Es el producto de un ejercicio constante... Interiormente soy demasiado pasiva... No gozo... Ni siquiera puedo afirmar que he sufrido... Esto es el limbo...

—Sí, efectivamente —dijo el doctor Holnsteiner—: si no goza ni sufre, usted está en el limbo... Este brazo lo tiene insensible... Totalmente insensible...

Echó una rápida ojeada a las fórmulas que le presentaba Zepeda, y asintió con un movimiento de cabeza. Sin vacilación, Valentín colocó la inyección en el brazo que su maestro había insensibilizado.

—Ahora, Morena Azogue, despertará usted contenta: no tendrá dolor de cabeza ni malestar alguno... Despierte tranquila... tranquila... ¡Ya! ¡Despierte!

Sopló el rostro de la mujer. Bello rostro ajado prematuramente por la vida nocturna del Rocambole.

Ella abrió los ojos, en los cuales empezaba ya a manifestarse la presencia de una personalidad más fuerte. Se posaron en Valentín.

—Bien, Morena, ¿está contenta?

—Parece que sí...

Quien no estuvo contento fue el empresario del Rocambole. En el transcurso de una semana, todos o casi todos sus artistas fueron adquiriendo rasgos extraños de conducta. Morena exigió se le duplicara la paga. El Negro Joaquín le manifestó que disolvería su "Gran Orquesta" para dedicarse exclusivamente a la composición de música sinfónica. El ventrílocuo le dijo cortésmente:

—Señor... Esta actividad mía es de bohemios y haraganes. Voy a dedicarme a una vida de mayor provecho. Me gustaría serle útil; pero en otra cosa.

El grupo se le desintegraba. Luego advertía otra cosa misteriosa: los mejores clientes, los "habitúes", los que llegaban temprano y gastaban mucho dinero en comidas, en whisky, en champaña para agasajar a Morena y a las otras coristas, los que constituían casi el fundamento económico de su negocio y solían retirarse medio ebrios hacia la madrugada, esos, empezaron a tener ausencias sospechosas. El nombre de uno de ellos apareció en el diario como el de un nuevo miembro de la liga antialcohólica. Otro fundaba un centro de viciosos regenerados.

El empresario redujo los precios.

La clientela continuó disminuyendo:

Volvió a reducirlos.

El Rocambole pasaba a ser un cabaret de tercera categoría, con un personal tan improvisado como inestable.

Sólo un cliente parecía ser fiel. Pero consumía poco. No tenía, para la caja registradora, ninguna importancia aquel hombre barbado y bien vestido, de ojos profundos, que parecía la versión occidental de los faquires de la India.

Y ese hombre acompañaba sistemáticamente a la misma corista, de cuyos ojos profundamente negros brotaba, casi tangible, cada vez más denso, un algo de ardorosa ternura que cubría a Valentín.

Morena bailaba ahora con un frenesí de ofrenda. El azogue se había hecho real, y trascendía la esfera de las simples habilidades profesionales. Mas había poco público para admirar el prodigio. Y Valentín sonreía.

* * *

¿Cómo trascendió la cosa?

No fue ninguna indiscreción de los favorecidos. Lo más probable —esto fue al menos lo que al doctor Holnsteiner le dijo la intuición adquirida en virtud de la fórmula 501-M— era que el propietario del cabaret hubiese llevado a cabo, por medio de alguna agencia particular de detectives, una investigación sobre la presencia constante de Valentín Zepeda en su establecimiento.

El caso es que si ya sus experiencias eran del dominio público —aun cuando había un alto porcentaje de escépticos— no tenía él por qué imprimir un mayor misterio al asunto. Tampoco estaba dispuesto a hacerle propaganda.

—¿Qué hacemos, Valentín? Estas investigaciones han sido seguidas en beneficio de la humanidad. Si han logrado éxito, ¿tenemos derecho a guardarlas en secreto?

—Sí y no. Deben favorecer a la gente, es cierto, pero ¿no será peligroso dar al público estos resultados? Por de pronto, el laboratorio se nos llenaría de personas que desean completar su personalidad. Y ni siquiera tenemos soluciones en cantidad bastante.

—¿Y si pusiéramos el hallazgo en manos del Gobierno?

—¡Más peligroso! Estaría, en verdad en manos de los políticos. ¿Ya vio las noticias del diario?

Holnsteiner comprendió al instante. Era cierto. Era más que cierto. Bastaba una ojeada somera de los periódicos para darse cuenta de lo que hacían los políticos con los instrumentos de poder que les otorgaba la ciencia. Disturbios y tensiones por todo el mundo. Casi no había sitio alguno en el gran mapamundi, en donde no pudiera colocarse la banderita roja de la violencia. Guerras frías, rebeliones, golpes de estado. Huelgas. Ultimátum... Un gobierno, o, mejor dicho, un conjunto de políticos, ¿qué no podría hacer si dispusiera del descubrimiento? El más débil de los países

de ahora estaría en capacidad de apropiarse, con cualquier pretexto, el mundo entero.

Y ellos no habían trabajado para tal cosa.

—¿Sabe qué se me ocurre, Valentín?

—Diga usted.

—Convencer a todo el mundo de que esto es una supercheria.

—Pero hay demasiados testimonios. Ya es tarde.

—No. Le explicaré el plan.

Más de un mes pasaron reclutando a hurtadillas "voluntarios" para la inyección 671: la de la fuerza magnética. Pero antes de colocársela, eran todos hipnotizados, ya por Valentín, ya por Holnsteiner, ya por alguno de los nuevos ayudantes del equipo, y recibían la orden post-hipnótica de hacer campaña en el sentido de que no había nada de lo dicho.

Se formaron las brigadas que Valentín llamó de los "negadores", cuya palabra iba siempre respaldada por una incontrastable fuerza de convicción. El primer ensayo se hizo en las mejores circunstancias, en el Rocambole, ya que de ahí parecía haber surgido la noticia inicial.

Pero la culminación de la campaña negativa —"Operación No", la llamaban ellos— ocurrió una noche en el teatro Apollinaire. Porque allí se encontraban todos los miembros del Gabinete del Gobierno, los jefes de los partidos políticos, la gente de influencia en la industria, el comercio, la ganadería; los científicos de mayor relieve, los escritores de fama y, como es natural, los músicos más connotados del país. Era una función de gala organizada por el

Ministerio de Educación para el estreno de la maravillosa "Sinfonía en Sol Mayor" del maestro Joaquín Torres, cuya estampa de nariz achatada, piel oscura y cabello ensortijado no hubiese suscitado en nadie la idea de tanta ternura, de tan delicada fineza, de tan alta fuerza expresiva en las regiones supremas de la creación musical.

El propio Ministro de Educación presentó al compositor.

¿Alguien había dicho que el Negro Joaquín se había sometido a extraños tratamientos? Falso. El, el Ministro, podía afirmarlo. Joaquín Torres era el hijo de sus propias obras. Su talento, su dedicación, su esfuerzo permanente, lo colocaban en el sitial que le correspondía. No había nada anormal. Nada sintético. Nada que tuviese que ver con laboratorio y fórmulas mágicas. Todo aquello era supercheria.

Y el Ministro tenía un don de sugestión incontrastable.

Era imposible dudar de su palabra.

* * *

—Bueno, doctor; triunfó la "Operación No".

—Triunfó.

—Y ahora, ¿hasta cuándo...? Porque algún día tendrá que rendir beneficios a la humanidad este hallazgo. ¿O lo piensa aniquilar negándolo para siempre?

—De ningún modo.

—¿Entonces...?

El doctor Holnsteiner tomó asiento, cruzó la pierna, encendió un cigarro:

—Escuche, Valentín... Desde el primer momento, desde el instante en que le propuse la "Operación No", fue con el solo propósito de ganar tiempo. Lo que usted me decía es cierto: el mundo dispone de una cantidad de elementos de progreso y de comodidad; pero cada una de las conquistas técnicas, cada uno de los avances que podrían haber hecho de la vida algo mejor y más dignamente compartido, ha venido a ser utilizado, tarde o temprano, en un sentido trágico de implacable destrucción... Usted mismo fue quien me hizo volver los ojos sobre el mapamundi convulsivo: usted mismo quien me sugirió que los hombres de todo lugar se hallaban empeñados en la guerra, el sabotaje, la delación, la pugna, el fratricidio... No podemos usar ninguna de estas drogas, ¿comprende?, no podemos usar ninguna de estas drogas en gran escala, mientras no hayamos encontrado otra...

—¿Otra?

—Sí: la de la paz. Una inyección que, aplicada, haga del sujeto, ya no un hombre inteligente, o valeroso, o casto, o resistente, o magnético, sino un sér amante del sosiego y la tranquilidad, un hombre sensible a los dolores ajenos y, si cabe la paradoja, "enemigo de la enemistad".

Esa misma noche Zepeda comunicó a Morena Azogue los propósitos de su maestro. Ella no pareció darles mayor importancia. Con decisión comentó:

—No va a lograr su objetivo.

—¿No? ¿Por qué?

—No sé; pero no lo va a lograr.

Y cambiando el tono de la voz:

—Y ahora, Valentín, hablemos de nosotros. No dejes que la ciencia te absorba de tal manera que se interponga...

El tono cálido y acariciante cayó en la sensibilidad del bioquímico, de una manera deleitosa.

* * *

La indagación continuó pertinazmente: ya no había en dónde meter jaulas. Ya no se conseguían conejos, ni cuyos, ni ratas. Las etiquetas iban por el número dos mil.

Con su germana tozudez, el doctor Holnsteiner propuso un cambio de rumbo.

Ante el pasmo de Valentín Zepeda, indicó que había que tornar los ojos a la Endocrinología. De nuevo el discípulo volvía a su terreno; mas con su entusiasmo disminuido.

Un domingo por la mañana, de paseo por el parque San Francisco, los dos sabios escucharon a un pastor protestante, que peroraba ante un corro de gentes. Su discurso era a ratos interrumpido por cánticos sagrados, con guitarra. Cánticos, a la verdad, candorosos. De una música pueril, que el "Negro Joaquín" habría probablemente despreciado. Pero mú-

sica y discurso hablaban de paz. El ámbito entero se encontraba saturado de una dulce emoción. Valentín no dudó de la conveniencia de invitar al pastor a que visitara el laboratorio: bajo la influencia magnética, el pastor aceptó.

Lo sometieron a toda clase de exámenes. Indagaron las más sutiles reacciones de su sistema nervioso, los más ocultos factores de su sangre y humores fluidos. Toda la ciencia de Zepeda se inclinó sobre su sistema endocrino.

Nada sacaron en claro.

Días más tarde, Holnsteiner vio pasar una procesión de rogativa por la paz del mundo. Unciosa, sincera, impresionante.

No sólo se llevó al laboratorio a los sacerdotes que la encabezaban, sino a todos aquellos fieles cuya importancia le pareció merecer un examen.

Mas el factor de la paz no aparecía.

No estaba en la sangre. Ni en los nervios. Ni en las circunvoluciones cerebrales. Ni en los humores. Ni en las intrincadas relaciones biológicas.

Era un factor que se negaba a entrar en las probetas y a convertirse en pastilla o ampolla.

* * *

—¿Y ahora, doctor Holnsteiner?

¿Ahora?... Continuar indefinidamente con la "Operación No". Redoblarla. Dejarla de una vez por

todas remachada en la conciencia del mundo. Que todos crean que nada de esto existe.

—¿Se perderán los beneficios de la conquista lograda?

—Si usted lo cree así.

Valentín Zepeda era el único que no podía creerlo así. De todo aquello, que ya la humanidad negaba con el aplomo más rotundo, sólo él, quizá, había obtenido un fruto efectivo y seguro.

Porque la firme y encantadora personalidad de Morena lo embriagaba de sentimientos que, en breve, terminarían por modificar su propio destino.

INFORME COMPLEMENTARIO

Altísimo y Venerable Primer Golub: ¡Paz y salud en todas las Dimensiones!

Confío en que mis anteriores informes hayan sido colocados ante vuestros ojos.

Invoco humildemente vuestra comprensión paternal, a fin de que no toméis a fantasía mis observaciones sobre este planeta tercero de la órbita solar, pues no se me oculta que su estructura misma, la morfología y la conducta de sus habitantes, resultan para nosotros algo más que insólitas.

Por dichos informes os habréis enterado de que hay en este planeta, muchas y muy diversas clases de habitantes. Siguiendo las instrucciones que se me dieron al iniciarse la expedición, he centrado por ahora mis estudios, en la especie que se considera a sí misma —y a veces da la impresión de serlo— la más inteligente y hábil de las que aquí existen. Su nombre zoológico es el de "homo sapiens", y su descripción genérica puede hallarse en mi memorándum Z-32 W.

Este informe complementario se reducirá a tres de los fenómenos más notables que he podido observar

hasta ahora. Son, también, los más inverosímiles, y pueden señalarse así:

a) El tipo de locomoción del homo sapiens;

b) Una extraña ansiedad llamada "sed", y,

c) Ciertos hábitos de intercambio, trueque o comercio, que producen verdadera estupefacción.

Con la venia del Venerable Primer Golub, no sólo expresaré mis observaciones al respecto, sino también algunas experiencias personales, realizadas en vía de estudio.

* * *

a) **Tipo de locomoción** (v. informe Nº 2, placa 31).

Estos curiosos seres tienen un sistema de locomoción natural, que a cualquiera de nosotros parecería imposible, por absurdo: disponen solamente de dos miembros inferiores, sobre los cuales se sustentan en prodigioso equilibrio. Para trasladarse de un sitio a otro, adelantan primero una de dichas extremidades, la asientan en el suelo, adelantan luego la otra, y así sucesivamente. ¡Sólo dos extremidades, Venerable Golub!

Cada una de ellas se encuentra dividida en dos partes, unidas entre sí por una especie de bisagra de material óseo, que le otorga cierta graciosa flexibilidad. En la variedad femenina de la especie, tales extremidades parecen tener alguna importancia especial, a

juzgar por las expresiones que frente a ellas toman los homo sapiens machos.

Hay una relación digna de estudio entre el mencionado sistema de locomoción y el fenómeno llamado "sed" a que he de referirme en la sección b) del presente documento. Como adelante se verá, el homo sapiens se dedica alternativamente a estimular y a calmar la sed, y, durante este doble proceso cuya oculta intención no alcanzo a comprender, es frecuente que se altere el mecanismo de traslación. Entonces es cuando este disparatado sistema bípedo, pone de relieve su deficiencia sustancial: las dos extremidades se les cruzan, flojas y torpes; contonean ellos el cuerpo en ridículos vaivenes, y concluyen por derrumbarse de manera ignominiosa.

Sin perjuicio de ampliar posteriormente las anteriores informaciones, paso ahora al segundo de los temas que he de tratar por el momento.

* * *

b) **La sensación llamada "sed"**

Ocurre que el organismo del homo sapiens se halla constituido en su mayor parte por líquidos. Estos seres son, en realidad, entes acuosos recubiertos de algunas películas de material plástico. Se hallan, pues, sujetos a evaporación permanente, la cual podría hacerlos desaparecer de su planeta. Empero, un sistema defensivo los invita a reponer a cada instante la cuota líquida perdida.

La necesidad de reposición de fluidos, es vital. Se llama sed, y se manifiesta por una sensación imperiosa, que debe calmarse cuanto antes. Tal sensación es indefinible, pues a veces resulta grata y a veces torturante. De ahí que el homo sapiens, como antes dije, viva provocándose y tratándose de calmar la sed. No es exagerado afirmar que la sed se cultiva; que hay toda una cultura de la sed.

Las escuelas o templos de esta cultura, en donde los homo sapiens se dedican a trasegar diversos tipos de fluidos, pueden dividirse en dos clases: las escuelas de estímulo, y las de satisfacción. En las primeras, ellos trasiegan pequeñas pero frecuentísimas dosis de diversos líquidos. No han concluido de trasegar una, cuando ya la sed les está reclamando otra. Hubiera querido hacer un experimento personal en estos templos o escuelas, pero, con vergüenza he de confesar, ¡Oh Altísimo Golub!, que no me he atrevido a ello. Debe de ser una cosa tremenda, a juzgar por las contorsiones de los rostros que muestran los parroquianos.

En cambio, ¡Oh Gran Golub!, ¡qué diferentes son los templos o logias en donde la gente calma la sed! Ya en vasos largos, ya en redondos recipientes con asa, se sirve un fluido rubio, cuyo solo color alegra los innumerables ojos de un Golub. El fluido se halla coronado por un halo o resplandor de burbujas blancas, que se deshacen al tocar los filos de la boca.

Al observar la gloria reflejada en los rostros de estos últimos parroquianos, he probado el referido licor. No tengo palabras para describirlo. Es, quizá

como la vida de todos los seres: oculta en el fondo una pequeña cuota de amargura. Pero es una amargura sin la cual no habría delicia ni placer.

Si los que asisten a las logias de estímulo de la sed, suelen ser inmoderados en su consumo de fluidos, ocurre lo contrario con los devotos de las escuelas de satisfacción. Estos, por regla general, consumen este licor dorado con discreción, por cuanto la sed desaparece en ellos casi milagrosamente.

Si aquéllos muestran a cada instante perturbaciones en el sistema locomotivo, y sus rostros se congestionan, y sus espíritus parecen arder en los horribles fuegos de la ira y de la concupiscencia, estos otros devotos presentan el cuadro radicalmente opuesto: se advierten plácidos, gozosos, noblemente satisfechos.

Consistencia, color, sabor, efectos, todo es en este líquido increíblemente grato. El homo sapiens tiene sólo cinco sentidos (v. informe citado placa 22), y no me hallo en condiciones de afirmar si los cinco quedan para ellos colmados con este dorado licor. Cuanto a mi propia experiencia, puedo afirmar que he conocido una especie de transfiguración, con el goce pleno de los siete sentidos.

* * *

c) Un absurdo sistema de trueque

No sé qué valor pueda el homo sapiens otorgar a pequeñas piezas redondas de metal, y a ciertos trozos de papel flexible, semejantes a las hojas rectangulares del árbol sagrado de Nizeth.

Mas, por grande que sea ese valor, no concibo cómo los propietarios o jefes de las referidas logias o escuelas, sean tan torpes que den un tesoro tan maravilloso como el que tienen, a cambio de semejantes piezas metálicas o de papel.

Pueda que se trate de algo intrínsecamente valioso. Acaso les sirva para su alimentación, o para cualesquiera otros usos. Pero, ¡Venerable Golub! ¿Cómo —me pregunto—, el espíritu mercantil del homo sapiens es capaz de recibir algo, cualquier cosa que sea, a cambio de un producto de valor tan imponderable?...

Me limito a informar, y no emito opinión porque, en falta de antecedentes más precisos, temo cometer alguna injusticia al juzgar por esto al homo sapiens.

***

Altísimo y Venerable:

Por primera vez en la historia de la Eternidad, un Golub os desobedece. Ha llegado la nave, y se me ha dado la orden de regresar. No obstante, sólo envío el informe. Yo no iré. He decidido quedarme definitivamente en el Tercer planeta. Siempre a vuestro servicio, como es lógico. Acaso yo os pueda resultar mañana, de alguna utilidad. Por eso, os envío mi dirección permanente: Z-92 Golub Minor, Cervecería "El Ancla", Continente Tripartito, sector mediano. Tercer Planeta.

Y hago vibrar vuestras antenas.

Z-92 G. M.

ESPEJOS PARALELOS

No soy el primero que lo advierte ni seré el primero que lo comunique. Pero debo confesar que nunca, antes de ahora, un fenómeno tan sencillo y vulgar me había conmovido tan hondamente. Cuando el peluquero se retiró unos minutos para atender el teléfono, yo vi mi imagen de frente en el espejo de enfrente, mi imagen de atrás en el espejo de atrás, la imagen de mi imagen de enfrente, la imagen de mi imagen de atrás, en una sucesión infinita, clara y aterradora.

Como fenómeno óptico no tenía misterio. Como ocurrencia sicológica era francamente inquietante.

Pero jamás me imaginé que aparte de ese mundo luminoso, que no era otra cosa que el rebote o el eco reiterado de la luz conforme a la resobada ley de los ángulos de incidencia y los de reflexión, pudiera manifestarse el mismo acontecimiento.

Y menos aún, pude considerar como viable que aquella cosa mágica y tremenda, llegara a operar en los dominios de la historia.

Sin embargo, así sucedió.

***

El Premio Nobel de Fisiología y Medicina cayó por primera vez en Centroamérica en el año de 1978. Fue adjudicado al doctor Jerónimo Zelaya, de Nicaragua, por el hallazgo de la vacuna anticancerosa en los laboratorios Luis H. Debayle, de la ciudad de León.

Las celebraciones públicas que se realizaron en todo el Istmo, fueron dignas del triunfo, pero no he de describirlas, ya que hasta el más modesto de los estudiantes las ha visto y oído en teletrivisores de los comunes.

En 1979, el Premio Nobel de Química lo compartían Karl Günderkvist, de Suecia, y Ricardo Alvarado, de Guatemala. Sus estudios sobre la estructura química de algunos tejidos y sustancias cerebrales, llevados a cabo independientemente en Estocolmo y Retalhuleu, tendían el puente definitivo entre la ciencia experimental y los procesos síquicos más variados, desde la telepatía hasta los aportes de objetos materiales.

En 1980, la doctora Elisa Guzmán de Ramírez, de Tegucigalpa, recibía nuevamente el galardón universal de Fisiología y Medicina, en tanto el premio de Química era discernido al Dr. Teodosio Morán, de Zacatecoluca, y el de Física volvía a caer en Guatemala, en el Dr. Eleázar Rosales Aycinena, por su descubrimiento de los vectores paratemporales.

A medida que estos triunfos se tornaban más frecuentes, decaía el esplendor de las celebraciones. Ya hacia el año de 1990, los diarios istmeños se limitaban

a publicar gacetillas escuetas, señalando los nombres de los ganadores. Todos de la América Central, naturalmente.

¿Naturalmente?. . .

Para nosotros, sí. Ya nos habíamos habituado. Pero a los pueblos sajones, y muy especialmente a los nórdicos, que durante tanto tiempo habían tenido el cuasi monopolio del galardón, no acababa de entrarles en la cabeza nuestra indiscutible superioridad científica.

Lo científico no vino solo. Con ello vinieron también el florecimiento técnico, el industrial, el económico.

Fuentes de energía, sobraban. Sólo Centroamérica se había independizado de la corriente eléctrica. La fuerza atómica, usada por Inglaterra, Estados Unidos, Alemania, Francia, tenía grandes limitaciones: su producción resultaba muy onerosa, y dependía de los yacimientos de uranio y otros elementos fisionables, de extracción cada día más difícil.

En cambio, nosotros disponíamos de fuentes ilimitadas: por una parte, la energía solar, que captábamos y almacenábamos gracias al espejo metaparabólico de Fernández-Chacón; por otra parte, la fuerza molecular que extraíamos a un costo mínimo de los basaltos que nuestros volcanes arrojaron en aquella época en que todavía éramos incapaces de controlar sus devastadoras erupciones. Las fábricas pequeñas, como la de tractores instalada en Puntarenas, llamada sólo a proveer las necesidades de América Latina, funcionaba de manera sumamente económica con la energía de las mareas.

Algo desazonaba a los sabios y a los industriales de todo el mundo. Se hallaban frente al vacío. Abocados a un abismo. Este era el abismo o vacío existente entre los trabajos de especulación teórica que recibían el Premio Nobel, y los de expansión de la productividad. No se atrevían a poner en duda la justicia de los premios: por ningún lado aparecían trabajos tan importantes como los que iban siendo distinguidos. Pero, aun disponiendo los otros pueblos de tan valiosas informaciones, eran incapaces de darles una aplicación efectiva tan espectacular como la que les daba Centroamérica.

* * *

The Times, de Londres, fue el primer periódico que se atrevió a manifestar una sospecha.

El 13 de octubre de 1991, en primera plana, publicó el artículo que a continuación traduzco:

"Varios misterios en asunto centroamericano.— Durante mucho tiempo, las viejas repúblicas en que estaba fraccionada la actualmente poderosa Unión Centroamericana, carecieron de especial relieve en el mundo científico, el técnico y el económico. Esporádicamente, dieron algunos eminentes valores en la poesía, la literatura general y la pintura. Eso era todo.

El súbito despertar de esa nación, es ya un misterio que por sí solo inquieta a los sociólogos y a los historiadores.

Pero hay otras cosas sobre las cuales deben re-

flexionar Europa, Asia, Norteamérica, porque en ellas parece jugarse su propia supervivencia.

De todos es sabido que el último reducto de la gran industria alemana, la fábrica de productos ópticos Zeiss-Ikon, fue absorbida el año pasado por la empresa "Lentes, Sociedad Anónima", de Ahuachapán, cuyas sucursales más conocidas son la Yashima Kogagku Seiki, de Tokyo, y la Bausch and Lomb, de Nueva York.

El invento del neumodínamo, debido al ilustre Francisco Fuentes García, de San Pedro Sula, hizo quebrar las fábricas de automóviles. La fotosíntesis artificial de López Lacayo, acabó con grandes empresas de productos alimenticios. Podríamos multiplicar los ejemplos hasta el infinito.

Si la información científica que los centroamericanos han tenido a bien proporcionarnos fuera por sí sola suficiente para servir de soporte a semejante desarrollo técnico industrial, nosotros, probablemente, no habríamos quedado rezagados.

¿Saben los centroamericanos mucho más de lo que expresan?

¿Qué es lo que saben?

¿Hasta dónde llegan sus conocimientos?

¿Cómo los han adquirido?

He aquí unos cuantos misterios sobre los cuales Europa, Asia, los Estados Unidos, deben reflexionar si aspiran siquiera a continuar existiendo como núcleos civilizados".

* * *

El artículo que acabo de traducir, fue reproducido por todos los principales diarios del Antiguo, del Viejo y del Nuevo continentes. Desató, como era de esperarse, algo más que curiosidad o preocupación: una verdadera ola de espionaje. Misteriosos chinos, cándidos o aparentemente cándidos sajones, vivaces sudamericanos, fueron invadiendo paulatina e inexplicablemente el territorio de la América Central, dispuestos a indagar qué ocurría y por qué ocurría. Un esfuerzo económico ya excesivo para las antiguas potencias, convertidas ahora en naciones rezagadas.

Y un esfuerzo tan grande como inútil.

Porque entonces las cosas tomaron otro cariz.

* * *

Aunque yo me lo quisiera negar a mí mismo, lo cierto es que me había enamorado a fondo de Lupe Orizaba. Ella estaba, a su vez, enamorada de Martín Arbeláez. Y Martín, enamorado de su laboratorio. La cosa no tenía solución.

No citaría un detalle tan personal, de no haber sido eso, precisamente, lo que me permitió primero entrever, y luego ver plenamente, mucho más de lo que pudieron averiguar todos los espías juntos.

Jamás pude hablar a solas con Lupe.

Sin ofenderme, con una habilidad gentil y hasta coqueta, ella se daba maña para mantenerme a distancia, aceptando invitaciones y aun haciéndolas, pero siempre con más compañía.

Yo desesperaba.

Una tarde me dijo claramente, en presencia de otras personas, con un desparpajo que me dejó atónito, que sentía por mí una inclinación afectuosa; pero que todo era y sería imposible entre nosotros, porque no pertenecíamos al mismo redil.

Yo, lector de los clásicos: de Bradbury, de Heinlein, de Clarke, de Kornbluth, de Borges, de Asimov, pensé de inmediato en lo más obvio: ¿Y si Lupita fuera gente de otro planeta?. . .

Deseché la idea por sencilla.

Como la habrían desechado Asimov, Borges, Kornbluth, Clarke, Heinlein y Bradbury.

Para ser más sincero: rechacé la idea sólo intelectualmente: porque ella, no sé cómo, se fue adentrando hasta mi subconsciente, a grado de que en una oportunidad, mientras Martín estudiaba unos cálculos sobre la mesita en que los tres tomábamos el té, me atreví a sugerir la posibilidad:

—Lupita. . . ¿tú crees que hay habitantes en otros planetas?

—Sin duda.

—Y ¿algunos han venido a la tierra?

—Estoy convencida.

Mas ahí se detuvo la conversación, porque Martín estalló:

—¡Es inevitable!

Lupe se quedó mirando, interrogativa.

—Si lo dudas, revisa mis cálculos.

Ella apartó las hojas con visible desaliento, acaso convencida de que era innecesario tratar de supervisar

lo que Martín afirmaba con tanta autoridad. Cuando ella hizo a un lado los papeles, mis ojos alcanzaron a percibir algo que me dejó estupefacto: los signos.

Yo no soy matemático. Pero mi formación general me permite conocer todos, o al menos casi todos los símbolos con que expresamos las verdades matemáticas en el siglo XX.

Y fuera de los radicales, los guarismos, las potencias y el signo de infinito, los cálculos de Martín no contenían un solo grafismo de los usuales.

Sin que ellos lo advirtieran, la curiosidad me forzó a sustraer las hojas de Martín. Me las eché furtivamente al bolsillo de la chaqueta.

—¡Inevitable! —ratificó moviendo la cabeza de un lado a otro.

* * *

Fue inevitable.

El espionaje derivó en intervención. La intervención en agresión. La agresión en guerra.

Y estallaron las bombas.

Diez, quince bombas.

Lo suficiente.

El mundo quedó reducido a una esfera envenenada de radioactividad, en la cual unos cuantos pueblos primitivos tuvieron que comenzar de nuevo el camino de la historia.

Los pocos hombres más o menos preparados que logramos supervivir, quedamos sin los elementos técnicos indispensables para acelerar el proceso: agrónomos sin maquinaria agrícola; cirujanos sin instrumental; biólogos sin laboratorios; ingenieros sin reglas de cálculo, ni teodolitos, ni grúas.

* * *

No tiene objeto el relatar cómo me salvé.

El hecho es que, cuando paulatinamente fui recuperando la vista, me acordé de las anotaciones hurtadas a Martín. Y me propuse estudiarlas al estar ya en condiciones de ver lo suficiente.

Así lo hice. Pero no entendí nada. Absolutamente nada. Los signos danzaban, misteriosos, ante mis ojos y en mi cerebro.

Quise examinar aquello con mayor lentitud.

Y entonces di con la revelación que tan tesonera como inútilmente habían buscado en Centroamérica los agentes secretos del mundo entero.

En una de las páginas, al reverso, con menuda y femenina letra, acaso de Lupita, se hallaba una anotación.

"Nosotros, los hijos del siglo XXIV que hemos venido del siglo XX gracias al empleo de los vectores paratemporales de Rosales Aycinena. . ."

¡Eran hijos de un siglo futuro! El desarrollo moral, social, económico de nuestro torturado siglo XX no había resistido la prueba de la interpolación. Eramos

demasiado niños para poder manejar tan peligrosos elementos. Y así como los fenómenos de transculturación estudiados por nuestros sociólogos, habían acabado con culturas íntegras de tipo inferior, incapaces de tolerar el exceso de luz de los invasores, así este fenómeno, que desde entonces puede llamarse de transtemporalización, había terminado con el siglo XX.

Eso era todo.

* * *

No: no era todo.

Yo seguí cavilando y adiviné lo que podía ocurrir.

Si no lo preví en su totalidad, sí puedo afirmar que acerté en las líneas generales del asunto.

El siglo XX era un desierto radioactivo. Su humanidad, escasísima, incapaz por razones de número, de preparación, de instrumental, incapaz, digo, de reconstruir lo que se había perdido en todos los órdenes.

El siglo XXI iniciaría, a lo sumo, la edad de piedra. Si las cosas iban veloces, con una rapidez inverosímil, en el siglo XXIV se estaría descubriendo el fuego. Quizá —y era mucho suponer— se estaría comenzando la forja de metales.

En todo caso el siglo XXIV no podría producir científicos como Martín Arbeláez y Lupita Orizaba, sabios de la categoría de Jerónimo Zelaya, de Ricardo Alvarado, de Elisa Guzmán de Ramírez, de Teodosio Morán, de Eleázar Rosales Aycinena.

Era de una imposibilidad absoluta.

Aunque, viéndolo bien, ya esos maravillosos personajes futuros, habían existido. . .

* * *

En 1978 los diarios centroamericanos dieron cuenta de un fenómeno desazonante: gran número de personas en la ciudad de León, Nicaragua, se tornaron súbitamente anormales. Los médicos no encontraban explicación alguna al sucedido. Ni siquiera la concentración de radioactividad en la atmósfera pudiera considerarse como peligrosa: estaba muy por debajo de los márgenes de tolerancia calculados.

En 1979, más del 72 por ciento de las personas que vivían en Guatemala, tuvieron alguna monstruosidad evidente. De Suecia se reportaron unos pocos casos.

En 1980, el 84 por ciento de los habitantes de Honduras. . . en 1990, el 96 por ciento de los de todo el territorio centroamericano.

Entes cubiertos de ríspida pelambre; cíclopes; individuos de tres y cuatro piernas; niños con manos de siete y ocho dedos; mujeres con bolsa marsupial. . . ¡Monstruos, monstruos por todas partes! Pesadillas casi humanas, casi diabólicas, discurrían por los campos y las ciudades del Istmo, en donde los hombres constituidos como Dios manda, éramos ya únicamente la excepción.

The Times, de Londres, fue el primer periódico que se atrevió a manifestar una sospecha.

El 13 de octubre de 1991, en primera plana, publicó el artículo que a continuación traduzco:

"Varios misterios en asunto centroamericano.— Durante mucho tiempo las viejas repúblicas en que estaba fraccionada la actual Unión Centroamericana, si bien carecieron de especial relieve en el mundo científico, el técnico y el económico, pudieron dar algunos eminentes valores en la poesía, la literatura general y la pintura.

Mas ahora su porvenir se presenta dolorosamente negativo.

Las telenuevas informan acerca de una regresión biológica alarmante, que de día en día va convirtiendo a dicha nación en un mundo de mutantes inferiores, en un jardín zoológico de monstruos absurdos, de idiotas, de semibestias, como si sobre aquel castigado territorio se hubiesen concentrado todos los efectos nefastos de los ensayos nucleares llevados a cabo por Rusia, Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia.

Porque es evidente, o casi evidente, que lo que ocurre en Centroamérica está relacionado con los efectos de las radiaciones atómicas.

La ocurrencia rápida y dramáticamente acrecentada de casos teratológicos, hace pensar incluso, por raro que parezca, en el poder contagioso de las enfermedades provenientes de virus filtrables.

¿Llegará hasta nosotros el flagelo?

¿Somos en alguna medida responsables del drama centroamericano?

¿Hasta qué punto llega nuestra responsabilidad?

He aquí unos cuantos misterios sobre los cuales

Europa, Asia, los Estados Unidos, deben reflexionar si aspiran siquiera a continuar teniendo una razón de ser como núcleos de civilización con sentido humanitario".

* * *

El artículo que acabo de traducir, fue reproducido por todos los principales diarios del Antiguo, del Viejo y del Nuevo continentes. Desató, como era de esperarse, algo más que remordimiento o conmiseración: una verdadera ola de investigadores. Misteriosos sociólogos chinos, cándidos, o aparentemente cándidos físicos sajones, vivaces biólogos sudamericanos, fueron invadiendo paulatina e inexplicablemente el territorio de la América Central, dispuestos a indagar qué ocurría y por qué ocurría. Un esfuerzo económico excesivo aun para las poderosas naciones.

Y un esfuerzo tan grande como inútil.

Porque entonces las cosas tomaron otro cariz.

* * *

Al comienzo sentí repugnancia por los monstruos. Cuando vi por primera vez a una criatura hidrocefálica con el rostro cubierto de unas cerdas doradas, tuve una sensación muy próxima a la náusea. Pero la costumbre, por una parte, y la reflexión moral, por otra, me hicieron adoptar frente a tales engendros, una actitud de piadosa tolerancia.

Aunque yo me lo quisiera negar a mí mismo, lo cierto es que me revolvía los intestinos la sola presencia de Lupe Orizaba. Y la de Martín Arbeláez. Un par de idiotas horriblemente semejantes. Parecidos en la forma de la cabeza, exageradamente alargada; en los ojillos animales y pequeños, que de haber tenido alguna luz habrían parecido malvados; en los gruesos labios, siempre segregando una especie de espuma verdosa.

Pero yo me había propuesto desentrañar el misterio de lo que ocurría, y tanto Martín como Lupe me resultaban indispensables para ello. Eran de los pocos que se expresaban en un lenguaje bastante inteligible, y yo no tenía más remedio que estar en frecuente relación con los dos.

En un cuento de Hugo Lindo titulado **Espejos paralelos,** encontré una idea que me resultó sumamente útil: la de buscar los conocimientos subconscientes —siquiera de la subconsciencia racial— de semejantes seres, mediante la hipnosis o el empleo de drogas analépticas, como el sulfato de dexedrina.

Comencé por el hipnotismo.

La débil mentalidad de ambos, los tornaba fáciles sujetos para el sueño inducido; pero, una vez dormidos, eran insensibles a toda clase de sugestiones, excepto a la cataléptica. Eso sí se lograba con harta facilidad: colocarlos rígidos, como vigas, mejor dicho como pilares de piedra. Para diversión, aquello estaba bien. En calidad de investigación, no conducía a ninguna parte. Cuanto a las sugestiones sonambúlicas, caían en el vacío más impresionante.

No desistí de buenas a primeras, porque estimé que probablemente la reiteración de las sesiones de hipnotismo, pudiera algún día producir resultados de interés. Mas pasaron los días y los meses, sin fruto alguno, hasta que me decidí por el procedimiento de las sustancias excitantes.

La alternativa se presentaba para mí bastante notoria. Mi razonamiento fue el siguiente: si la catalepsia era fácil de inducir y estéril para mis fines, en tan primitivos seres (yo me negaba a llamarlos personas), la analepsia sería, **contrario sensu,** de difícil inducción y de jugoso fruto.

En los extremos, no falló la lógica. Hice el experimento con ese repulsivo ente que solía llamarse Lupe. La obligué a tragarse de una sola vez cinco pastillas de dexedrina. Lo suficiente para asesinar a un ser humano; pero lo que consideré indispensable para despertar su inteligencia y su memoria, si alguna inteligencia y alguna memoria pudiera haber en su trastienda.

Empezó a hablar. En los ojillos brilló una chispa, y fue exactamente la que yo había previsto: la de la malevolencia y el odio.

—Sí —me dijo sin que yo le hubiese preguntado nada—. Sí: soy de ese siglo XXIV que ustedes, los del siglo XX, aniquilaron definitivamente con su estúpida guerra nuclear... Estábamos llamados a ser genios, a disponer de una sabiduría que...

Cortó la frase al tiempo que me fulminaba con una mirada horrible. Me hizo daño. Luego continuó:

—Dentro de nuestra miseria, sabemos lo bastante

como para odiarlos... Y a usted, particularmente a usted, lo mataría sin piedad, si no fuera porque...

Yo grababa sus palabras en cinta magnetofónica, para que no pudiera escapárseme un solo detalle de sus revelaciones.

—Y si no son de este tiempo, ¿qué diablos están haciendo aquí, ahora...?

—No sé. Era inevitable que viniéramos, por culpa de un tal Rosales Aycinena...

—¿Inevitable?

—Todo es ahora inevitable. Hasta el hecho de que yo le deje a usted con vida.

No obstante que Lupe Orizaba hallábase ostensiblemente inerme, la comunicación de su odio instintivo me hizo llevar la mano al cinto y tocar la cacha de mi pistola.

—¿Por qué no me mata?

—Porque sería un suicidio. Yo soy nieta de los nietos de sus nietos. Y matarlo a usted sería impedir mi propia vida... usted me es indispensable...

—¿Indispensable?

—¡Inevitable!

* * *

Las cosas ocurrieron de otro modo, dije.

Como, por causa de la guerra atómica, el siglo XX no pudo recibir técnicos y sabios del siglo XXIV, y

a cambio de ellos recibió idiotas, degenerados y mutantes, por ello mismo, digo, no hubo guerra atómica en el siglo XX.

* * *

Y como no hubo guerra atómica en el siglo XX, el siglo XXIV fue de técnicos, de sabios, de mentalidades supradotadas que vinieron a Centroamérica a fines del siglo XX, a preparar la guerra atómica. Inevitable, como afirmó Martín Arbeláez el mismo día que la nieta de los nietos de mis nietos, Lupita Orizaba, la deliciosa, me dijo que entre nosotros todo era definitivamente imposible.

* * *

Yo vi en el espejo de enfrente la imagen del siglo XXIV; en el espejo de atrás, la imagen del siglo XX, y luego la imagen de la imagen del siglo XXIV, la imagen de la imagen del siglo XX, en una sucesión infinita, clara y aterradora.

SI AUN EXISTEN . . .

Desde aquí miro con cierta nostalgia a la Tierra, que apenas si aparece como una esfera opaca y mínima, entre la multitud de astros que la rodean.

Y la nostalgia no es sólo sentimental. Es también, si cabe decirlo así, intelectual. Quisiera poder ir allá, o siquiera comunicarme con los actuales habitantes, si aún existen, y darles a conocer las experiencias que tuvimos Henry, Wang-Fo, Wladimir y este servidor, cuando llegamos a habitar esto que parecía sólo un pedrusco rodante en mitad de la Vía Láctea. Me duele que ellos —los habitantes de la Tierra, **si aún existen,** insisto— puedan estar expuestos a lo mismo. Y desearía prevenirlos. Pero es inútil. En primer lugar, no tengo medios para entrar en contacto con mi planeta de origen. En segundo término, es casi seguro que ellos no me creerían. Así fueron siempre.

Con la muerte de Wang-Fo se perdieron todos nuestros apuntes. No llevábamos diarios personales, sino una especie de diario colectivo, porque nuestra misión era conjunta. Yo soy el único superviviente, y

sería el llamado a poner en orden todo ese material. Pero las temperaturas a que ardió el laboratorio fueron tan altas, que lograron incinerar las páginas de aquello, teóricamente incombustible, en que habíamos anotado desde el arribo de nuestra nave hasta el último instante, lo que nos pareció de mayor importancia.

No se trata de exculparme ni de culpar a los demás. Nos cegó la ambición de dominio. Al cabo, éramos hijos de la Tierra de fines del siglo XX. Ignoro la fecha de nuestra llegada aquí. Conforme a mi reloj vital, deben de haber transcurrido unos cinco o seis años terrestres. Allá, conforme a mis cálculos matemáticos, ha pasado más de un par de milenios. Y tal como iban las cosas, ignoro en qué puedan haber parado. Sólo recuerdo, sí, que hace algún tiempo vi en el tercio izquierdo de nuestra galaxia, un inusitado resplandor. No podría jurar que proviniera de la Tierra o de otro planeta del Sistema Solar. Bien pudo haber sido un reflejo de alguna supernova situada por aquellos rumbos.

Bien. Si hay alguna incongruencia en mi relato, pido se me disculpe. Se debe a la falta de documentos. Escribo de memoria, y siempre la tuve mala para eso de las fechas, sobre todo desde que empecé a vivir con diferentes —¡y tan diferentes!— calendarios a la vez.

No sé ni cuándo llegamos.

Wladimir fue cauteloso en extremo, y desde adentro de la nave, analizó la atmósfera, y vio que podíamos vivir en ella sin escafandros; buscó elementos de vida, reacciones, vibraciones, algo que nos diera un índice

de seguridad, y pareció no haber nada que se opusiera a nuestro desembarco.

Henry dio la orden de salir. Todavía lo recuerdo, en su uniforme de Capitán de astronave, con su estrella verdeazul en el casco metálico, expresándose torpemente en el idioma universal que por entonces empezábamos a hablar en los círculos científicos:

—Condiciones alfa. Salida determinada. Diez, nueve, ocho, siete... Salimos.

Los análisis de Wladimir parecían exactos. El aire era respirable, aunque un poco delgado como el de las altas montañas de la tierra, y provocaba una rápida euforia. Sentíase un lejano aroma de ozono. Por lo demás, la gravedad era de 9.1 m/seg², casi la misma de la tierra, y el suelo firme, muy semejante al nuestro. Unas cuantas rocas diseminadas en el paisaje, le otorgaban un aspecto desértico. Tres soles se turnaban en el oficio de dar luz y energía durante todo el proceso de rotación del planeta. Fue lo que más nos impresionó. Procuramos enviar unas cuantas fotos a nuestra estación de origen. Ignoramos si las recibieron, y quiénes, y cuándo.

Pronto nos dedicamos a establecer la base. Lo cierto es que nuestros técnicos habían pensado en todo. En todo lo técnico, se entiende. Temperaturas. Composiciones químicas. Materiales de construcción. Fuentes de energía. Alimentos.

En lo único en que no habían pensado —esto lo supimos después— fue en nuestra menguada condición de hombres. Ni los más penetrantes sicólogos del astropuerto, ni los biólogos de la estación, capaces

de establecer rápidas y eficaces mutaciones orgánicas, pudieron siquiera imaginar nuestros problemas básicos.

No tiene sentido el explicar cómo instalamos el laboratorio ni nuestras habitaciones, un tanto lejos entre sí. Ya todo venía preparado, y sólo tuvimos que armarlo. Cuando según nuestros relojes debería ser de noche, ya teníamos en el cenit la segunda o tercera luminaria. Nos tuvimos que ingeniar para establecer el cuarto fotográfico junto al dormitorio, lo cual nos permitió dar a este último la oscuridad indispensable para conciliar el sueño.

Nuestros quehaceres estaban ya predeterminados. Wladimir Alexei Alexandrovich se dedicó a los trabajos físico-químicos. Su capacidad matemática volvía punto menos que innecesarias las computadoras de la nave. Creo que tenía algo más que talento o que genio: una especie de intuición de las proporciones, los vectores, las transformaciones moleculares. Ni siquiera daba la impresión de concentrarse cuando atacaba un problema. Se quedaba más bien como abstraído o distraído, y luego salía con una solución exacta. Henry Simmermann Miller, como buen astronauta militar, era el jefe encargado de la organización y de la disciplina. Y aunque no trato de culpar a nadie, y de antemano acepto la parte de culpa que me toca, creo que él fue el primero en equivocarse de una manera fatal. A Wang-Fo le correspondía todo lo biológico. A mí, simplemente servirle de ayudante. Frente a sus tres doctorados, mi condición personal tenía que rendir homenaje. A

decir verdad, nunca tuve envidia de Wang-Fo: lo acompañó siempre mi admiración sin reservas.

Fueron pasando días y más días, sólo determinables por los ciclos del hambre y del sueño, y por la mentalidad matemática de Wladimir, sin que ante nuestros ojos apareciese ningún sér vivo. Estábamos desilusionados, sobre todo Wang-Fo y yo, porque sin seres vivos, nuestra presencia ahí resultaba simplemente inútil. Pero el tridoctor chino no era hombre para el desaliento. Precisamente las dificultades, la casi imposibilidad de ser útil, lo acuciaban hasta el desvelo y el sacrificio máximo. Sólo descansaba ante las órdenes terminantes e indiscutibles de Henry:

—¡Dr. Fo: a su cama! Dormital 3, media dosis.

Ver a un chino excitado, es cosa de excepción. Ver excitado a un científico chino, es cosa de otro mundo. Pero estábamos en otro mundo.

—¡José Luis, venga a ver!... ¡Venga a ver!...

Parecía borracho. Por un instante pensé en la necesidad de reducir la cuota de ozono de la atmósfera en el laboratorio.

Me incliné sobre el "megamicro" —habíamos dado en llamar así, por economía, al megamicroscopio—, y vi.

Ya para quienes hemos visto casi íntegras algunas moléculas de aminoácidos, ni el megamicroscopio tiene grandes sorpresas disponibles. Sin embargo, ahí había algo. Algo que era vida. Y que era vida complejísima, frente a la cual las largas escalinatas del deso-

xirribonucleico aparecían como simples elementos de construcción, como ladrillos de un ingente edificio, arraigado en el vacío y alzado hasta el vacío. No me sé explicar. Tendría que recurrir a las fórmulas químico-biológicas para dar una idea aproximada de aquello.

Tan absortos estábamos turnándonos ante el megamicro, que ni siquiera habíamos advertido un fenómeno concomitante. Dentro del laboratorio, grandes acumulaciones de átomos se tornaban visibles, se agrupaban en moléculas gigantes, se corporeizaban. Fue así como nos vimos rodeados de hombres. Iguales a nosotros. Quizá un poco más pequeños, pero de idéntica morfología. Era como si se hubiesen condensado. Como si hubieran ido tomando forma.

Wang-Fo no se atemorizó. Vio todo aquel conjunto de personas, y les habló en inglés. No le entendieron, claro. Ensayó con otros idiomas. Inútilmente. Hizo venir a nuestros compañeros de expedición, y cada uno empleó los lenguajes que sabía, con el mismo resultado negativo. A Wladimir se le ocurrió emplear los únicos dos idiomas universales de la tierra: las matemáticas y la música. Aquellos extraños seres parecían sordos y carentes del sentido de la proporción.

Empezó así la tarea de comunicarnos con ellos, que había de durar tanto tiempo. Parecían proliferar. Surgían de todas partes. Se condensaban en el laboratorio, en nuestras habitaciones, en el cuarto oscuro de fotografía, afuera... Eran numerosísimos. Y así se desvanecían.

Cada uno de nosotros anotaba diariamente en el

llamado "Libro de bitácora" de la expedición, sus experiencias y puntos de vista. Ahí se podía leer que en opinión de Wladimir y de Henry, los "hombres condensados" carecían de conciencia humana o eran, simplemente, idiotas. Wang-Fo y yo, en cambio, habíamos consignado, con el respeto debido, nuestro disentimiento. No en vano éramos doctores en sicología ambos. Para nosotros, se trataba todavía de un problema de comunicación y esperábamos hallar la solución del mismo, en esas fabulosas y cambiantes moléculas que habíamos visto en el megamicro.

La sugerencia fue mía, y tuve el agrado de advertir que mi jefe y maestro la aprobaba sin objeciones, hasta diría que con entusiasmo. Conocedor de mis anteriores esfuerzos en la materia, me ordenó que fuese yo mismo quien llevara a cabo el ensayo de vinculación mental directa. Habíamos sido todos adiestrados en la abstinencia sexual, en la concentración mental, en la frugalidad, en el autodominio, en todo aquello que resultaba propicio para el desarrollo de nuestras fuerzas superiores. Salvo en una cosa: en el proceso de dejar la mente en blanco, a la manera yogui. En eso —lo digo sin jactancia— sólo yo tenía alguna práctica. Agradecí a Wang-Fo su gesto de confianza, y me puse manos a la obra.

Fallaron los primeros intentos. En esto, como en todo, hay que ser perseverante. De pronto —y esto fue en el dormitorio— tuve un contacto claro, inconfundible, con un sér que se encontraba fuera de nuestro recinto, y lejos de él. Fue una comunicación directa, de

imágenes, ideas y sensaciones. Sin lenguaje. Cualquier lenguaje hubiera podido distorsionar el entendimiento recíproco.

Supimos así que, fuera del hecho de condensarse y evaporarse a voluntad, sus características eran muy semejantes a las nuestras. Se alimentaban y reproducían como seres humanos, su ciclo biológico era de un promedio semejante al nuestro; padecían de enfermedades, y tenían un grado de conciencia como el de los habitantes de la Tierra. Su ciencia, en cambio, estaba más adelantada. Y lo que nosotros habíamos detectado en el megamicro, era simplemente un cultivo biogenético que ellos estaban condensando, como punto de partida para el encuentro que ahora teníamos. Pero no me explicó más.

La capacidad analítica de Wang-Fo tuvo reflejos tan rápidos como los que en matemáticas solía presentar Wladimir Alexei Alexandrovich. Anotó en el libro de bitácora algo más o menos así: **"Condensan el cultivo** bio-genético. Significa esto que lo que hemos visto puede evaporarse o tornarse invisible como ellos. El cultivo es **"bio-genético";** pero se han guardado de comunicarnos qué clase de vida origina: en todo caso, es muchísimo más complejo que todos los ácidos nucleicos que conocemos. Lo que indicaría que ya no se trata de vida humana, sino sobrehumana. Lo único que puede tornar sobrehumana la vida humana, es un grado mayor de conciencia. Ergo, estos seres condensados están buscando en sus laboratorios, un grado de conciencia superior al nuestro, al que ellos mismos tienen por ahora".

Al margen, anotó Henry, con su sentido pragmático: "Eso sería muy peligroso. Nos sojuzgarían. Tenemos que adelantarnos nosotros, acrecentar nuestra conciencia y sojuzgarlos, antes de que ellos nos dominen".

El razonamiento parecía incontrastable. Después vimos que fallaba por la base.

Un día —todo el tiempo era día— me ordenó Wang-Fo:

—¡José Luis Carnelutti Dumond!

—Presente.

—Descubra su brazo izquierdo.

Y me inyectó una sustancia viscosa, levemente violeta, que entre ambos habíamos logrado aislar.

Dormí mucho tiempo, si puede llamarse "dormir" a eso. Me río de los alucinógenos de toda laya. Aquello era como si hubiese entrado en mi cerebro y en mi sensibilidad, un inmenso fórceps de luz, que iba ampliándome, instante por instante, la capacidad de comprensión, intelectual y afectiva, y trocándome en un individuo integrado de tal modo al universo y su trama inextricable, que yo dejaba de ser yo, para convertirme en todos y en el Todo. Una cosa tremenda. Angustiosa y prodigiosa, al mismo tiempo.

De ahí en adelante, me fue mucho más fácil comunicarme con los seres condensados. Aprendí a evaporarme, a tornarme invisible. Fraternicé con ellos. Desconocí —sin acritudes ni intemperancias— la autoridad de Henry, y hasta la de Wang-Fo. Ninguno de ellos estaba a mi nivel, ni siquiera cerca. Se me hacía inadmi-

sible el punto de vista del jefe astronauta: "tornémonos superiores para domeñarlos". No: la superioridad no estaba en eso. No podía estar en eso. Estaría en saber compartir. Saber compartirlo todo. El Todo.

Hablé con los seres oriundos de este planeta. Les indiqué con claridad que nuestro problema era muy semejante al que ellos tendrían si de pronto se sintieran en capacidad de poseer y dominar todos los mundos a su alcance. Que había un peligro para ellos y para nosotros, en ese empeño absurdo en que nos hallábamos. Lo mismo dije a Wang-Fo. El lo comprendió; pero me hizo saber una cosa que me dejó aterrorizado:

—José Luis: a usted le inyecté una primera fórmula... un poco imperfecta. Yo he logrado otra, que no afectará a nuestra sensibilidad, sino sólo a nuestra capacidad intelectual y a nuestro poder de acción...

Quitaba, pues, el único freno para la barbarie tecnológica que aún se enroscaba en el árbol de la ciencia del mal.

Y luego supe lo más tenebroso: ya se había autoinyectado con esa fórmula nueva, y había inyectado también a Henry Simmermann y a Wladimir Alexei. La organización, el don de mando, las matemáticas, la biología, todo menos la conciencia, experimentaba un ascenso vertiginoso. El único que lograba quedar al margen de esa insensibilidad fisiológica, era yo. Porque los indígenas todavía permanecían, y habían de permanecer, en un estado normal de capacidad y de conciencia.

Vi cómo fue creciendo la extorsión. Cómo fue creciendo el odio. Cómo, a título de servicio, los oriundos de este planeta eran expoliados y explotados por mentes muchísimo más poderosas que las de ellos. Y cómo los medios de conocimiento les eran alejados sistemáticamente. Henry había declarado tales conocimientos, como "top secret". Y, sin embargo, él no estaba en el secreto. En el verdadero secreto. En ese que se esconde a la luz del día para que nadie lo vea: la injusticia sólo engendra descontento y rencor.

Yo estaba en el dormitorio, solo, cuando se me encendió en el cerebro la lamparilla del mensaje telepático. Wladimir acababa de ser muerto violentamente. Ahogado. En su contorno se fueron condensando hombres y hombres y hombres y hombres... hasta lo que pudiera ser la noción matemática del infinito. Y lo fueron apretando, apretujando, estrujando... hasta llevarlo al cero preexistente, al inexistente cero que yace debajo del uno, por siempre y para siempre.

Cuando lo supo Henry, quiso organizar una expedición punitiva, y nos dio órdenes de actuar sin conmiseraciones. Ya yo no obedecía ni siquiera a Wang-Fo, de modo que esas órdenes sólo podían rezar con mi exmaestro. Entonces fue cuando los habitantes de este planeta se tornaron todos invisibles. Desaparecieron, esfumados, y se congregaron en alguna parte del vacío para contrarrestar la conjura.

Henry apareció muerto, con la cabeza rota y los huesos partidos por alguna fuerza brutal cuyo origen nadie supo.

Y a poco, ardía el laboratorio. Con Wang-Fo y el libro de la bitácora adentro.

La mente que se comunicó primero conmigo, me transmitió con claridad estas ideas:

—Tú tienes una conciencia plena y superior, que te impediría atacarnos, sojuzgarnos o explotarnos. Por eso te hemos respetado.

—Y ¿bien?

—Ahora te pedimos que la compartas con nosotros.

—¿Por qué no lo pedisteis antes?

Porque si nuestra conciencia hubiese sido como la tuya, no habríamos podido defendernos. Necesitábamos la inconsciencia criminal del hombre común. De ahora en adelante...

Inyecté a los que pude. Ellos mismos prepararon luego infinidad de ampollas de suero e inyectaron a los demás. Somos felices.

Somos felices, sí.

Sólo me atormenta la imposibilidad de hacer llegar este mensaje hasta los habitantes de la Tierra... si aún existen. Por si lo pueden y quieren comprender.

TESTAMENTO QUE HA DE QUEDAR INCONCLUSO

Desde hace largos años —aquí los años son verdaderamente largos— deseaba formular mi testamento. Pero los trabajos del laboratorio y los achaques de mi mujer, que, como yo, pasa de los ciento setenta, habían venido demorando mi propósito.

Hoy puedo hacerlo, gracias a la orden del Dr. Zurbán:

—Por lo menos una semana en cama —me ha dicho—. Reposo absoluto.

Agregó, como afirman siempre en estos casos, que mi enfermedad es más espectacular que seria y que, si cumplo estrictamente sus órdenes, en pocos días estará "superada la crisis".

Eso de "superar la crisis" no me va ni me viene. Tengo la suficiente entereza para afrontar lo que sea, y abrigo la convicción de que el Dr. Thomas y el Dr. Yu Yin, serán capaces de llevar a buen término las investigaciones que han consumido los últimos años de mi esfuerzo.

Yu Yin, sobre todo. Su paciencia es extraordinaria,

y sus ojillos semidormidos no dejan escapar ninguna minucia.

¿Cuándo vine a este planeta, por qué causas, con qué designios?

He aquí un extraño testamento. Porque todo este memorial ológrafo que comienzo a preparar en cama, y que espero terminar antes de las pastillitas verdes que me ha recetado Zurbán, sólo tiene por objeto dar respuesta a estas tres preguntas. Contestadas que sean, se habrá expresado mi última voluntad.

Pero, antes que cualquiera otra cosa, y por si la posteridad recoge estas palabras, quiero expresar una vez más, y también una vez aún más definitiva, a Gertrudis, mi gratitud total por haberme sabido acompañar en buenos y malos tiempos, en todos los lugares y en todos los trabajos que me han traído, paulatinamente, a este obligatorio reposo. Sin sus maneras lentas y silenciosas de moverse en torno mío, sin su fidelidad carente de ostentaciones, sin esa morosa y amorosa costumbre de ir anotando en su diario todo lo que me acontecía, y con fechas, y horas, y detallitos nimios, sin todo eso, digo, me sería imposible redactar este testamento. A sus anotaciones he de recurrir a cada instante.

Hoy no está aquí, conmigo. La he alejado deliberadamente pidiéndole una vez más que me fuese a buscar muestras de esta alga misteriosa que lleva mi nombre —"Talofita Gomicense"— pretextando necesidades de laboratorio. Ella sabe que son falsas, que Thomas y Yu Yin tienen más que suficiente. Pero no dijo nada: limpió el filtro para el azufre, se encasquetó

su escafandro, llenó de oxígeno el tanque de repuesto, y pasó por las compuertas de la habitación, como una sombra. Ha comprendido, sin duda, mi necesidad de estar solo.

* * *

Encuentro aquí la primera nota importante de su diario. Nos conocimos en el planeta Tierra, del cual somos oriundos, el 12 de octubre del 2080, a las once de la mañana, en una ciudad encantadora, que por entonces tenía gratas condiciones para vivir. Comenzaba a recrudecerse, sí, allí como en el resto del planeta, la ola de violencia que había de arrasar con todo aquello, no muchos años después. Gertrudis y yo éramos jóvenes; la mañana, luminosa; el aire, delgado y fresco, y se celebraba con toda alegría la llegada del Descubridor al continente americano. Ya sólo las gentes de nuestra generación recuerdan esto, así como sólo ellas, el primer viaje del hombre a la Luna. Inclusive para Thomas y Yu Yin esas son "historias del viejo", como dicen afectuosamente. Quedamos cerca en los festejos. Alguien nos presentó. Nuestra edad y nuestra compartida afición por las ciencias hicieron el resto. Nos casamos antes del año, en cuanto obtuve mi doctorado en Ciencias Naturales y ella su licenciatura en Química.

Poco después, no sé qué maniobras políticas —de eso nunca entendí poco ni mucho—, llamadas, según se decía, a consolidar la unidad del mundo, lograron integrarlo o desintegrarlo en tres grandes bloques. La ar-

monía entre esas naciones conglomeradas no se consiguió jamás. Cada uno representaba un tipo de intereses y una tendencia de acción, lo que pronta e inevitablemente condujo a una grave situación conflictiva. ¡Sí, señores doctores Yu Yin y Thomas! ¡Esto es historia, historia auténtica, y no meras "chifladuras del viejo"!

Nadie podía quedar al margen de los problemas. Y mucho menos el científico. Gertrudis y yo tratamos de cerrar ojos y oídos a realidades que andaban muy alejadas de nuestros intereses vitales, y procuramos refugiarnos en el estudio. Imposible. Se trataba, como decían entonces, de "pertenecer". De "pertenecer" a un partido, una nación, un bloque, una dirección o lo que fuere. Se trataba pues, de convertirse en una "pertenencia". Y por donde se mirase el asunto nos parecía monstruoso. Terminamos, como era inevitable, "perteneciendo a". Con el único paliativo —¡Gracias sean dadas al Protón!— de que nos tocó formar parte del mismo gran bloque y trabajar en laboratorios más o menos próximos.

* * *

Anotación importante: el 3 de agosto del año 2082, Gertrudis, con el grado de sargento, fue llamada a filas, y colocada al frente de un pequeño grupo para investigar las posibilidades de un nuevo armamento bioquímico. Grandes fuerzas de opinión obligaban al gobierno a abstenerse de matar. Pero matar es una cosa, e impedir o modificar la vida, es otra. El Estado Mayor decidió lo último. La investigación —al menos en cuanto llegó

a nuestro conocimiento— se enderezó por tres caminos. Se buscaba:

a) Un arma —rayo, emanación, proyectil o lo que fuere— capaz de paralizar al enemigo durante un tiempo prudencial, o de ablandar su sistema nervioso, hasta el grado de que no pudiera realizar movimientos voluntarios. Este era el objetivo primero e inmediato;

b) La posibilidad de influir masivamente en la integración de las moléculas de ADN, a fin de suscitar mutaciones biológicas actuales y hereditarias, de modo que el enemigo se plegase dócil e incondicionalmente a nuestra voluntad; y, por último, en caso necesario;

c) Un método de esterilización colectiva, que impidiese toda posible descendencia de los pueblos enemigos.

Es obvio que esta clase de trabajos ha de realizarse en secreto, y a nadie escapará el que ni mi mujer ni yo, teníamos acceso a las más altas fuentes de información. Nos limitábamos a cumplir órdenes. Pero nada nos impedía especular y conversar en privado, aun a sabiendas de que, como toda la gente, o más que el común de las gentes, éramos objeto de constante y sutilísimo espionaje.

Nos preguntábamos entre otras cosas, si los dos bloques restantes de poder político y militar tendrían, como el nuestro, un tan encomiable respeto a la vida, o si, por lo contrario, estarían dispuestos, como en recientes oportunidades, a cometer asesinatos colectivos. Y no dejaba de recorrernos un calofrío al pensar en la posibilidad de tanta sevicia.

Venturosamente, ellos también podrían haber concebido las bondadosas soluciones de nuestro Estado Mayor. Quizás estaban trabajando en las mismas líneas que nosotros.

Todo ensayo comporta sus riesgos, y eso no podía dejar de ser tomado en cuenta por las autoridades. Gertrudis, como todos los de su equipo, estaba sujeta a una revisión médica general, una vez por mes. Y a pesar de los gruesos delantales de plomo y de los guantes incomodísimos con que tenía que manipular sustancias y aparatos, ocurrió lo que nos temíamos.

Ya hacia noviembre de 2082, el día 5, a las 7 de la tarde, para ser preciso, los ultramicroscopios destrozaban sin misericordia todas las esperanzas que veníamos acariciando desde el matrimonio, si no desde antes: Gertrudis ya no podría concebir un hijo. Aquí tengo su apunte. Un grafólogo advertiría, en su letra dispareja y trémula, el inmenso derrumbe que se había operado en su corazón.

No obstante, seguimos trabajando. Cada día con menos aliciente. Yo investigaba, conforme a mi especialidad, esquizofíceas, cianofíceas, bacterias, buscando, sobre todo en los elementos unicelulares, el secreto de su estancamiento morfológico. Nos podría servir de mucho. Y no sé por qué —acaso por su presentimiento de mi propio destino— me detenía cuidadosa, lenta, viciosamente, en el análisis de las lamelas del cromoplasma.

Sí. Cada vez con menos ilusión, con menos incentivo.

Y luego, veíamos cómo de los preparativos se iba

pasando a los hechos, y en alguna región del mundo se quebraba una pequeña ampolla de vidrio, para que más tarde computadoras y ordenadoras gigantescas determinaran con absoluta precisión, el número y la calidad de las mutaciones biológicas sufridas por una población dentro de un área determinada.

Había pasado ya a la historia el uso deliberado de la talidomida y del LSD: se requería ahora probar nuevos instrumentos, más sutiles, que operasen sin que las víctimas se diesen cuenta de su acción. Y eso se hacía cada vez más difícil, en parte por la eficacia del espionaje y el contraespionaje, dotados de máquinas francamente diabólicas, y en parte por el amarillismo de los medios de difusión informativa, que se metían tridimensionalmente hasta en el más humilde de los habitáculos humanos.

Se iniciaron, se incrementaron y se enardecieron las denuncias recíprocas. Y lo peor era que en todo caso los denunciantes tenían la razón y los elementos probatorios para demostrarla. Ninguno de los tres bloques geográficos o políticos estaba exento de culpabilidad.

Quizás Gertrudis y yo habríamos seguido trabajando en lo nuestro, si no hubieran acontecido las cosas que ocurrieron. Me resulta difícil ponerlas en un orden lógico o cronológico sin seguir consultando el diario de mi mujer; pero en estos instantes me parece escuchar que se abre la primera compuerta, y me veo en el caso de esconder bajo la cama sus papeles. Sin duda es Gertrudis que regresa con una buena provisión de **talofita gomicense.**

*
**

Dije ya que esta alga es misteriosa. Su comportamiento, no sólo en el laboratorio sino en nosotros mismos, nos ha llevado de sorpresa en sorpresa, porque resulta a veces hasta contradictorio.

Primero —y esto lo advirtió Yu Yin antes que nadie— se presenta en dos formas, aunque a simple vista no sean determinables. En la que hemos llamado **alfa,** el cromoplasma tiene unas lamelas finísimas, que se mueven a ritmo lento, casi imperceptible; en la forma **beta,** por lo contrario, las laminillas son notoriamente más anchas, de una leve tonalidad rojiza y de una asombrosa movilidad. Ahora bien: unas y otras tienen, según nuestros cálculos, la misma edad: unos tres o cinco millones de años de este planeta, cuya rotación es once veces más lenta que la de la Tierra.

Observación del Dr. Thomas: "En la **Talofita Gomicense** se ha detenido todo proceso evolutivo. Es lo que fue, y seguirá siendo lo que es". Anotación de Yu Yin, al margen, en caracteres chinos: "Depende".

Yo no he querido consignar por escrito mi sospecha. La forma **beta** puede ser —digo "puede ser", no afirmo nada— más bien un liquen, un estado simbiótico en que un alga roja, cuasi animal, se haya disfrazado de lamela y esté comunicando al hongo alfa, un tipo de vida extraño, que daría razón al sintético "Depende" de Yu Yin.

Gertrudis, por su parte, ha hecho un estudio químico y farmacológico de ambas especies, con resultados que, si bien provisionales, resultan asombrosos.

—Aquí tienes tus talofitas... Te traje de las dos...

He notado que su brazo derecho tiembla mucho. Jamás ha padecido de mal de Parkinson ni de nada semejante. Su edad, aquí, no significa vejez, y no podría dar lugar ni a un temblorcillo muscular imperceptible.

Se ha quitado lentamente el escafandro, ha metido el filtro de azufre en la máquina sulfodepuradora, y se ha marchado en silencio a la habitación contigua.

Yo he tomado el microcomunicador que llevo bajo la piedra de mi anillo, y sólo he pronunciado cuatro palabras:

—Doctor Zurbán, ¡venga inmediatamente!

*
**

Aprovecho la nueva soledad para continuar consultando los papeles de Gertrudis.

—¿Que cuándo vine a este planeta?

Los servicios de espionaje de nuestro gobierno habían advertido ya el desgano con que mi mujer y yo, leales pero no entusiastas, continuábamos nuestras investigaciones. No se nos culpó de nada, de buenas a primeras: aplicando los criterios altamente científicos de que disponían, las autoridades nos fueron rodeando de sicólogos, de biólogos, de genetistas, todos pertenecientes al Alto Servicio de Investigaciones Supe-

riores (ASIS), para indagar las razones de nuestro comportamiento.

Preguntas sueltas, como quien no quiere la cosa. Observaciones sutiles, formuladas de paso, para estudiar nuestras reacciones... Ni Gertrudis ni yo teníamos la menor sospecha, la más leve idea de aquel frecuente cambio de personal en nuestras oficinas y laboratorios.

En febrero del año 2084, el Teniente Coronel William Short, Jefe de los Servicios Innominados (en realidad, los de investigaciones bioquímicas y biogenéticas) llamó a su despacho a mi mujer:

—¡Sargento Gómez!

—¡Presente!

Y cambiando el tono militar, para hablar como un caballero a una dama:

—Tenga la bondad de sentarse.

Tomó ella asiento frente al jefe. Se interponía un ancho escritorio en el cual sólo había una hoja de papel encima del vidrio, grueso y limpísimo, en donde se reflejaban nítidamente los dos rostros:

—Es usted la esposa del doctor Spiro Gómez, ¿no es cierto?

—Sí, mi Coronel.

—Usted es química, él es naturalista...

—Exactamente.

—El Estado Mayor ha seguido de cerca, muy de cerca, los trabajos desarrollados por ustedes dos...

Aquí, entre paréntesis, Gertrudis anotó: "Tuve miedo, mucho miedo..."

El Teniente Coronel continuó:

—He propuesto su ascenso al grado de Subteniente...

La sorpresa debió de traslucirse en el rostro de mi mujer.

—...y sólo por un tiempo breve: como requisito indispensable para un nuevo ascenso, porque hemos determinado encargarle funciones de mayor responsabilidad.

—¿A mí?

—A usted y al doctor Gómez.

El Teniente Coronel se puso de pie, recobró su voz militar y dijo:

—¡La entrevista ha terminado!

Gertrudis se cuadró, se llevó la mano, rígidamente, a la visera del kepis, y respondió:

—¡Permiso de retirarme, mi Coronel!

En casa, hicimos prodigios para poder hablar del asunto, y comentarlo sin que lo registrara ningún aparato. La cosa nos olía mal. Y pocos días después, durante el mismo mes de febrero, recibí un telegrama del Estado Mayor, ordenándome presentarme inmediatamente al Teniente Coronel William Short.

La entrevista fue brevísima:

—¿El Capitán Gómez?

—No, Coronel: soy el doctor Gómez.

—¡El Capitán Gómez!

Tocó un timbre, llegó un asistente, y le dijo:

—Que entreguen al Capitán Gómez su despacho, su uniforme y las insignias de su rango.

Luego, dirigiéndose a mí, y casi sin hacer pausa:

—¡Capitán, la entrevista ha terminado!

Y así nos fuimos dando cuenta de muchas cosas que hubiéramos preferido ignorar.

No se esperaba de nosotros lo que se nos había dicho al comienzo. No se trataba de paralizar, ni de provocar transformaciones biológicas, ni de esterilizar. La ciencia estaba, lisa y llanamente, al servicio de la muerte. Para nosotros, las responsabilidades que se nos otorgaban, no eran tales responsabilidades: eran, sin paliativo alguno, complicidades.

Y comenzamos a planear la fuga de aquel planeta suicida.

* * *

El doctor Zurbán creía que se trataba de mi salud. Pero me encontró muy bien. Casi diría "animado" por los recuerdos que iba consignando en mi testamento.

Llamé a Gertrudis, y llegó al instante. El brazo derecho le temblaba con mayor intensidad. Y no me había dicho nada, para no preocuparme. ¡Siempre fue así! ¡Que el Gran Protón la bendiga!

En cuanto vio a mi mujer, Zurbán comprendió que era por ella por quien lo había llamado.

—¿Qué le ocurre, Gertrudis?

—Nada serio, doctor... Este brazo...

—¿No puede dominarlo? ¿Se ha concentrado mentalmente para tenerlo quieto?

—Es inútil... Ya se me pasará.

—¡A ver!... ¡A ver!... Quiero hablar a solas con usted... Que me cuente...

Jamás el Dr. Zurbán habría violado un secreto profesional. Si más tarde yo me di cuenta del asunto fue porque, siguiendo su costumbre, Gertrudis lo anotó con todo pormenor en su diario.

* * *

Proveernos de pasaportes falsos, no habría sido muy difícil, ya que nuestras respectivas posiciones oficiales habrían justificado la necesidad de viajar de incógnito en cumplimiento de alguna misión secreta.

Conseguir pasajes en un cohete de los que hacen ruta ordinaria dentro del sistema solar, ya habría presentado sus bemoles, pues habríamos tenido que sortear toda clase de preguntas capciosas, con el correspondiente peligro.

La dificultad subía de tono si pretendíamos salir del sistema, lo cual era, ciertamente, lo más recomendable. Allí los controles eran infinitamente más severos, y los interrogatorios, llevados a una sutileza inverosímil.

Por lo demás, no era cosa de ir a cualquier parte, sin saber a qué, ni en qué condiciones de gravedad, ni en qué circunstancias atmosféricas, ni con qué perspectivas de hallar vida, de trabajar, de justificar nuestra existencia, que ya no podría tener, siquiera, la justificación de un hijo.

—No llores, Gertrudis. No te aflijas. Ya encontraremos una solución.

—¡Si fuera cierto que la línea recta es la más corta entre dos puntos!

—¡Si fuera cierto!

* * *

Y lo fue.

Hablé primero con el Teniente Coronel Short, más tarde con el General en Jefe del Estado Mayor. Les expuse mis planes. Les mostré espectrogramas de diversos planetas y planetoides, fijé las rutas posibles y entregué un amplio "dossier" sobre tres o cuatro destinos, cuidándome de que éste, el que más me interesaba, resultase el más atractivo. Aquí conseguiríamos en breve plazo elementos letales insospechados en la tierra, y fácil, seguramente sujetables o dirigibles en sus efectos. Necesitaríamos, eso sí, un médico, dos ayudantes biólogos, dos ayudantes químicos... Todos casados, de preferencia... ¡Ah! ¡Y algo más!... Los oficiales de vuelo deberían ser físicos hábiles, aptos para construir los aparatos que fueran siendo menester, con lo que se encontrara disponible.

Lo demás correría bajo nuestra responsabilidad, como jefes militares y científicos de la expedición.

Tuve buen cuidado en escribir primero "militares" y después "científicos" en mis memoriales. Era la distancia más corta entre dos puntos.

* * *

Gertrudis tuvo razón: sin medicamento alguno, en cosa de dos o tres días, los temblores del brazo le desaparecieron.

Zurbán no manifestó sorpresa alguna. Sin duda lo esperaba así.

Me ha permitido levantarme; pero no quiere que me exponga a la atmósfera sulfurosa del exterior, ni siquiera con el mejor de los filtros, de modo que me ha prohibido ir al laboratorio.

Por lo demás, las frecuentes visitas de Thomas y de Yu Yin, me mantienen al corriente de lo que pasa. Wang, el pequeñito de los Yin, que apenas tiene dieciséis años, empieza a experimentar las molestias de la dentición, y la señora de Thomas continúa con su inveterado mal humor y su carácter agresivo, cuando no sigue el tratamiento. No sale casi nunca. Es, como dice el doctor chino, un temperamento aniquilado por la antigua civilización terrestre.

* * *

Ya tengo la fecha exacta. Recibimos la orden de despegar del astropuerto Luther King, del propio Short, ya con galones de General, 9 de noviembre del año 2083. Yo ostentaba el grado de Teniente Coronel, y Gertrudis el de Capitán. Nuestro ardid había resultado plenamente satisfactorio. La travesía duró unos cinco años terrestres que, gracias a la velocidad del cohete, se encogieron a unos cuatro o cinco meses.

Por entonces, tanto mi mujer como yo, metidos más en el centro de los acontecimientos políticos, habíamos ampliado nuestros propósitos. Si al comienzo lo único que deseábamos era no ser partícipes y cómplices de un crimen colectivo, ahora teníamos otras miras: sabíamos ya que la Tierra estaba a punto de suicidio. Los tres bloques de poder económico, político y militar, habían agotado las posibilidades de batallas dialécticas, de escaramuzas técnicas y de guerras localizadas. Estaban a punto de lanzarse a la gran hoguera, casi indefectiblemente.

No se trataba sólo de salvar nuestras vidas. Quizás lejos del planeta, con una perspectiva nueva y una visión más limpia de intereses, nos fuera dable contribuir a salvar la de toda la Tierra. ¿Un rayo, una emanación, una esterilización que doblegase de una vez por todas los instintos bestiales del **homo bellicus?** ¡Podría ser!...

* * *

Los espectrogramas, las fotoláser, todos los elementos disponibles nos habían advertido lo que nos esperaba aquí: una atmósfera cargada de compuestos sulfurosos, agua suficiente para una vida humana normal, ciertas formas animales aptas para la alimentación, metales... No tuvimos ninguna sorpresa al llegar, y todos lo hicimos de buen talante, dando gracias al Gran Protón de que terminara el viaje. Sólo la señora de Thomas protestó: no le gustó el ambiente, dijo que nosotros habíamos engañado a su marido para enrolarlo en una aventura absurda y sin sentido, y hasta llegó a agredirme con arma blanca, en un estado de frenesí patológico. Menos mal que Thomas y Yu Yin estaban presentes, y actuaron en mi defensa con reflejos instantáneos.

Ya aquí, nos dedicamos a lo nuestro. Puedo sentirme, no sólo contento, sino orgulloso de mi equipo. Cada uno cumple con lo suyo con entusiasmo, sin regateos de esfuerzo ni de voluntad.

Y yo mismo, no tengo por qué callarlo, tuve mi gran éxito cuando logré cultivar aquí la **Talofita Gomicense,** cuyas esporas traía secretamente. Claro que con el ambiente había de sufrir algunas mutaciones. Y precisamente eso fue lo que nos dio más trabajo e incitó más nuestra curiosidad científica.

Thomas quiso ensayar una poción de Talofita alfa en su mujer. Yo le recomendé no hacerlo; pero fue en vano. Ya el pobre hombre se encontraba sin duda desesperado por el permanente mal genio de su compañera, y estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de que aquello cesara de una vez por todas.

El efecto fue lento, pero indiscutible. El alga de lamelas tranquilas fue operando de algún modo todavía desconocido, en el sistema nervioso de Mrs. Thomas, y su comportamiento se dulcificó durante un tiempo largo, en forma ostensible.

Yu Yin recomendó a Thomas que suspendiera las dosis, a ver si ellas eran, efectivamente, las que producían el milagro. Y, por este camino, llegamos a concebir la idea de que, si lográramos hacer llegar a la

Tierra una condensación adecuada de Talofita Gomicense Alfa, podríamos detener la catástrofe.

Estábamos trabajando en eso, precisamente, cuando advertimos que ya todo sería en vano. El tiempo —¡tan relativo!— había corrido allá con una velocidad mucho mayor, y ya no había nada que hacer.

Lloramos en memoria del planeta y ofrendamos al Gran Protón un puñado de cenizas radioactivas.

* * *

¿La Talofita Gomicense Beta? ¿La de las lamelas inquietas, vibrantes, activas?...

He aquí lo que dice el diario de Gertrudis:

"...No me ha preocupado el temblor del brazo. Fueron dos centímetros cúbicos de solución concentrada, por vía intramuscular. Me esperaba el efecto. También me esperaba que se pasara solo, al suspenderse las inyecciones, como en su caso, le había pasado a la mujer del Dr. Thomas... Lo que no podía prever..."

Luego, vienen unas frases tachadas, ilegibles, que inútilmente he tratado de descifrar, leyéndolas al trasluz. Y después esta observación:

"...No. No debo mentir. Este diario debe ser el reflejo total de la verdad: sí lo había previsto. Algo más: lo había buscado conscientemente... El doctor Zurbán, cuando escuchó mis puntos de vista y vio las placas ultramicroscópicas, me insinuó que continuara en secreto.

* * *

Pues bien. No he de terminar el testamento. Ya no hace falta. La vida comienza ahora. Me lo ha revelado el doctor Zurbán mientras Gertrudis enrojecía como una colegiala, se llevaba la mano al vientre, y sonreía con una ternura... ¡Con una ternura!...

EL TEMPLO DE LOS MUROS PINTADOS

"Los temas de la llamada "ciencia-ficción" han ido agotados. Fue ése un período pasajero de la lite-atura. Tuvo sus cosas de mérito. Pero sus dos motivos entrales, el espacio y el tiempo, fueron ya exprimidos asta la última gota de su jugo. Sobre el género o el ubgénero a que me he referido, sólo cabe, a estas lturas, un piadoso "requiescat in pace".

Así concluí mi conferencia.

Temía una reacción adversa del auditorio, porque staba compuesto por una gran cantidad de jóvenes. Y a se sabe que los muchachos, cuando se congregan n una forma numerosa, están en desacuerdo.

Me sorprendió la salva de aplausos, que continua-on aún después de mi tercera inclinación de agrade-imiento.

Luego el Rector me impuso el birrete y la toga ioletas de mi doctorado honoris causa, y un poco más arde me acompañó al hotel, con todas las cortesías naginables.

He procurado no ser ni parecer tímido, pero tam-

bién negarme a la vanidad. Lo cual es muy difícil en circunstancias tales como las que acababa de experimentar.

Cuando, más temprano de lo que yo esperaba, logré quedarme solo en mi habitación, tomé en mis manos la obra del doctor Ferrero sobre los mayas del período clásico, y me dispuse a leer, no sin antes echar un vistazo a las ilustraciones, que ya me estaban intrigando demasiado.

Y ahí apareció el primer brote de vanidad. Al ver cómo los grandes guerreros, vestidos de toda gala, humillaban a los vencidos en la contienda, me pareció, de pronto, hallarme retratado. Yo sería uno de esos gloriosos empenachados de plumas, altivo el aire, recia la planta, y tendría bajo ella nada menos que a buena parte de los escritores del siglo XX, a todos aquellos que imaginaron en la Luna una raza inexistente, o en Marte una vida superior, o en una época futura, máquinas para retroceder o avanzar en la línea del tiempo. Mi vanidad, pues, no surgía del éxito de mi conferencia universitaria, ni de la altísima investidura. Sino de percatarme de que yo había acertado radicalmente en mi tesis, y humillado a toda una cohorte de escritores tenidos por grandes, a grado tal, que ni siquiera los jóvenes manifestaran disentimiento. Fugazmente pasó por mi imaginación la idea de que ilustraciones que suscitan en un hombre sano, sentimientos de esa naturaleza, no podrían ser sino inmorales. Pero la observación fue, por una parte, demasiado transitoria, y, por la otra, quizá pueril, falta de asidero o de

seriedad científica. En todo caso, mi prodigiosa memoria fotográfica registró hasta el último detalle de los dibujos.

Me sentía mareado.

Cerré, pues, el libro de Ferrero. Me serví una copa de la botella que gentilmente me habían dejado en la mesilla de noche, y me propuse liberar la mente de preocupaciones académicas, egocéntricas o de cualquier otro tipo. ¡Un buen trago, y a la cama! Así me dije.

No tomé en cuenta la existencia del teléfono.

De este artefacto diabólico que no debió haber sido inventado jamás.

Con la misma rapidez y la misma vaguedad con que había pensado lo anterior, consideré que, a la postre, el teléfono era un chisme que anulaba la distancia y reducía el tiempo; que era un aparato más de ciencia-ficción que de técnica.

Ahora me cuesta reconstruir esas ideas porque todo se me había comenzado a presentar así, como pequeñas chispas que se apagan después de haber trazado una curva, ya casi borrada cuando la vista pretende captarla.

Apenas empinaba el primer trago, sonó el timbre. Tomé el auricular.

—¿Con el doctor Semproni?

A sus órdenes.

—Disculpe usted si soy impertinente. Pero tengo cosas muy importantes que comunicarle. Escuché su

conferencia. Tomé notas. No con todo estoy de acuerdo; pero no es eso lo que cuenta...

—Usted dirá.

—Los hechos. Son los hechos... ¿Usted ha oído hablar del Templo de los Muros Pintados?

—¡Qué casualidad! Precisamente en estos momentos estaba hojeando la obra de Ferrero.

—Llámelo casualidad, si gusta. No sé hasta qué punto la "casualidad" pueda tener valor científico. Me urge verlo. ¿Podría recibirme?

—¡No faltaba más! ¡Cuando guste!

—Gracias. A las tres y media de la mañana, en su habitación.

Y la comunicación se cortó, dejándome totalmente desconcertado. Le habría dicho que si su llamado era ya un poco fuera de lo común, la cita me parecía del todo impertinente. Las tres y media de la mañana es hora de estar dormido, no de estar discutiendo. Pero, después de todo, yo mismo había pronunciado el comprometedor "cuando guste", y no podía echar pie atrás.

Me quedaría, pues, con mi vaso de whiskey y con el libro de Ferrero, esperando a que el reloj marcara las tres y media de la mañana.

Otro vaho de pedantería. ¡Qué importante sería yo, para que a tan inusitada hora se me diera a conocer algún hecho clave!

Y, a propósito, ¿qué hora sería?

Sin duda el reloj de la habitación estaba adelantado o atrasado. Era imposible, totalmente imposible, lo que estaba diciendo. Salí de la Universidad a eso de

las siete de la tarde. Vine directamente al hotel. Cené. Pasé a mi habitación. Tomé el libro. Serví el trago. Sonó el teléfono... Por muy espaciados que hayan estado tales acontecimientos —y a mí me parecían más bien inmediatos— ¡no podían ser las tres y cuarto de la mañana!

"El éxito te ha embriagado"... "Pero ha sido un éxito mayúsculo, y además, muy merecido"... Chispas, trazos ígneos de un orgullo mezquino en la soledad del hotel.

Y luego, el timbre de la alcoba.

Vi nuevamente el reloj, y eran las tres y media exactas de la mañana. ¡Absurdo!

—Adelante.

—Adelante estoy.

La voz sonó a mis espaldas, y sentí un calofrío.

Ahí estaba mi visitante.

¿Habría dicho verdad al afirmar que estuvo en el acto de mi investidura y escuchó mi conferencia? Lo dudé. De haber sido así, no se me habría escapado, confundido entre el gentío de profesores y estudiantes. Su aspecto, su manera de vestir, todo en él resultaba demasiado raro como para no reparar en su presencia. No obstante, insistió:

—Doctor, en su conferencia dijo usted...

—Pero ¿estaba usted, en realidad, allí?

—¡Claro! ¿Por qué habría de mentirle?

Y afirmó esto último con tanta naturalidad, que me despreocupé en lo sucesivo de los motivos que pudieran haberme inducido a pasarlo por alto entre los asistentes al paraninfo.

Echó una rápida ojeada sobre todo lo que me rodeaba, y con evidente alarma, al ver el vaso de whiskey, me preguntó:

—¿Usted bebe eso, doctor?

—Sí.

—¡Es veneno!

—Es veneno, sí, en cierto sentido... Pero beber con moderación...

Se limitó a un mohín del rostro grisáceo.

—No beba. No beba más. El pasado está lleno de...

—¿El pasado?

—Sí, doctor. El pasado. Que es tan presente como el futuro.

—¡Hombre! ¡Eso ya me parece cosa de ciencia-ficción!

—O de ciencia, a secas. ¿Por qué le agrega lo de "ficción"? Permítame explicarle minuciosamente lo que acabo de decir. No crea que subestimo sus capacidades ni su preparación; pero hay determinados hechos que al parecer no han llegado a su conocimiento. Y los hechos son más importantes que las doctrinas. Quizá cuando termine yo de contarle lo que le tengo que decir, usted haya cambiado de opinión sobre algunas de las cosas que expuso en su conferencia.

Tercer ataque de vanidad. Esta vez fulminante, casi agresivo:

—¿Pero quién es usted para contradecirme a mí? No sabe usted que yo soy...

—Sí, señor. Sé que usted es el doctor Semproni. Que se le considera una autoridad en literatura moderna, y que tiene una amplia versación en filosofía. Sé que es todo un humanista, lo que se llama un humanista, y que por eso merece todo honor y consideración. Si bien recapacita, advertirá que he comenzado por expresarle ese respeto, y por decirle que el asunto no es de comprensión ni de inteligencia de su parte. Es, solamente, el desconocimiento de ciertos hechos.

Arrugó el entrecejo cetrino, nuevamente, al ver otra vez el vaso de licor. Y continuó:

—Pero ha formulado usted una pregunta que debe ser contestada cuanto antes. Sólo que cada uno tiene su manera de preguntar y su manera de responder. Yo lo haré, naturalmente, a mi manera. Usted me pregunta quién soy yo. Yo le respondo simplemente: "vea la página 43 de la obra del doctor Ferrero".

¡Ah!... Me hallaba entonces frente a otra autoridad. Y esta vez, en algo en que yo no podía considerarme especialista: en Antropología. Pasó, como una ola de bochorno, aquella reacción egotista. Busqué en los meandros de mi memoria, en la página señalada por mi interlocutor, la cita pertinente. Digo exactamente así, "la cita pertinente", porque esperaba hallar su nombre mencionado en el texto, y aun me temía que, en habiendo varias referencias en él mismo o en las llamadas a pie de página, me sería difícil determinar con quién de todos los sabios allí indicados, estaba hablando. Pero mi sorpresa fue grande. En la página 43, según mi infalible registro mental, sólo había imágenes. Era una de esas prodigiosas acuarelas de Villagra, que reproducen uno de los muros de Bonampak.

—¿Querrá decir que en esa ilustración está usted?

—Examine bien.

Y sí. Era cierto. Mi absurdo interlocutor, cuyos colores fluctuaban entre el de la piedra y el del barro, tenía un perfil semejante al de cualquiera de aquellos sacerdotes que, en disciplinada teoría, conversaban sobre temas sagrados o bélicos, en la geometría casi pura de la pared terracota. Advertí más: sus ojos eran avellanados y sin edad, sus brazos cortos, su frente larga y majestuosa.

No obstante, procuré hacerme el que no comprendía, porque, a la postre, aceptar aquello, por objetivo que me pareciera, no pasaba de ser una tontería. Ningún científico estaría dispuesto a admitir, ni aun con severo análisis, situaciones como ésa, simplemente disparatada.

—En realidad. Acá me parece recordar a alguna persona muy semejante a usted.

—Pues bien: esa persona muy semejante a mí, soy yo mismo. No le quedará más remedio que admitirlo.

Superando mis reservas, más por cortesía que por alguna otra razón, respondí:

—Bien. Queda admitido. Siquiera por ahora...

—Sí. Está bien. Aunque sea en forma provisional. Comprendo que le será muy difícil rendirse ante la evidencia. Pero precisamente, como le he insistido desde mi llamado telefónico, yo no lo busco para sostener

teorías ni para discutir hipótesis, sino para hacerle partícipe de ciertos sucesos.

Ya resignado, apenas musité:

—Escucho.

Se quedó un breve instante en silencio. Caminó con lentitud hacia el vaso de whiskey. Lo tomó en sus manos, y, sin explicación alguna, lo dejó ir por el vertedero del lavabo.

—Usted recordará, doctor, la forma en que desaparecieron los pueblos mayas de los territorios que ocupaban.

—Tanto como recordarlo, no diría yo... Se recuerda lo que se sabe. Y eso, a mi entender, no lo sabe nadie.

—Exactamente a ese detalle quería referirme. La cultura maya floreció, esplendorosa. Los mayistas le siguen la pista al través de varias centurias. Pero, de pronto, entre los siglos IX y X, desaparece como si se la hubiera tragado la tierra. Y la selva, la selva inmensa, engulléndolo todo, hundiéndolo todo, lo mismo en la geografía que en la historia... Hay teorías...

—Sí: eso sí conozco: las teorías. Que si la peste, que si la sequía, que si el alcoholismo, que si fenómenos de transculturación, que si el resultado de las guerras constantes...

—Pero ya le dije que no vengo a discutir teorías.

—Y ¿entonces?...

—Nos fuimos. Yo le diré cómo nos fuimos. Son hechos, simplemente.

* * *

Sentía la cabeza pesada, y cierto remordimiento. Mas, a la verdad, hasta donde se me alcanzaba, yo no había bebido mucho la noche anterior. Mejor dicho, no había bebido nada. Mi costumbre ya antigua de tres copas, no había sido satisfecha. Y, pese a ello, estaba con un dolor de cabeza de primer orden, con cierta náusea solapada y un intermitente hormigueo en los miembros. "Las emociones" —me dije—. "Es un estado puramente emotivo". Explicación, por cierto, que nada me aclaraba, y lo que es peor, no me servía para aliviar mis incomodidades matinales.

Me di una ducha fría.

No pude evitar, mientras me la daba, el volver a ver reiteradamente hacia el lavabo. Por ahí se había ido el whiskey, el único que me había servido la noche anterior. Y casi entero. Sólo dos sorbos... Por ahí...

El agua estaba fría.

Mientras refregaba mi cuerpo con el jabón, me trataba de sugestionar en el sentido de que aquella ducha me despejaría del todo.

¡Qué pesadilla, por Dios santo!

Había soñado locura y media. Algo como para escribirse. Y si yo no hubiera tenido las arraigadas convicciones que abrigaba en torno de la ciencia-ficción, a fe que habría puesto en blanco y negro las escenas del sueño. "En blanco y negro", digo, porque, recordándolo bien, yo soñé a todo color, y tuve sensaciones táctiles y olfatorias y auditivas... ¡Vaya manera de soñar! ¡Eso sí que podía ser útil a un siquiatra!

Cuando bajé a desayunar, después de haber tomado un par de aspirinas, me encontré en el vestíbulo del hotel, al Rector, a su mujer, a la Decana de Ciencias Físicas, doctora Edith Grünewald, y a la insigne mayista Teresa Castellón, tan sabia como atractiva a sus cuarenta y dos. Me esperaban. No habían querido anunciar su presencia, para no perturbar mi descanso. Pasamos, pues, juntos, al comedor.

En cuanto vi a todas aquellas gentes, me percaté de un detalle que se me había escondido en las entretelas de la memoria: en mi pesadilla, en mi sueño, junto con aquellos extraños sacerdotes y guerreros, había visto, sí, sin duda, había visto una imagen muy semejante a la de esta hermosa antropóloga, a quien ahora, por primera vez, me era dable admirar. Porque claro que sabía de su existencia y su categoría; no habíamos tenido todavía la ocasión de un encuentro. Antes de que el Rector me la presentara, yo la reconocí. Y no sé exactamente si la reconocí por haber visto antes su retrato en alguna revista científica, o por habérmela encontrado, como ya he dicho, entre los sacerdotes y guerreros de aquel horrible aquelarre de ciencia-ficción que me traía los sesos quemados. ¿Habría sido una de las vírgenes sacrificadas en lo alto de la pirámide, para que las lluvias se compadeciesen de los maizales resecos?

El desayuno transcurrió entre conversaciones intrascendentes y amables. Yo apenas si probé mi café, muy cargado para mi gusto. Pero las aspirinas y la compañía, obraron el milagro de liberarme en breve tiempo el dolor de cabeza que me atormentaba, y has-

ta hicieron que, siquiera por algunos minutos, me olvidara del obsesionante sueño.

Vuelvo a centrar las cosas: no me gusta la vanidad, pero tampoco la modestia fingida. Puedo caer en uno o en otro extremo; mas lucho por no hacerlo. Así, siendo del todo sincero, diré que me considero más un doctor en letras que en filosofía o en historia, no obstante tener los tres doctorados. La antropología —y especialmente en cuanto roza con el mundo indígena americano— es más una afición que una dedicación para mí. No negaré que algo entiendo de eso, porque uno no lee en balde. Pero no es mi fuerte.

Me agrada la antropología.

Pero en ese momento, me agradó más la antropóloga.

Porque los científicos también somos seres humanos, aunque haya mucha gente que pretenda olvidar una cosa tan obvia. Teresa Castellón, en el rostro moreno y aindiado, tenía un par de ojos que yo no diría bellos, sino fascinantes. Fascinantes, por su hondura. Porque uno se asomaba ahí como a un misterio, como al pozo mismo de la historia...

No quiero adelantar acontecimientos.

La Decana de Ciencias Físicas, Edith Grünewald, se empeñaba en demostrarme matemáticamente no sé qué teorías sobre el tiempo y el espacio. No soy ducho en matemáticas, de modo que no puedo hasta el momento darme cuenta de si ella pretendía apoyar o rebatir mis tesis de que tiempo y espacio eran temas ya agotados, incapaces de rendir más en la órbita literaria de la fantasía científica.

Yo la escuchaba con toda cortesía, procurando entender. Pero, a la verdad, ni ella, ni el Rector, ni su mujer, herían mi sensibilidad. Estaban allí como podían no estar. Y si he consignado su presencia, no es ni siquiera por las doctrinas espacio-temporales de la doctora Grünewald, sino porque ellos me pusieron en presencia de Teresa Castellón, cosa que les agradezco muy de veras.

Mientras la doctora Grünewald trazaba sobre el mantel líneas imaginarias, yo estaba abismado en los ojos de la antropóloga.

Hay sin duda un lenguaje que está más allá de toda ciencia, y ése fue el que hablamos Teresa y yo. No tuvimos necesidad alguna de concertar una cita para la tarde. Tengo la certeza de que uno y otra estábamos de antemano seguros de que tendríamos que encontrarnos, no en el hotel ni en la universidad, sino a las orillas del lago artificial que hay en el inmenso parque de las afueras.

Certeza que, por supuesto, fue corroborada por los acontecimientos.

Lo demás, sería un poco ridículo de contar. Ya está escrito y descrito en mil novelas y cuentos. Que el roce de las manos, que el cruce de las miradas, que el brazo en la cintura, que el beso...

Y por la noche, ella estaba en la intimidad de mi habitación, en el hotel.

***
*

Le ofrecí una copa.

La repudió.

Traté de beber yo las tres de mis hábitos de solterón.

Me llamó la atención que, al servirme el primer trago, ella tomara el vaso, y, sin explicaciones ni contemplaciones, lo echara por el vertedero del lavamanos.

Todo aquello me resultó tan evocador, tan perturbador al mismo tiempo, que me sentí en la necesidad de relatarle, confidencialmente, los acontecimientos de la noche anterior. Le rogué que no se fuera a reír de mí. "Ha sido todo una extraña pesadilla, ¿sabes? Quizá el exceso de tensión nerviosa. . ."

Ella me escuchó sin pestañar. Cuando acabé mi relato, me dijo:

—Ahora te pido que me escuches sin interrumpirme, por raro que te parezca lo que te voy a decir. . .

—Ya más raro que lo que te he contado. . .

—Sin interrumpirme, he dicho.

Y dejó que el silencio se espesara como un engrudo en la alcoba.

—Te diré por qué desaparecieron los pueblos mayas en un instante, en sólo un instante. No fue por la peste, ni por la sequía, ni por la inundación, ni siquiera por la chicha de maíz que degradó a grandes sectores de la población.

Quizá hice algún gesto, algún mohín, que la indujo a creer que la interrumpiría. Porque autoritariamente continuó:

—Tú te callas. Escúchame.

Y me miró hondamente a los ojos. Tuve miedo.

—Eramos una sociedad vertical. Los estratos sociales estaban perfectamente definidos, y entre nosotros cada uno tenía su función y su destino. Se asemejaba nuestra estructura más al sistema de castas, que al de clases sociales, porque se nacía en un estrato, y se moría necesariamente en él. Los sacerdotes sobre los guerreros, los guerreros sobre los comerciantes, los comerciantes sobre los artesanos, los artesanos sobre los campesinos y los campesinos sobre los esclavos. Solamente los dioses, coronándolo todo en las cuatro esquinas del cielo. Solamente los dioses, terribles, indomables, firmes en su determinación alterna de fecundidad y de exterminio.

Sin duda para quebrar un tanto la horrible tensión a que me tenía sujeto, aprovechó un instante en que mis labios se entreabrían por el estupor, para estrujarme un beso desazonante, cálido con toda la calidez del sexo, frío con toda la frialdad de la muerte. Sexo y muerte. Lo que ella había dicho: "determinación alterna de fecundidad y de exterminio. . ."

—. . .Pero los guerreros, los sacerdotes y las vírgenes, no podíamos quedarnos acá. Habíamos venido de otra parte. De otro lugar o de otro tiempo. Porque los dioses nos entregaron la formación de estos pueblos, a fin de que los instruyéramos en los cultivos y en la guerra, en el maíz y en la sangre, en la astronomía y el sacrificio. . . Y ocurrió que hacia los siglos IX y X de la era cristiana, nuestro designio estaba

cumplido. Los dioses nos llamaron. Los pueblos quedaron inmediatamente sin guías: ni sacerdotes, ni guerreros, ni nosotras, las que encarnábamos, no la pureza, sino la capacidad de inaugurar la vida... Todos nos marchamos, así, esfumándonos, como lo que la doctora Grünewald denomina un "holograma".

Mi estupefacción no tenía límites. Me costaba un gran esfuerzo el callar, pese a lo cual, estaba decidido a hacer honor a mi palabra.

—Ese sér que vino antenoche, el que tiró por el vertedero tu vaso de chicha escocesa, es un antiguo sacerdote. Su imagen está en la página 43 de la obra de Ferrero sobre el período clásico... Yo, en cambio, soy una de las vírgenes de los sacrificios, y mi imagen aparece en los muros de la primera sala... Si quieres ver mi retrato, búscalo en la página 7, entre las acuarelas de Villagra.

Entonces tomé el libro de Ferrero. Yo temblaba. Busqué primero la página 43. Ahí estaba toda la teoría de guerreros y sacerdotes. Pero, evidentemente, un sacerdote había sido borrado. Su hueco permanecía, ostensible, en el conjunto. Eché las páginas hacia atrás, hasta llegar a la página 7. ¡Y ahí faltaba la figura de una virgen!

No salía de mi asombro.

Teresa me explicó, solícita: No estamos allí, ni entonces. Estamos aquí, y ahora...

Me estremecí.

Cuando la quise abrazar nuevamente, para ampararme en su calidez y afirmar mi propia presencia en la suya, ella se desvaneció como un holograma.

Por eso hoy, en el tren, de regreso, no he querido ni abrir el libro de Ferrero. Ya sé que están completas las acuarelas de Villagra en la página 7 y en la 43. Pero me aterra la idea de encontrarlas.

Tampoco quiero ver mi diploma de doctor honoris causa.

UN MENSAJE AL MAESTRO ELIPHAS JESURUM

¡Qué manera de callar Dios santo! Sus silencios eran concentrados, espesos. Duraban más allá del tiempo, en tanto su mirada se iba también, atravesando las paredes, más allá del espacio. Sin proponérnoslo, también nosotros nos quedábamos callados. ¡Pero qué diferencia! Nuestro silencio se podía medir, y era fluido, y casi transparente, y no tenía sustancia frente al suyo. Yo hubiera querido a veces perseguirlo, porque su actitud me parecía una forma de fuga, y la curiosidad me instaba a indagar hacia adónde se marchaba en aquellos raudos instantes de su eterno silencio.

Marcial y yo lo habíamos conocido en una exposición de la Galería Andrómeda. Precisamente cuando Eliphas Jesurum presentaba sus cuadros y esculturas abstractas, sobrecogedoras.

—¡Qué tipo más extraño! —observó Marcial—. Parece que ni le impresionan estas maravillas.

Annette, menuda, coqueta, desenvuelta hasta el descaro, se apartó de nosotros y se plantó frente al desconocido, en jarras, en una actitud vulgar y retadora:

—¿De modo que no le gusta el arte de Jesurum? —dijo con acritud.

El desconocido se quedó mirándola en profundidad. Ella nos contó después que se había sentido paralizada por aquellos ojos trasparentes que parecían conducir a un abismo, o, simplemente, no ir a ninguna parte. El desconocido tardó —¿poco, mucho?— en responder, y con delicada cortesía, sensible en la pronunciación de cada sílaba, dijo:

—Es un maestro. En la historia del arte no se reunirán quince como él. ¡Todo un precursor!

A todo esto, Marcial y yo nos habíamos ido aproximando, a grado de que alcanzamos a escuchar la respuesta.

—Me llamo Annette. Este es mi novio, Marcial... Este otro —y me señaló con desenfado— es Fausto de Rotterdam. Habría sido mi novio si Marcial no se hubiera cruzado en el camino.

Al comienzo, me perturbaban esas observaciones de la danzarina. Pero de tanto repetirlas, habían ido gastando su carga corrosiva, y ya me resultaban indiferentes.

El desconocido nos tendió la mano con naturalidad, en el orden de la presentación, y dijo un nombre que no pudimos entender. ¿Vascuence, japonés, vietnamita?...

Nos tendió la mano, digo. Y nos echó encima la mirada. Repetimos nuestros nombres casi mecánicamente. Mi doctorado en sicología se sintió absolutamente inerme. ¿Quién era? ¿Qué miraba? ¿Hasta qué

estratos del alma lograba penetrar aquel par de rayos sosegados y leves?

Y hubo algo curioso que luego tuvimos que comentar Annette, Marcial y yo cuando, en el hotelito en donde nos reuníamos con unos pocos artistas más para fumar la **cannabis indica,** esperábamos tranquilamente a los contertulios. Ello fue que al solo estrecharle la mano, sentimos que el desconocido era parte nuestra, o nosotros parte de él. Algo más, mucho más estrecho que una amistad sellada: una identidad reconocida.

¿Se llamaba?...

El asunto era poco importante, porque de todos modos nos volveríamos a encontrar. Siempre. En todas partes. Despiertos o dormidos. Lo sabíamos los tres.

Annette inició el ritual formando la bolita del sortilegio. Entre sus dedos pequeños y ágiles, la flor y las hojitas, humedecidas por su saliva delgada, fueron formando el mundo, el pequeño mundo ígneo en que habríamos de encender nuestros cigarrillos. Tomó un fósforo. Lo frotó contra el canto de la cajita, y haciendo un aéreo y gracioso movimiento de danza, encendió lo que otros denominan "el muerto" y entre nosotros llamábamos "el sol".

Oímos pasos.

Estábamos ciertos de que la policía no daría jamás con nosotros, por una razón sencillísima: el capitán Verneuill, más artista que hombre de armas, el jefe de la policía, era de los nuestros. Y el hotelito en que solíamos reunirnos, le pertenecía. No llegaba con mucha frecuencia; pero, a veces...

—No son los pasos de José Luis...

—No.

—Ni los de Ernst Frishmann.

—Tampoco. Pudieran ser los de Verneuill.

Entró el desconocido.

—El Capitán no vendrá hoy —dijo dulcemente—. Soy yo, quiero estar con vosotros.

Y tomó asiento en el "puff" argelino que ocupaba el turco, Solimán Tafik, cuando gozábamos de su jocunda y obesa compañía.

Le ofrecimos un cigarrillo ya preparado. Lo declinó cunda y obesa compañía.

—Fumad vosotros. Yo no.

Parecía no necesitarlo en manera alguna. Todo él era una ingrávida realidad, buena para estar en paz.

Y empezó a callar.

Nosotros, a escuchar su silencio.

A poco se nos fueron reuniendo Solimán, Ernst, José Luis y Aurora. Ninguno de ellos manifestó extrañeza. Simplemente encendieron sus cigarrillos en el sol, sentáronse en cuclillas, y se unieron a nuestro deleitoso mutismo.

Viajamos.

Cada uno tomó su rumbo. Annette danzó, riendo. Solimán, como si pronunciara un discurso de gran solemnidad, gesticuló con señorial lentitud. José Luis sonreía tocando una guitarra inexistente. Ernst movía los dedos sobre el teclado del aire. Marcial y yo nos limitábamos a estar. A esa cosa indefinible que se llama estar.

Y el desconocido, a estar con nosotros.

* * *

No haría falta consignar que la exposición de Jesurum tuvo una gran repercusión, porque eso ya es lo usual, y es preferible huir de los tópicos. Se dijo en todos los tonos y estilos, y con la admirativa calidez de siempre. No obstante, ahora sí conviene reiterar este extremo, porque tuvo consecuencias imprevisibles.

Todo, por el cuadro número 32, llamado "Caleidoscopio". El primer ensayo, y por cierto muy exitoso, de lo que el autor llamó "luminescencia versátil".

Vamos por partes.

Todos los caleidoscopios que hemos conocido, se basan en la reflexión de las imágenes, que se multiplican o se descomponen por series hexagonales.

Aquí no había hexágonos.

Jesurum había jugado con polígonos impares: cinco, siete, nueve, once lados, combinándolos de mil maneras ingeniosas, que venían a constituir todo un desafío a la geometría euclidiana.

Yo no lo sé explicar bien, porque no es mi materia.

Pero había ido más lejos. Su "luminescencia versátil" no se limitaba a una constante mutación de los colores, a un ir y venir de la luz, desintegrándose y reintegrándose a lo ancho y a lo alto del cuadro número 32, sino que había logrado el desplazamiento permanente de la línea, y las figuras de su "caleidoscopio" cambiaban de sitio en la tela, combinándose siempre de manera tan justa y equilibrada, que jamás se rom-

pían ni la unidad matemática ni la unidad estética de la estructura.

Fue el asombro.

Si lo demás recibió los elogios que ya eran de rutina para la obra de Eliphas, el "Caleidoscopio" suscitó una revisión del diccionario por parte de los críticos, a fin de encontrar ditirambos no transitados, que expresaran un asombro salido de la madre.

Lo que yo puedo decir, como sicólogo y como fumador, es que el cuadro tenía extrañas dimensiones. No se me tome a pedantería si trato de explicarlo en términos más o menos técnicos: la cosa es tan compleja, que no podría comunicarse con las palabras de todos los días. De todos modos, más o menos en la misma forma se lo expliqué a Annette, y ella entendió.

Durante la Edad Media, la perspectiva, en los cuadros, fue puramente jerárquica. Cristo, como encarnación de Dios, tenía que ser más grande que la Virgen María; ésta, obviamente, mayor que los santos, y los santos, de estatura superior a la de los simples mortales. El tamaño venía determinado por una especie de precedencia teológica. La perspectiva no era pictórica, sino religiosa, y los cuadros, planos, se ajustaban a las únicas dimensiones de la tela o de la tabla: alto y ancho.

El Renacimiento superó esas limitaciones. Los estudios geométricos de Paolo Ucello y de Leonardo da Vinci, la visión escultórica de Miguel Angel, la insatisfacción y el entusiasmo creador del instante, invitaron al artista a la búsqueda y el hallazgo de la profundidad. La perspectiva óptica o geométrica es, pues, o un

truco, o un milagro: en una superficie de dos dimensiones, se logran expresar tres, que es como escanciar el vino de una crátera en el inexistente cuenco de un vidrio plano.

Pues Eliphas Jesurum había superado el truco o el milagro, porque en las dos dimensiones de la tela, había logrado meter cuatro, o cinco, o seis: cuatro, si sólo tomamos en cuenta los cambios constantes de los polígonos, como figuras cerradas y perfectas; cinco, si consideramos los movimientos cromáticos del caleidoscopio, cuyos colores bien podrían llamarse efervescentes; seis, si advertimos la dimensión del tiempo, al través de la cual se desplazaban la figura y el color...

Sí: todo esto lo entendieron Annette y Marcial y los demás compañeros. Lo que ninguno de nosotros entendió, fue que ante semejante prodigio, ante la presencia real de lo inverosímil, el desconocido afirmara que Jesurum era un precursor.

* * *

Aurora nos pidió que le ayudáramos a quitar la exposición de la Galería Andrómeda, y, como de costumbre, lo hicimos con gusto.

Cada uno realizaba lo suyo a su talante. Annette, con su alada gracia profesional, volaba como una libélula, llevando y trayendo cuadros pequeños. Solimán, con su abundante humanidad elástica, un poco teatral y otro poco doctoral, daba la nota deliberadamente bufa. José Luis trajinaba mucho sin hacer casi nada.

Aurora dirigía. Yo miraba por enésima vez, extasiado, la "luminescencia versátil" número 32.

De pronto entró él. No había sido llamado, pero a ninguno de nosotros le extrañó su presencia. Ya casi le esperábamos. Solía reunirse con nuestro grupo en cualquier parte, a cualquiera hora, en cualquier circunstancia. Siempre sabía en dónde hallarnos.

Ya nosotros habíamos desistido del empeño de pronunciar su nombre. Lo bautizamos como Agustín. Bien pudimos haberlo llamado Nepomuceno o Telésforo. Necesitábamos darle un nombre.

Llegó. Saludó con una leve inclinación de cabeza y una sonrisa amable. Se instaló a mi lado, y me acompañó en aquella silenciosa y profunda tarea de contemplar el Caleidoscopio de Eliphas Jesurum.

En poco tiempo, entre todos, habían desmantelado la exposición. Aurora indicaba el destino de cada escultura, de cada cuadro, y Annette iba despachando las obras con Ernst, con José Luis, con Marcial, con Solimán...

Sin duda en respeto a nuestro arrobamiento, nadie quitó de la pared el cuadro 32.

Dentro de aquel silencio empezaba a instalarse la soledad. Me di cuenta de pronto, de que ya en el recinto sólo quedábamos Aurora, Agustín y yo, callando juntos.

—¡Qué maravilla! —fue todo lo que acerté a decir con un nudo en la garganta.

Aurora asintió con un gesto en que se delató la humedad de sus ojos.

Casi fríamente, como si no hubiera participado de aquel largo ritual de contemplación y entrega, dijo en voz baja Agustín:

—Sí. Fue el primero. Eso no se discute.

Tan desconcertados nos dejó que ni Aurora ni yo reaccionamos de inmediato. Ella fue la primera en rehacerse. Creía conocer a todos los pintores y escultores de categoría, así a los de ayer como a los contemporáneos:

—¿El primero? ¿Hay otro acaso?

—Otros.

Su escueto y sereno decir tenía trasfondo. Ya nos íbamos habituando a esa constante sorpresa que era Agustín.

—Explícate.

No dijo una palabra. Caminó solemnemente hacia el fondo del salón. En una mesa había pinceles, tubos de color, una paleta. Volvió con todo aquello adonde estábamos, descolgó con lentitud el Caleidoscopio, y pintó un manchón negro en la pared. Aurora lo vio hacer, aterrada, pero no protestó.

Luego nos separó de la mancha, casi a la fuerza, y nos dijo:

—No conviene estar muy cerca. Esto debe verse desde lejos...

Y trazó en el aire un signo extraño como para establecer una cortina entre la pared y nosotros.

Cuando vimos aparecer ahí las constelaciones, y moverse en sentidos diversos, y cintilar algunos as-

tros, y girar determinados planetas, comprendimos que Agustín tenía razón: Eliphas Jesurum había sido el primero... Eso nadie lo podía negar.

* * *

Ya he dicho que el Capitán Verneuill no asistía con frecuencia a nuestras reuniones secretas, no obstante la fraterna amistad que nos ligaba. Ni le convenía a él ni al grupo. Se acercaba esporádicamente, aprovechando alguna licencia en sus quehaceres, y fumaba con parquedad, procurando no perder jamás el propio dominio.

Por eso cuando Annette, Marcial, Aurora y yo, llegamos a la pequeña villa, nos extrañó encontrarlo solo, meditando, casi hundido en un sillón. No fumaba. Estaba, evidentemente, a nuestra espera.

—No sé... No sé... No me atrevería a decir nada... Pero ese tío es un gran artista...

—Ya lo sabemos.

—Y muy raro.

—Sí, muy extraño.

—Y quizá peligroso...

Agustín había entrado con involuntario sigilo. Simplemente, su fuerza iba siempre unida a la gracia, y sus movimientos jamás tenían arrebato.

—¿Peligroso?... ¡Tal vez!

Se sobresaltó Verneuill.

—...Sí: tal vez... Pero créame, Capitán, que si algún peligro hay en mí, no proviene de mi voluntad.

Mi conducta no tiende a dañar a nadie. Por ejemplo, ¿cree usted que yo sería capaz de delatar estas reuniones? No ignoro que están prohibidas; pero sé que cada uno, que la humanidad entera tiene que encontrar su propio camino.

Pareció que iba a continuar, y no lo hizo. Su discurso se paró en seco. Su perspicacia, a la que ya nos íbamos habituando, le dijo sin duda que era innecesario seguir, porque el simple tono de voz había apaciguado, más bien acallado, más bien apagado, las sospechas del jefe policial.

Ambos participaron de nuestro rito. Agustín fumó, por primera vez, entre nosotros, y lo hizo sin extrañar la acritud del humo, ni las tosecillas discretas, ni el jubiloso momento que precede a la meditación extática.

—Verneuill... ¿tú pintas?

—Escribo.

—¿Poesía?

—Sí. ¿Y tú?

—Yo pinto. El peligro no está en mí, sino en mis cuadros. Como el peligro no está en ti, sino en la poesía. Como no está en Annette, sino en la danza. Ni en Solimán, sino en los personajes que encarna sobre el escenario.

Y todos asentimos. O por pereza de discutir, o porque las cosas habían ya quedado dichas, y eran intocables.

Volviendo de su entresueño, Aurora dilató las pupilas como siempre que iba a pronunciar algo que consideraba trascendental:

—Agustín... ¿Y si la Galería Andrómeda pudiera hacer una exposición de tus obras?...

—Ahí estaría el peligro.

—Decidimos correrlo... ¿No tenemos con nosotros a todo un jefe de policía, para que nos proteja?... ¿Tú temes al peligro, Verneuill?

El capitán denegó con la cabeza.

No se habló más del asunto, porque era evidente que ya había quedado concertado. Los detalles podían librarse a una conversación futura.

Agustín tuvo exigencias incomprensibles; pero Aurora transigió con todos sus caprichos, salvo con uno.

Los cuadros se hallarían separados del público por una cortina electromagnética que solamente él podría traspasar. No se venderían. La exposición duraría únicamente una semana, y no se le haría propaganda. Concluida que fuera, los lienzos deberían ser destruidos.

Esta última condición fue la que Aurora se resistió a admitir. Su experiencia y el nombre de la galería, le garantizaban una afluencia importante de aficionados, aun sin realizar promoción. El no vender cuadros... ¡vamos!... Aunque era su negocio, prescindir del interés en una ocasión, para acrecentar los prestigios de la Galería Andrómeda, no estaba mal. ¡Pero destruir la obra!...

Mas en ese extremo, como en todos los demás, Agustín fue irreductible.

—Debo trabajar absolutamente solo, ¿comprendes? Nadie ha de entrar en la Galería, ni tú misma,

mientras no se halle todo concluido, inclusive la barrera.

Ese asunto de la barrera nos intrigaba. Ignorábamos cómo la pensaba establecer; pero eso era lo de menos. Aunque se tratara de un mero cristal grueso, ¿para qué?... ¿Qué sentido podía tener el proteger tan cuidadosamente, obras de arte de antemano condenadas a la destrucción?

Verneuill fue el único que aventuró una hipótesis más o menos admisible al respecto. Acostumbrado por su profesión a reparar en detalles de insignificancia aparente, a atar cabos sueltos, a reconstruir situaciones partiendo de datos mínimos, dijo:

—Cierto. Lo de proteger los cuadros no tendría sentido. ¿Y si se tratara más bien de proteger al público?... Hace poco nos dijo: "el peligro no está en mí, sino en mis cuadros"... Y si a esto agregamos un hecho que acaba de llegar a mi conocimiento...

Creado el clima de expectativa que buscaba, continuó:

—¿Sabéis quién adquirió el "Caleidoscopio" de Eliphas Jesurum?

—El doctor Argüelles.

—No. Era un simple intermediario. La "Luminiscencia versátil" número 32 era para un eximio coleccionista, para la pinacoteca privada más rica del mundo.

Aurora terció:

—¿Para el Marqués de Oliva de Oro?

—Sí.

—Pero el gobierno habría impedido la salida del cuadro.

—Es muy fácil sacar un cuadro de contrabando. El "Caleidoscopio" no era muy grande.

—¿Salió del país?

—Lo recibió el Marqués hace cuatro días.

—¿Y?...

—Desde entonces está de pie frente al cuadro. No come. No duerme. No hay manera de que siquiera tome asiento. Sus ojos están perdidos en el lienzo, y él, mudo, congelado.

—¿Loco?

—Tal vez loco. No se sabe. Inmóvil. Adelgaza a ojos vistas. Está demacrado. No escucha... Un día caerá al suelo, desfallecido.

Buscó en su mente otro cabo qué atar, y lo halló en dos minutos:

—Y eso que, al decir de Agustín, Eliphas Jesurum es sólo el precursor...

Las observaciones de Verneuill nos dejaron tan preocupados, que decidimos huir, hacer un viaje a la paz. Y fuimos juntos al hotelito. Nos sentamos en cuclillas. Solimán Tafik ocupó su "puff" argelino, y Annette comenzó a danzar mientras sus dedos amasaban, con su delgada saliva, la bolita de hachís que habría de convertirse pronto en el sol de nuestra reunión.

* * *

—¿Sabes, Marcial?...

—¿Qué?

Se le enfrentó en jarras, en su conocida actitud vulgar y retadora:

—Fausto era mi novio, ¿no? ¡Fausto de Rotterdam!

Me dirigió una mirada sin más contenido que el de un señalamiento.

—Lo sé.

—Y lo dejé por ti. Porque me enamoré de ti.

—Ya lo has dicho muchas veces. A Fausto no le gusta oírlo.

Yo me encogí de hombros. Ciertamente, ya no me importaba. Al principio lastimaba mis sentimientos; luego, mi orgullo; después, ni eso. ¡Y menos ahora que había un entendimiento tan... tan... no sé cómo decirlo, entre Aurora y yo!

—Pues bien —continuó Annette—. Ya eso ha concluido. Ya no soy tu novia. Ya no tengo novio.

Marcial encajó la declaración con frialdad, con indiferencia.

—¡Bien!... No tienes novio, pero estás enamorada. ¡Deseo que Agustín te corresponda!

Y a nadie extrañaron las palabras de la una ni del otro. Simplemente llevaban a la lucidez de la conciencia, algo que ya todos sabíamos de alguna manera.

El humo era denso en la salita, y Solimán tosió en sordina.

¡Todo era tan grato y silencioso, pasado el instante de la euforia!

* * *

¡Pobre del Marqués de Oliva de Oro si hubiera estado ahí!

¡Pobre del extraordinario Eliphas Jesurum, el precursor, si hubiera podido ver aquello!

Ciertamente, la "luminiscencia versátil" del genio sefardita, era sólo la primera letra de un alfabeto de formas y colores dotados de una insólita magia, poseídos por una vida palpitante, contagiosa y deslumbradora.

Habríamos deseado examinar de cerca siquiera uno de los lienzos, para conocer la técnica o el conjunto de técnicas que producía tan poderosa absorción de la emotividad. Pero la barrera invisible nos impedía toda aproximación.

Solimán extendió los brazos hacia arriba, lanzó un grito agudo, y cayó al suelo, desmayado. Creímos que era una de sus jugarretas cómicas, pero pronto vimos que no era así. Del público, del numeroso público, fueron cayendo varias personas.

Verneuill, que acababa de llegar cuando estos fenómenos se suscitaron, dio una voz de mando, firme, como si se dirigiera a un pelotón de soldados.

—¡Todos, todos! ¡A cerrar los ojos!

Obedeció la mayoría.

—¡Vuelta a la iz... quier...!

La mayoría giró sobre sus talones.

—¡De frente, marchen!...

La mayoría salió de la Galería Andrómeda, siguiéndolo como los ratones al flautista de Hamelín.

Quedamos los de siempre, los del grupo. Regresó Verneuill con un pequeño contingente de policías a quienes ordenó retirar en parihuelas a los desmayados, luego de haberles prohibido terminantemente volver la vista hacia los cuadros.

Se dirigió hacia nosotros, tajante:

—¡Fausto, Marcial, Aurora, Annette, José Luis!... ¡Salid!... ¡Salid ya!... ¡Acaba de morir el Marqués de Oliva de Oro!

¡A nosotros qué nos importaba el Marqués de Oliva de Oro! ¡Ahí estaban esos cuadros para los cuales no había calificativo en lengua alguna! ¡Ahí estaba, sobre todo, ese inverosímil cuadro número 32, titulado "Viaje a los siglos", con su portón cerrado y su ventana entreabierta hacia un atardecer lejano, cuyos arreboles comenzaban a oscurecerse!

—¡Pronto, salid!

El se marchó, presa de pánico.

A tiempo.

A tiempo para no ver lo que vimos nosotros.

Con gentil elegancia, con primorosa mesura, Agustín tomó de la mano a Annette, atravesó con ella la invisible barrera electromagnética, se dirigió al cuadro 32, y abrió el portón.

Lo último que vimos fue el revuelo de la ancha falda de Annette, que atravesó el umbral con un impecable giro de mariposa. El portón se cerró, y cuando aún no salíamos del asombro llegaron a nuestros oídos unos gritos que venían de la calle:

—¡Fuego! ¡Fuego!...

Alcanzamos a salir, corriendo. A los diez minutos había dejado de existir la Galería Andrómeda. En sus cenizas no se encontró siquiera una esquina de moldura de marco.

Sobre la desaparición de Agustín y de Annette, se siguieron investigaciones judiciales. Se creía que habían perecido en el incendio, y casi se nos culpaba de su muerte. No abiertamente, claro, mas había algo que nos hacía sentir la sospecha de las autoridades. Más que otra cosa, la insistencia en los interrogatorios.

Nos separaban para tomar declaraciones. Nos reunían para un careo. Nos volvían a separar.

Y siempre las mismas preguntas. Una vez. Otra vez. Otra vez.

Y siempre las mismas respuestas, porque no teníamos otra cosa que decir, sino lo que habíamos visto.

Pese a que todos los testigos afirmáramos lo mismo, tan concordante y reiteradamente, las autoridades no parecían dispuestas a creernos.

Verneuill, incluso, tratando de liberarnos en alguna medida de aquella tortura china, que ya casi agotaba nuestra paciencia, envió, autenticado, un informe muy minucioso relativo a la "luminescencia versátil Nº 32", de Jesurum, y a la muerte del Marqués de Oliva de Oro, sugiriendo que ambos casos podían tener algo en común.

El Juez se limitó a dictar una providencia escueta: "Acúsese recibo y agréguese a sus antecedentes".

Y desconfiando de la salud mental de los testigos que afirmaban cosas tan insólitas, ordenó un peritaje siquiátrico-forense.

* * *

Para mí, fue casi humillante. Siendo yo sicólogo, hube de sufrir el test de Rorshach, que tantas veces he utilizado en mi consultorio, y cuyos alcances conozco quizá mejor que el médico que me los aplicaba. Pasé, como un niño, por las horcas caudinas de muchos exámenes elementales y ridículos. Se me tomó sangre y se me hizo soplar en un balón de goma. Se intentó llegar hasta una electroencefalografía, y ahí sí me negué terminantemente, aun enfrentando las medidas que el Juez pudiera dictar para obligarme. Alegué que era una intrusión inmoral en la intimidad de mi siquismo.

Mis compañeros no se negaron, y, como yo presumía, sus curvas dieron una pista. Por si ello fuera poco, en la sangre de todos nosotros se encontraron vestigios de diversos canabinoles: del "delta 9", sobre todo, que es el más persistente. El dictamen forense reveló, sin contemplaciones, que nosotros formábamos una cofradía de fumadores de cáñamo.

En consecuencia, lo nuestro eran simples alucinaciones. O una coartada.

Verneuill se dio cuenta de la gravedad de nuestra situación, y nos citó para encontrarnos en su hotelito de las afueras, al mediodía.

Fuimos puntuales.

Estábamos nerviosos, muy nerviosos, pero no quisimos fumar. Necesitábamos toda la lucidez de nuestro entendimiento, toda la rapidez de nuestros reflejos, toda la fuerza de nuestros músculos. Así lo consideramos cuando Verneuill nos aclaró:

—Se nos persigue... Ya se sabe que yo también soy del grupo. Se nos persigue porque se sospecha que nosotros hemos matado a Miguel y a Annette. Vuestras declaraciones no han hecho más que complicar las cosas...

Filosóficamente, Solimán Tafik comentó:

—Eso hace la verdad con frecuencia: complicar las cosas.

—¿Qué podemos hacer?

* * *

No alcanzamos a pensarlo ni a decirlo. Como llamado a gritos por nuestra desazón, empujó la puerta alguien y entró sin prisas.

Era Agustín.

Lo primero que hizo fue tender ante nosotros una cortina electromagnética invisible, como la que había protegido su exposición.

—Ya estáis a salvo. Si llegan, no podrán alcanzaros.

Entonces la paz volvió a nuestros ánimos y yo fumé un cigarrillo de mezcla fuerte, mientras trataba de concluir el presente memorial.

Los demás retiraron todos los elementos que decoraban la pared.

Allí pintó Agustín una lindísima verja que daba a un fabuloso jardín primaveral.

Se oyeron, recios, los pasos de los agentes policiales que nos buscaban. Traspusieron la puerta de entrada, pero no pudieron llegar hasta donde nosotros fumábamos, charlábamos, escribíamos. Una pared invisible les cerraba el camino.

—¿Ya vas a terminar, Fausto?

—Ya... ya...

Lo comprendí todo rápidamente, y dije a nuestros perseguidores:

—Sobre esta mesa quedará el mensaje que ahora escribo. Por favor, hacedlo llegar a Eliphas Jesurum, para que sepa lo peligrosa que es su pintura, y no insista en ella...

—¿Listos?

—¡Listos!

Chirrió la verja, pasamos a esta dorada primavera, se esfumó todo el mundo de donde veníamos, y aquí estamos comentando las cosas.

Annette se pregunta si las autoridades creerán el testimonio de sus propios agentes.

Aurora y yo tenemos el proyecto de instalar aquí una galería de pintura antigua, tridimensional e inmóvil. La vamos a llamar "Galería Andrómeda". ¡Las antigüedades tienen buena clientela!

ENTROPIA

I

Excelentísimos señores Ministros de Ciencia,
de Historia y de Futurología,
Excelentísimos señores Embajadores,
Muy Magníficos señores Rectores Universitarios,
Dignísimas señoras, Caballeros:

Por delegación especial de Su Excelencia el Soberano Nacional, cuyas múltiples responsabilidades le impiden el placer de hallarse aquí con nosotros, tengo el inmerecido privilegio de dirigirme a tan selecta concurrencia para explicar sintéticamente los motivos, medios y propósitos del acto solemnísimo que hoy celebramos, llamado a perpetuar la huella de nuestra presencia y de nuestro desarrollo en la centuria que está por terminar.

Seré todo lo breve que se halle a mi alcance, mas no puede escapar a vuestra perspicacia que es tan grande el cúmulo de antecedentes, preparativos, esfuerzos y fines de la tarea encomendada a la Comisión Mixta de Ciencias, Historia y Futurología que me honro

en presidir, que sólo me será dable referirme a lo que pudiéramos llamar las crestas de esta línea rica en sinuosidades significativas.

Todavía las estelas de algunas antiguas civilizaciones se encuentran sin descifrar, al menos de una manera tan convincente que impida la disparidad de criterios entre los entendidos. Tal ocurre con las culturas nahoa, tolteca, maya, quiché, para sólo citar unos cuantos ejemplos. Sobrecoge pensar en la cantidad de sabiduría que puede haber quedado oculta entre las grecas que aparentemente decoran las pirámides de Teotihuacán, de Chichén Itzá, de Tikal, da Tatzumal, de Copán, los numerosos templos y edificios que se encuentran esparcidos a todo lo largo de Mesoamérica. Y he dicho "que aparentemente decoran", porque muy bien pudiera ser, como insinúan muchos de los estudiosos, que tales grecas sean algo más que un simple elemento estético en la construcción, que se trate más bien de un mensaje que nosotros, por haberse hundido en la noche de los tiempos el lenguaje en que se expresó, venimos a ser incapaces de comprender y de inscribir como correspondería, con letras de oro, en los fastos de la historia...

(OJO: dejar acá una pausa de minuto y medio para el aplauso de los lugares comunes).

Imaginad por un momento qué habría ocurrido si el genio inspirado del inmortal Champollión no hubiese descifrado en la Piedra de Rosetta, comparando los caracteres griegos y demóticos con los jeroglíficos egipcios, el contenido de estos últimos... Todo ese

maravilloso acervo de sabiduría, que aún pasma la inteligencia moderna, habría permanecido por siempre ignorado, oculto, como una Bella Durmiente a la espera del Príncipe que lograra despertarla de su milenario sueño...

(Breve pausa para el aplauso de la cursilería).

Cierto que, por el examen de las proporciones y direcciones de la Gran Pirámide de Cheops, habríamos logrado determinar la posición que por entonces tenía Alfa del Centauro, y habríamos sido capaces de advertir que los egipcios en un esotérico lenguaje arquitectónico, nos daban, con pasmosa exactitud, el valor irracional del número Pi. No obstante, ¡cuántas cosas de inapreciable valor se habrían escapado a nuestro conocimiento! Ignoraríamos, sin duda, cómo aquél vino a ser el primer pueblo monoteísta, y cómo la heliolatría de Amenhotep IV era más, mucho más que eso, puesto que el Sol, como en otras antiguas cosmogonías, era sólo un símbolo de la fuente de toda vida, del centro de un Poder Cósmico situado más allá de nuestra precaria y superficial visión.

Su Excelencia el Soberano Nacional...

(Pausa).

Su Excelencia el Soberano Nacional, en su indiscutible sabiduría y maravillosa previsión, dispuso congregar a los altos funcionarios de los tres Ministerios —el de Ciencias, el de Futurología y el de Historia— a fin de que, bajo la vigilancia y con la dirección de los Excelentísimos señores Ministros, integrásemos

una Comisión Mixta cuyos estatutos fueron publicados en la Gaceta del Poder Omnímodo hoy hace exactamente cinco años.

El público en general, no pudo, al comienzo, darse cuenta de los alcances de tan oportuna medida, y el texto mismo del decreto, permaneció durante largo tiempo desconocido, aun por personas que debieron, por razones profesionales, estar enteradas en detalle de lo que se pretendía realizar.

Pero ha llegado el momento de la culminación, y no es hora de hacer recriminaciones a nadie, sino más bien de congratularnos porque algo de tanta trascendencia y tan graves dificultades, haya podido llevarse a cabo con pleno éxito.

(Aquí, una inspiración profunda,
con mucha discreción).

Se trataba, como bien lo sabéis, de legar a las generaciones de los milenios futuros, un amplio y comprensivo testimonio de nuestra vida actual.

Se imponían desde un comienzo, diversas consideraciones. Primero: ¿qué era lo determinante, lo esencial, lo característico y definitorio de nuestra convivencia actual?... Luego, ¿de qué medios podíamos valernos para que nuestros materiales conservaran su frescura, sus colores, sus características originales indefinidamente, en un espacio que tendría que ser necesariamente reducido?... Tercero: ¿de qué peligros naturales y culturales habríamos de preservar semejante atestado histórico? Cuarto: ¿con qué materiales habríamos de construir el depósito para asegurarlo contra los riesgos previstos y, con gran margen de prudencia, contra los que no alcanzamos a pensar?

Poco a poco los periódicos del mundo se fueron percatando de la importancia del esfuerzo, y dedicando a él páginas informativas y comentarios editoriales. La Comisión recibió la grata y honrosa visita de profesionales de la radio y la televisión, ansiosos de llevar a conocimiento público, las noticias de nuestro diario quehacer. Por eso, a estas alturas, prácticamente toda persona se halla enterada de la multitud de problemas que hubieron de ser resueltos, no de uno en uno, como pudiera parecer a primera vista, sino en forma orgánica y coordinada, ya que todos ellos formaban y forman parte de una superior unidad, que es la realidad humana de nuestros tiempos.

Hubimos de limitar nuestra escogencia a un millar de libros, y reducirlos, mediante procedimientos fotográficos, a pequeñas láminas fácilmente legibles mediante un sencillo recurso óptico, en una pantalla. Libros y visor, han sido acompañados de música registrada en discos, en alambres, en cintas magnetofónicas, en "cassettes", todo con sus respectivos instrumentos y sus necesarias fuentes de energía; películas cinematográficas bidimensionales y tridimensionales, "videocassettes" y, en fin, todo aquello que puede dar constancia visible y dinámica, de nuestras maneras de vestir, de nuestros alimentos físicos y espirituales, de los idiomas y religiones imperantes en el mundo, etc., etc.

Para facilitar al máximo a las generaciones futuras,

el empleo de todos los recursos actuales, a las explicaciones en latín y griego, y en todos los idiomas vivos y sus formas de escritura, ya alfabética, ya ideográfica, hemos agregado numerosas descripciones en dibujos, fotografías, diagramas, hologramas, y hasta pequeños grupos escultóricos en actitud de leer, de proyectar, de conectar aparatos o de escuchar. De cuanto detalle se presentó a nuestra consideración —de esta participación somos deudores a innumerables personas— se tomó debida nota y se realizó profundo análisis, para llegar a conclusiones viables y eficaces.

Según la mayoría de opiniones expresadas en el seno de la Comisión Mixta y provenientes de la iniciativa de otros organismos y hasta de científicos particulares, los riesgos mayores que el tiempo podía deparar eran, por su orden: una guerra atómica; un período de glaciación, inundaciones por desbordamiento de los mares, al hundirse continentes de poca estabilidad geológica o archipiélagos de precaria firmeza; terremotos; erosiones por causa de las aguas o los vientos; oxidación por aire o humedad que pudiera contenerse en el refugio mismo en donde se guardarían las constancias; guerras interplanetarias o intergalácticas, con su previsible bombardeo de toda clase de partículas atómicas, y, especialmente, de rayos cósmicos... No terminaríamos la enumeración sin fatigar inútilmente al amable auditorio.

El hecho es que la cámara se diseñó tomando en cuenta todas esas contingencias, y su lugar de emplazamiento, este sitio en que nos hallamos, fue se-

ñalado según todo lo que la historia, la ciencia, la técnica y el sentido común, han aconsejado como el más propicio.

Unas pocas observaciones finales: la cámara que ahora no es visible porque ya se encuentra enterrada, tiene inmensas dimensiones externas, mas, por dentro, resulta más bien pequeña. Lo que la hace crecer son sus abundantes revestimientos: amianto, plomo, cemento, goma, corcho, madera tratada químicamente para evitar su vulnerabilidad a la polilla y al fuego; melaminas, siliconas, neoprenos y algunos otros plásticos de los llamados termoestables, y, por último, metales preciosos como el platino, el oro y la plata. Además, se han instalado adentro reguladores de temperatura y humedad.

Creemos, pues, no haber olvidado o subestimado detalle alguno que pueda conducir a la plena realización de los plausibles y loables deseos de Su Excelencia el Soberano Nacional, cuya gloria queda así garantizada por los siglos de los siglos...

(Pausa).

En su nombre, pues, en nombre de las Ciencias y Técnicas, en nombre del Pasado y del Futuro, permitidme que declare inaugurada la Cripta del Testimonio Eterno, retirando la Bandera Mundial que recubre su asentamiento.

He dicho.

(OJO: Retirar la bandera con suma lentitud).

II

Iliria pensaba con unos colores tan brillantes, que no podía disimular sus deseos e intenciones. Sus cabellos rosados descendían, firmes como hilos casi invisibles, enmarcando su rostro de perfecta simetría y rozando, apenas, los extremos de su dulce ojo telepático, siempre lleno de iridiscencias sutiles.

Iliria era de la Cúspide.

Y a las de la Cúspide, ya se sabe, sólo podían tener acceso los varones que también lo fueran, o aquéllos que, en las fiestas anuales de la Primavera Galáctica, realizaran algo que los jueces, habidos todos los antecedentes históricos, pudieran considerar como un portento nuevo, absolutamente, en aquel planeta de milagrerío permanente, ya tan poco propicio al asombro.

¿Hazañas de memoria?... Ya no. En la Primavera de la quincuagésima revolución anterior a la que se avecinaba, Astrel de Nuria había recitado sin vacilar, sin un mínimo error en los matices de su coloración mental, los nombres de todas las galaxias conocidas, de todas las luminarias de dichas galaxias, de todos los planetas de las luminarias, y de todos los satélites de tales planetas. Con jactancia, para rematar, pensó plásticamente en los nombres y figuras de los continentes, mares e islas de cada planeta. Y todo esto, en sólo una décima parte de rotación de Teuxis.

¿Hazañas de fuerza?... Tres revoluciones anteriores, Eneumos de Pradis había levantado con los dos

últimos filamentos de una antena, el equivalente a seiscientas dos veces su propio asentamiento de gravedad.

De año en año la competencia se tornaba más difícil, unas veces, porque costaba hallar materia en qué competir; otras veces, porque la marca ya establecida era punto menos que imbatible.

Y todo esto estrechaba el círculo de posibilidades para las hembras de la Cúspide, pues cada vez se reducía el número de los pretendientes admisibles, y hasta hubo año en que ninguno de los aspirantes a cuspideta, logró realizar prodigio memorable y ascender a la ambicionada condición.

Iliria hubiera querido disimular por lo menos dos cosas: su imperativo deseo de Varón de Permanente Compañía, y el hecho de que de todos los cuspidetas no atados, sólo dos le agradaban en lo personal. También habría querido disimular una tercera cosa: que le atraía mucho otro varón, Terendis Oxmos, que no era cuspideta.

¡Pero Iliria pensaba con unos colores tan brillantes!...

¡Claro que Terendis Oxmos lo sabía! Y sabía, además, que entre los admisibles, era el preferido de Iliria. ¿Cómo resistir a la tentación de competir en la próxima Primavera Galáctica para lograr, por vía de méritos propios, semejante Permanente Compañía?

Se inscribió en lo suyo: en poderes telequinésicos.

Iliria pensó en tonos azules:

—Hay varios ya inscritos en telequinesia. Hace muy poco, en sus entrenamientos, Eumón de Neutris logró derrumbar un pico de montaña en nuestro tercer satélite...

—Lo vi.

—Tendrás que hacer prácticas intensas.

Y mucho más ambiciosas, porque llegaré hasta ti.

—¿Estás seguro?

—Lo estaría si...

El pensamiento de Terendis había comenzado con unos tonos de amarillo pajizo, ascendiendo al amarillo limón, lindado casi con el oro. Pero al llegar al condicional "si..." parpadeó, tuvo coloraciones vacilantes y descendió a vibraciones opacas.

El azul de Iliria se tornó verde oliva:

—¿Qué ocurre? ¿Cuál es tu problema?

—El de esa dimensión incognoscible de que hablan los más modernos matemáticos...

—¿La dirección?

—Sí: la dirección.

Iliria meditó. Su pensamiento fue al comienzo pardusco, pero luego se fue abrillantando, abrillantando...

—¡Llámalo, entonces! —sugirió Terendis.

Y el ojo telepático de la maravillosa cuspideta comenzó a emitir cada vez con mayor intensidad.

Chasqueó la atmósfera, se sintió olor a ozono, se vio el latigazo súbito de la presencia, y se distinguió la figura de Astrel de Nuria, Poderoso Campeón de la Memoria.

—¿Una consulta?

—Si quieres ayudar...

Terendis planteó el problema yéndose a él sin reticencias:

—Es sobre esa séptima dimensión de que hablan los sabios... Sobre la dirección...

—¡Comprendo, comprendo!...

Ya explicarlo en Teuxis tenía sus dificultades. Explicarlo en medidas intergalácticas resultaba, simplemente, imposible.

En Teuxis no puede hablarse de Oriente ni de Occidente, de izquierda ni de derecha, porque tales cosas no existen ni hay manera de determinarlas. Sólo los matemáticos y los filósofos, tan amigos de buscar complicaciones en donde no puede haberlas, hablan de semejantes cosas. Pero lo grave no es que hablen o piensen cromáticamente en ellas, sino que empiezan por demostrar su posibilidad teórica, para concluir probando su existencia real.

Si todos los organismos, tanto conscientes como inconscientes, son en Teuxis de una simetría absoluta, si el ojo telepático se encuentra tan bien situado entre los dos corazones, los cabellos tan exactamente distribuidos a ambos lados de la línea media, los ojos de ver, los pulmones de igual número de lóbulos, las antenas, todo tan exacto entre sí y tan equidistante de la línea central, ¿cuál es la derecha?, ¿cuál la izquierda?, ¿conforme a qué criterio establecer eso que filósofos y matemáticos llaman "dirección"?

Si en las rotaciones de Teuxis, aparecen cruzándose, dos soles de idénticas magnitudes y distancias,

en el mismo instante, por los dos horizontes, ¿cuál será el oriente?, ¿cuál el poniente?, ¿conforme a qué criterios establecer eso que filósofos y matemáticos llaman "séptima dimensión"?

Astrel de Nuria no se anduvo con rodeos. Dijo todas las definiciones y aproximaciones expresadas por los sabios, en los mismísimos términos en que éstos las habían enunciado; trazó toda una historia de desarrollo del concepto y de sus consecuencias en diversas ramas científicas, pero manifestó sin reservas:

—Todo eso es mi memoria, mi portentosa memoria... De entender, no entiendo nada: necesitaría, tal vez, una experiencia muy impresionante, ver algo, cualquier cosa, que tuviera izquierda y derecha, o norte y sur...

Y sus colores se apagaron tristemente.

Terendis Oxmos caviló. Ya hallaría otro camino. Lo dijo en un delicioso tono verde que humedeció en Iliria los dulcísimos ojos de ver.

Cuando llegó el momento del torneo, Terendis había resuelto ya el problema de la dirección. No en términos de derecha e izquierda, este y oeste, arriba y abajo, sino en otros mucho más sencillos, que no alcanzaba a ver cómo se le habían escapado antes: en términos de aquí y allá; de cerca y lejos... Se le había venido la idea de golpe, cuando hacía prácticas de telequinesia y, mentalmente, arrastraba inmensas rocas de aquí para allá, de cerca a lejos.

Al recorrer el gran estadio hizo una venia ante la Tribuna de la Cúspide. Envió un pensamiento de gratitud a Astrel de Nuria, que respondió con un gesto de cortesía. Envió un pensamiento de amor a Iliria, que respondió con otro, tan fulgente, ¡pero tan condicional!... Porque si él no triunfaba... ¡Había otros dos cuspidetas, y ella deseaba un Varón de Permanente Compañía!

Fue una de las más brillantes primaveras galácticas que se recuerden en Teuxis. Hubo tres campeones: en música, un concursante logró reconstruir, sin un solo error, los sonidos de Casiopea al desplazarse en la inmensidad, lo cual constituyó un concierto inolvidable. Un joven atleta, superó la hazaña de fuerza, más o menos reciente, de Eneumos de Pradis. En telequinesia...

Terendis Oxmos no dejó de ponerse un tanto nervioso cuando advirtió que en su materia, eran seis los concursantes. Tornó los ojos hacia la Tribuna de la Cúspide, y al ver a Iliria, sintió que le invadía una confianza casi petulante.

En efecto, de los seis, los cuatro primeros fueron fácilmente eliminados. Ninguno llegó siquiera a igualar las antiguas marcas. Quedaron al final solamente Eumón de Neutris y él, Terendis.

Eumón se concentró. Hizo de toda su energía un solo nudo de poder. Luego su ojo telepático pareció extenderse como un tentáculo por el cielo en donde los soles paralelos se encontraban en su mayor esplendor. El fenómeno fue casi visible; el resultado, visible sin el "casi", porque ante el estupor de todos, la más alta montaña del tercer satélite se rajó medio a medio,

y sus despojos cayeron como un río de polvo rojo que se despeñara en doble vertiente.

Los vítores fueron atronadores y el entusiasmo iluminó el estadio de tal manera, que por largo rato dejaron de verse los dos soles, opacados por las emanaciones coloreadas de la multitud.

Terendis se allegó a los jueces:

—Pretendo actuar a una distancia mayor. . .

El Juez Astrónomo preguntó:

—¿Dentro del Sistema?

—Aún más lejos.

—¿Dentro de la Galaxia?

—Mucho más allá. . . En aquella Galaxia lejanísima que parece un aro de filamentos blancos.

—¿La Vía Láctea?. . .

—Y en aquel sistema que se encuentra como a un tercio del extremo. . .

El Juez Astrónomo dejó escapar un pensamiento de asombro que en su aureola se leía como "¡imposible!"

Terendis continuó:

—De la luminaria central hacia afuera, en el tercer planeta. . . Y ruego a los señores jueces se sirvan extender toda su percepción visual hacia allá. . . Lo mismo pido al público. . .

Todos extendieron la vista hacia el sitio señalado, y otorgaron a sus ojos de ver, la energía supletoria del ojo telepático.

—Ahora, explicó Terendis, advertid: el planeta gira en torno a sí mismo de aquí para allá. . .

—Es cierto. . . es cierto. . .

—Gira, además, en torno a su luminaria, de más cerca a más lejos. . .

—Es verdad. . . es verdad. . .

—Su luminaria parece perseguir a aquella otra, que, aunque es de otra galaxia, le queda relativamente próxima. . .

—Alfa Centauris —aclaró el Juez Astrónomo.

—Pues bien: de una sola vez, voy a invertir todos, absolutamente todos los movimientos de ese mundo, mediante mis poderes mentales: la luminaria se alejará de Alfa Centauris; el planeta rodeará la cintura de la luminaria, de más lejos a más cerca, y él mismo rodará en torno a su eje, de allá para acá. . .

El Juez Astrónomo no pudo contener su pensamiento:

—¡Imposible! ¡Es una locura!

Y Terendis, volviendo nuevamente la vista hacia Iliria, habló en altos colores:

—¡Por imposible lo intento! ¡Porque es una locura he de lograrlo!

Sentóse en el suelo, cruzó las piernas, bajó la cabeza, extendió las antenas, y quedó sumido en una concentración indecible. Ya no era él. Ya era la energía pura. Su sitio no estaba ahí, sino en un espacio frío, magnífico, terrible, que parecía no tener fin.

De pronto, Teuxis entero lo vio, ya más allá del asombro, en las fronteras del milagro: el planeta invirtió todos sus movimientos, y el sol mismo se comenzó a alejar de aquel punto que había sido su brújula.

Terendis tardó mucho en escuchar las ovaciones, en ver los alaridos de color que lo envolvían. Regresó paulatinamente de su viaje mental.

Parecía un sonámbulo.

El Juez Astrónomo le preguntó:

—¿Sabes lo que has hecho?

Terendis tornó a ver hacia la Tribuna de la Cúspide: los pensamientos de Iliria casi cegaban:

—Sí; lo sé: he logrado su Permanente Compañía...

—¡Algo más importante!

—¡No hay nada más importante!

—Para ti, ahora no. Pero para los habitantes de aquel mundo, si en realidad tiene habitantes, se ha invertido la dirección del tiempo.

—No entiendo qué es eso de "dirección"... ¿Qué ocurrirá?

—Ya ocurre: que en vez de caminar hacia su futuro se dirigen a su pasado; que en vez de marchar a su destino, han emprendido el camino de vuelta hacia su historia.

Iliria y Terendis estuvieron de acuerdo en que todo aquello era simple especulación de matemático o de filósofo. En todo caso, no tenía importancia. Ya él era un cuspideta, y para ambos comenzaba el porvenir: la Permanente Compañía.

III

Una inmensa tinaja de vino servía para encubrir la entrada secreta. Era un portillo por donde el grueso

cuerpo de Guido Villami cabía con muy escaso margen. Y al sólo haber pasado el recinto que únicamente él y su ayudante el viejo Pero, debían conocer, el portillo volvía a cerrarse, con doble pasador de bronce.

Ahí adentro estaban las retortas, los matraces, las hornillas. Algunos morteros para machacar los minerales, y unos cuantos tamices para cerner las tierras.

En un alambique de extraña fábrica, el agua hervía, se evaporaba, se condensaba, se enfriaba, y volvía a comenzar el ciclo indefinidamente, en una especie de purificación perpetua e ilimitada, sin la cual jamás lograría las virtudes necesarias para utilizarse en ningún proceso de transmutación. Dos veces al día, por lo menos, había de bajar Pero, y si él no estaba, el propio fraile Villami, para alimentar las hornillas del alambique y algunas otras, bajo retortas de greda.

Poco faltaría para que el plomo, tan laboriosamente extraído de su ganga inicial, trocase su burda naturaleza por la fulgurante e inalterable del oro. Era sólo cosa de paciencia, mercurio y antimonio. Mucha paciencia. Mucho mercurio y antimonio. Y mucha oración, además, hecha en horas propicias, con fórmulas reiterativas y tan exactas, que el mínimo error silábico en la pronunciación, podía tener consecuencias imprevisibles.

—¡Ah, mi querido Pero!... Si alguien osara negar las virtudes y poderes de la magia, aquí cambiaría de opinión...

El viejo sacristán callaba, se restregaba con el dorso de la mano el ojo izquierdo, legañoso y húmedo,

que no había sanado ni con ungüentos prodigiosos ni con las infalibles compresas de agua bendita.

Pero su silencio no era escéptico. Lo del ojo supurante, él lo sabía bien, era venganza de un demonio aéreo, cuya identidad no había podido determinar, el cual sin duda pertenecía a las cohortes de Leonardo. El tal demonio lo había tentado mil veces a realizar actos de nigromancia, mas él, siguiendo las enseñanzas rigurosas del fraile Villami, había opuesto a las tentaciones el signo de la cruz, y a todos los demonios aéreos, el poderío superior de la espada flamígera. La venganza fue súbita: en un instante en que Pero se encontraba solo en el laboratorio y, según supo más tarde, Guido Villami consagraba en el altar mayor de la catedral, estalló una retorta, con estruendo espeluznante; de su vientre salió una suerte de fuego líquido cuyas chispas o gotas fueron a dar al ojo izquierdo del sacristán, y le quemaron las mangas del jubón y hasta parte de las calzas del fatigado paño. ¿Cómo podía él negar lo que tan dolorosamente le constaba?

Además, lo que decía el fraile era indiscutible. Bastaba con entrar unos minutos en el recinto secreto, para notar algo extraño en su atmósfera. A medida que se respiraba, se iban alterando las sensaciones, en especial la del tiempo, que prácticamente dejaba de existir. Minutos, horas, días, todo daba lo mismo. Y eso favorecía y facilitaba la perseverancia, sin la cual todo trabajo alquímico se hallaba destinado al fracaso.

—Pero...

—Decid, Monseñor...

—¿No te ocurre a veces que, cuando repites incansablemente alguna de las fórmulas de la transmutación, sientes una especie de cosquillas en los miembros y de irritación en los humores?

—Sí, Monseñor.

—Y ¿cómo se te tornan los humores?

—Pensándolo bien, Monseñor, os diría que en cuanto a humedad, son más bien secos, y en cuanto a temperatura, cálidos.

—Me llena de satisfacción advertir que tus observaciones coinciden con las mías. ¿No tienes algo más qué decir?

El sacristán se fregó nuevamente el ojo, e iba a responder, cuando de una retorta vio salir el humo azufrado con que el demonio aéreo le imponía silencio.

Apartó discretamente al fraile de lo que consideró un peligro inminente.

—Acercaos acá, Monseñor.

Guido Villami actuó de manera más rápida y segura: se allegó a la retorta, le apagó la hornilla, y sobre el extremo por donde salían los humos, colocó una plancha de plata mojada en agua fría. Todo lo hizo con una celeridad increíble, sin meditarlo, como si estuviera inspirado por un ángel tutelar.

—Salgamos.

Salieron, empujaron el tinajón de vino para ocultar la entrada, y sentáronse en el amplio y casi vacío salón de paredes enjalbegadas: el fraile, en un sillón hecho a la medida de sus frondosas posaderas, el sacristán en un taburete de tres patas, cercano a la espita de la tinaja.

—Monseñor, ¿puedo confesaros que he tenido miedo, por un instante?

—¡Ah, buen Pero! ¡Te comprendo! Escancia dos vasos, para que nos conforten **corpore et anima**...

El sacristán se confortó con excesivo empeño, porque su susto había sido grande. Guido Villami, hombre de ascéticas costumbres y disciplinas, se limitó a un solo vaso.

—Pero... Ibas a decirme algo cuando un demonio del aire te selló los labios.

—No os puedo mentir, Monseñor. Iba a deciros algo.

El vinillo, sin duda, llevaba disueltos numerosos duendes parlanchines, y eso lo sabía mejor que nadie el fraile Guido Villami, docto en alquimias mayores y menores. De tal modo que no hubo necesidad, por su parte, de ningún esfuerzo. Se limitó a ordenar:

—¡Habla!

—Me habíais preguntado, Monseñor, por algo más...

Vaciló la estabilidad de su taburete de tres patas, y, previsoriamente, lo echó hacia atrás a modo de poderse apoyar en aquella inmensa y fecundísima comba de barro bien cocido.

—Recuerdo.

—Me preguntasteis si además de los humores cálidos y secos que sufro en el laboratorio, tengo, o he tenido, alguna otra experiencia diferente...

—Exacto.

—Pues bien: he de deciros...

Y palideciendo, al tiempo que se frotaba el ojo dolorido:

—Os ruego, Monseñor, que exorciséis primero este lugar... No estamos solos. Siento que no estamos solos. Sé que no estamos solos...

Villami achacó aquella reacción a los efectos del vino, pues Pero, quizá por los años, tenía cada vez una resistencia menor y una afición mayor.

—¡Bien, bien, Pero! Lo haré como tú quieras, pero no hoy, que es tarde, y tanto tú como yo hemos bebido de este espíritu. Vete a dormir a tu yacija. Mañana...

No pudo ser al día siguiente, como el propio Guido lo deseaba, porque llegó un correo urgente del Obispo, que reclamaba la presencia del fraile, su antiguo condiscípulo y amigo. Así que el padre Villami hubo de posponer el exorcismo, que él también consideraba pertinente.

El sacristán, por la noche, había tenido un sueño revelador y alentador. Su ojo estaba sano. Para ello, todo lo que había tenido que hacer, era estampar una cruz invertida, con su propia sangre, en un pergamino lleno de símbolos indescifrables. Nada de aguas. Nada de ungüentos, mixturas, maceraciones ni menjunjes. Una cruz invertida, solamente.

Y no dudó ya más. En cuanto Guido Villami montó en su mula para seguir al emisario, ya caída la tarde, el sacristán separó la tinaja, deslizó felinamente su cuerpo al través de la portezuela, echó el doble pestillo, se aprestó a... ¡Y no se atrevió!

A él no le era lícito siquiera tocar aquella espada, ni colocarse el anillo, ni abrir por parte alguna el gri-

morio... El no era un iniciado, sino un mero ayudante. Una especie de pinche de una cocina prodigiosa en donde el plomo, al hervir, trocaba su grosera naturaleza en la refinada e inalterable del oro.

Lo que sí podía, sin violar el orden sobrenatural de las cosas, era acelerar un poco el proceso, enriqueciendo en el matraz la mezcla de los metales.

Eso hizo.

Luego, se arrellanó en el sillón del maestro a meditar, y dejó que lo invadiera un sopor, precedido por aquellas extrañas picazones de la sangre y aquellos cambios de los humores, que tan bien conocía.

No obstante, no se dejó llevar así no más. Como había ofrecido al fraile explicarle todas las otras sensaciones, dispuso analizarlas cuidadosamente, desdoblando de alguna manera su conciencia para ser él mismo, testigo de lo que iba a protagonizar. ¿No había hecho más o menos lo mismo —y Monseñor Villami lo afirmaba— un tal Sócrates que persiguió conscientemente al veneno en toda su trayectoria hacia la muerte?

Dormido y despierto.

Dormido en el sillón, bajo el suave y seguro efecto de los vapores, densos, que anegaban la atmósfera del laboratorio: plomo, azufre, antimonio, hidrargirium... quizás una corte de pequeños demonios aéreos, casi inofensivos.

Despierto encima del sillón, sobre su propia cabeza, como un centinela de guardia, dispuesto a no perderse detalle alguno para que su señor ganara la batalla definitiva.

Dormido, pues, con un solo ojo, como le resultaba inevitable.

El hormigueo fue subiendo hasta el cráneo, en la periferia. Como si millones de piojos minúsculos, invisibles, pincharan, sin provocar dolor ni desazón, la cáscara dura de su cabeza. Luego, la sensación se atenuó y fue desapareciendo hasta dejar, ya adentro, un gran vacío. La cabeza era un globo sin nada. A lo sumo, con aire: con un aire en que flotaban los espíritus del antimonio, del azufre, del hidrargirium, del plomo, como silenciosos y pesados pájaros en un cielo sin ráfagas ni nubes.

No fue sino más tarde, mucho más tarde, cuando empezó a ver colores. A verlos dentro de sí mismo, como si su cerebro fuera una lámpara. Colores de una gran movilidad, inestables en la forma y el tono, que cruzaban como rayos, estallaban como amapolas o girasoles que se abrieran de pronto, ondulaban, reptaban, caían, y al mismo tiempo se transformaban: un índigo pasaba a ser violeta, el violeta, rojo, el rojo, naranja, el naranja, oro... Y luego el oro cobraba un color repugnante: era mierda.

En ese instante apareció la primera figura.

¡Haber sabido dibujar, por Dios santo!

¡Haber tenido a mano siquiera, los elementos para intentarlo!

La imagen era terrífica; pero no le dio miedo.

—¿Quieres sanar del ojo?

—Quiero sanar. Si tú puedes hacerlo.

—Yo, no. Mi maestro y señor.

—Y ¿cómo hago para verlo?

—Firma aquí.

Reconoció el pergamino soñado la noche anterior.

—No sé firmar.

—Marca una cruz, invertida.

Ya lo iba a hacer, cuando recapacitó. Al menos, tenía que saber con quién pactaría, y qué.

El ojo le ardía y supuraba más que nunca.

—Tu jefe, ¿es Leonardo?

El engendro eludió la pregunta, pero no el fondo de la misma:

—Tú pactarás con Lucífugo Rofocale.

Dormido y despierto.

Dormido habría pactado y firmado cualquier cosa, no importaba con quién, para liberarse de ese ojo podrido, y maldito.

Pero el sacristán de la guarda, el Yo de turno que velaba sobre su cabeza, lo hizo concebir una sospecha. De los engendros no se podía fiar nadie. Menos aún de estos demonios del aire, tan volubles. Además, él sabía que Rofocale... ¡Ahí había trampa!

—¿Lucífugo Rofocale?... ¿Qué tiene él que ver con las artes curativas y la regulación de los humores?... El ayuda a encontrar los tesoros perdidos, las joyas enterradas, los secretos que yacen en donde el hombre ni siquiera sospecha.

—Haz lo que quieras. Si quieres saber en dónde está el secreto que sanará tu ojo, marca una cruz invertida... ¡aquí!

Y aquel "aquí" fue tan imperativo, que el sacristán no pudo hacer otra cosa.

Los vapores de la atmósfera se incrementaron violentamente, sobre todo los de azufre, y fue visible Rofocale, con su tiara córnea, su rabo desproporcionadamente largo, sus vellones de cabrío semejantes a gruesas escamas de lana ocre, sus pezuñas oscuras y su rostro socarrón, casi amable.

—Soy Lucífugo...

—Os conozco. Vuestra imagen aparece en el libro del maestro Jean Wier que tiene mi patrono, Monseñor Villami.

—Y sé lo que deseas.

—Una fórmula, no un tesoro. Una fórmula que devuelva la salud a este ojo leproso, porque fortuna no necesito. Ya Monseñor Villami hará por transmutación todo el oro que nos haga falta.

—Comprendo tu desconfianza. Yo no doy remedios ni sano enfermos. Mi oficio es el de descubrir cosas ocultas...

—Así lo entiendo.

—...y sé de un enorme cofre, lleno de tesoros de todas clases, y de inventos que todavía no se han hecho, y de prodigios que aún no se han realizado.

—Nada de eso me interesa.

—Déjame terminar. En ese inmenso cofre hay una fórmula. Un infalible ungüento hecho de musgos milagrosos e invisibles, que dentro de muchos siglos inventará un brujo llamado Fleming.

—Dame la fórmula.

—No es eso lo que puedo hacer por ti, ni me he comprometido a ello en el pergamino que firmaste.

Sólo puedo decirte en donde se halla el cofre. Abrirlo, encontrar la fórmula, prepararla y aplicarla, es cosa tuya. Tu patrón y maestro te podrá auxiliar... Ven...

El cuerpo dormido de Pero se quedó como estaba, en el sillón del fraile. Mas el Pero vigilante, el sacristán testigo, se desplazó siguiendo el isócrono golpeteo de los dos cascos de Lucífugo Rofocale.

El inmenso depósito se encontraba exactamente debajo de la catedral, ocupando el espacio de todas sus naves, sus altares y hasta de sus atrios.

El fraile regresó a los siete días.

Venía demacrado, afligido.

Ostensiblemente, había perdido peso. Sus carnes caían flácidas, como si los músculos hubieran perdido sostén y fortaleza. ¿Mortificación, ayuno, cilicio? Pero, el humilde Pero, no podía ni debía indagar. Tampoco podía hacerse el desentendido en un punto tan importante para la salud de su maestro y protector:

—Monseñor... Desfallecéis... Sentaos... Permitidme que os sirva una copa de vino...

Bondadosamente el fraile respondió:

—Toma otra tú. La vas a necesitar.

Y por primera vez en sus muchos años de servicio, el sacristán vio beber a don Guido sin tasa ni continencia.

—Quiero hablarte, Pero. Voy a decirte cosas que no sospechas siquiera, y que penden sobre nosotros como una espada.

—¡Ah! ¡Ya también vos lo sabéis, Monseñor!

—¿Hablaremos de lo mismo?

—Estoy casi seguro... Del cofre del tesoro.

—¡A ver... a ver...! Quiero escucharte.

El fraile se impuso sobre la locuacidad que pretendía dominarlo. Su voluntad embridó la propia palabra, y atándola al poste del silencio, se arrellanó cómodamente y prestó oídos al relato del sacristán. Este fue puntual y minucioso. No escatimó detalle alguno, aun cuando cualquiera de ellos habría sido bastante para darle castigo.

Cuando Pero concluyó su crónica, Guido Villami se había sobrepuesto a los efectos del vino. Estaba lúcido, terriblemente lúcido, y en el rostro demacrado las pupilas le brillaban con una chispa de espanto. No dijo nada. Pensó, pensó mucho, atando cabos sueltos, procurando derivar conclusiones. Se hizo repetir una vez, dos veces, tres veces, cuanta minucia aparecía como significativa dentro de su esquema mental.

Lucífugo Rofocale... Un cofre que viene del futuro... El tesoro de las cosas que existirán... Las brujerías y ensalmos de un porvenir lejano...

La cabeza le giraba por dentro como una peonza, y, también por dentro, los oídos lo torturaban con un zumbido insistente y sobreagudo.

—Y dices que había muchos vapores...

—Sí, Monseñor: de plomo, de mercurio, de antimonio, de azufre...

—Escucha: yo sé que no es así, que los culpables son los demonios del aire y de la tierra; pero hay sabios que afirman que los vapores que respiraste, envenenan los humores y provocan sueños alucinan-

tes... Lo que no dicen, es el porqué. La verdadera causa. ¿Qué hace que los vapores del plomo, del mercurio, del antimonio, del azufre, envenenen los humores del hombre? ¿Qué provoca sus alucinaciones?... ¡Los demonios, pero, los demonios que están allí!...

Guardó silencio un instante. Santiguóse sin ostentación, y agregó:

—En esto anda metido otro engendro del averno, que no ha querido dar la cara, y es uno de los más peligrosos: es Astorath, conocedor del pasado, del presente y del porvenir, uno de los más poderosos señores de la Gehena...

—Vos, Monseñor, me ibais a hablar de lo mismo, ¿no es cierto?

—Dios permitiera que sólo de eso se tratara. Hay algo más grave e inminente. Quizá los propios demonios que conjuraste lo han desatado todo.

—Perdonad, Monseñor: ¿me ayudaréis a encontrar la fórmula, a sacarla de ese inmenso e inexpugnable sarcófago que se halla en el subsuelo de la catedral?

La pausa de don Guido Villami resultó eterna para su tuerto ayudante. Y la respuesta, desalentadora.

—¡...Si queda tiempo, Pero! ¡Si queda tiempo!

—¿Eso significa que...?

—Has comprendido. Hemos de huir cuanto antes. El Obispo, mi antiguo compañero, me lo advirtió por cariño personal: hemos sido denunciados como brujos.

—¿Vos también? ¡Si vos no habéis hecho invocación alguna! ¡Si lo vuestro es sólo un trabajo de santo alquimista!... ¡Yo, en cambio...!

—Hemos sido denunciados, Pero. Y eso basta. Nos prenderán. Nos quebrarán los huesos en el potro. Nos harán confesar lo cierto y lo falso, porque terminaremos diciendo lo que quieran... Y luego, ¡a la horca o a la hoguera purificadora!

Hicieron sus bártulos. Tomaron sus mulas. Desaparecieron por la noche.

Pero se marchó sin el ungüento mágico, Guido Villami quemó sus libros y destrozó sus instrumentos, y nunca más se supo de ellos. El inmenso cofre del siglo XX quedó bajo la catedral, y el tiempo siguió su curso hacia atrás, hacia atrás, hasta llegar a la primera célula padre-madre, surgida en el seno de un mar caliente, agitado y tormentoso, en cuyo fondo había un cofre inmenso, lleno de mensajes que la primera célula no hubiera podido descifrar.

¡MALDITO EL AÑO . . . !

Estamos inmóviles.

El aire es grueso, irrespirable.

Tenemos hambre, pero de nada sirve decirlo. Ya no podemos ni siquiera gritar. Nos faltan energías para la protesta, espacio para el alarido.

Y yo soy el culpable.

No el único, claro; pero sí el culpable directo, y el que hizo venir al mundo a todos los que habían de compartir esta horrenda responsabilidad. Mis hijos, mis nietos, mis biznietos, continuaron cada vez con una perfección mayor, esta destructiva tarea de la conservación.

Apenas si podemos movernos un poquito a la izquierda, otro poquito a la derecha. El sudor del vecino tiene un olor agrio. Sin duda también el nuestro.

Esto debe de ser lo que antes se llamaba agonía. No sé si aquello duraba tanto. Días y días y días y más días.

Todos estamos esperando.

Pero, ¿en realidad puedo considerarme culpable?

No lo sé. No puedo pensar con claridad. Sin embargo, en alguna medida fui empujado a hacer lo que hice.

Debo agregar que yo no empecé las investigaciones, ni mucho menos. Otros científicos se me habían adelantado, y echado las bases de todo el proceso. Mi desgracia primera, fue que yo di en el clavo, y la segunda, que tuve la descendencia que tuve.

Antes, cuando todavía existían las bibliotecas, porque había espacio para guardar libros y otras cosas, en cualquier enciclopedia se habría encontrado mi nombre, como el ganador del Premio Asimov de Medicina y Fisiología del 2142. Pero, naturalmente, cuando lo que los ecólogos-economistas dieron en llamar "espacio per cápita" se redujo a límites estrechísimos, hubo que deshacerse de los libros, de los laboratorios, de los vehículos, de cuanta cosa ocupara los pocos centímetros cúbicos disponibles para cada sér humano.

Aquí, cerca de mí, está el cuerpo de mi madre. Alcanzo a percibir sus humores, que tienen algo de madera fermentada.

Ella también puede considerarse responsable en alguna medida, y no sólo porque me parió, sino porque me puso en trance de resolver la ecuación múltiple de los cánceres.

Ya algunos virus se habían revelado al ultramicroscopio. Otros, mantenían aún su terrible secreto. Y por muchos volúmenes, informes, ensayos, opiniones, que existían sobre el tema, la verdad es que sabíamos poco, muy poco de la enfermedad.

Tenemos hambre.

Sobre el hambre, parece que la humanidad siempre supo algo.

La nuestra, no obstante, es diferente. No comemos, es cierto. Ni tomamos vitaminas ni todo aquello que formaba parte de la botica normal de una casa del siglo XXI. Pero desde que nace una criatura, recibe el "Alimento Depot Múltiple". Mejor dicho, desde que nacía. Ya no nace nadie. ¿Cómo engendrar, en este apretujamiento demográfico, que tanto recuerda los cultivos bacterianos? No nace nadie.

Ni muere nadie.

Mea culpa.

* * *

Ya estaba yo metido en esa clase de investigaciones, desde hacía varios años. Prácticamente, desde que egresé de la Universidad con mi título de Doctor en Carcinoma de la Mama de Mujer Mestiza.

A mi bisabuelo, que también fue médico, aunque mucho menos especializado, como correspondía a su época, le habría extrañado la barbaridad de matemáticas que teníamos que aprender, y el manejo de aquellos inolvidables aparatos (llegaron a ocupar muy poco espacio, pero así y todo tuvieron que desaparecer) en que, por vía de computaciones electrónicas casi instantáneas, lográbamos descifrar cadenas enteras de ARN.

Digo que ya andaba yo metido en el asunto, bajo la tutela del doctor Strimberg, cuando tuve una neumo-

nía viral muy dolorosa. El doctor Strimberg me aplicó una sola untura de ungüento penetrante de Omnimicina, y al día siguiente, desaparecidos los dolores, pude continuar mis tareas. Luego a Ellen —me ha quedado cerca, por casualidad— le dio una infección intestinal fulminante. La curé yo, con iguales unturas de Omnimicina.

¡La Omnimicina, por Dios santo!

Guardo en mi memoria el larguísimo catálogo de enfermedades que teníamos que aprender en los dos primeros años de Medicina y Fisiología, antes de irnos enderezando hacia una especialidad. Era un esfuerzo casi sobrehumano, y no por los nombres en griego o en latín, los primeros casi siempre enredados, sino por la enorme cantidad de desequilibrios somáticos, síquicos o sicosomáticos.

Después, como todo mundo sabe, las enfermedades fueron clasificadas como acabo de indicar. Más tarde, se supo que sólo había una enfermedad, y ésta era la sicosomática, la cual se presentaba en infinita variedad de formas y matices; pero que básicamente obedecía a tres tipos de medicamentos.

Luego vino la Omnimicina.

Fue innecesario ya catalogar enfermedades y señalar terapéuticas separadas. ¡La Omnimicina, y santas paces!

En cambio tuvimos que estudiar matemáticas.

Eso nos permitía saber la composición precisa de cada ácido nucleico, de cada proteína, y saber en dónde teníamos que meter el bisturí. Un bisturí de

lenguaje figurado, pues habíamos trascendido aquella etapa primitiva de meter un cuchillo en el cuerpo de un hombre. No. Se trataba únicamente de cambiar de sitio un átomo de nitrógeno, colocar en el lugar adecuado otro de carbono. . . ¡Para eso estaban las computadoras biológicas del sabio Dementhel!

Meditaba sobre la composición bioquímica de un suero cancerológico, cuando llegó a mi lado Orlando, el cardiólogo. El único cardiólogo entre mis hijos, y uno de los pocos, de los poquísimos, en mi numerosa descendencia. Porque pronto se hicieron innecesarios.

—Papá. . . ¿Puedo hablar con usted?

Le di cita para el día siguiente.

Todos nosotros hemos sido siempre así. Cuando hacemos una cosa, le entregamos la totalidad de nuestras potencias. No distraemos la atención, ni permitimos que nadie nos la distraiga. Yo estaba trabajando con ese suero. Ninguna otra cosa podía importarme por el momento.

Me llamó la atención que al día siguiente y a la hora convenida, Orlando se me presentara con Recius, otro de mis hijos, ingeniero electrónico. Recius no tenía audiencia conmigo. Pero lo toleré, con tal de que no hablara.

Orlando expuso su asunto.

Recius llevaba ya muy adelantados varios aparatos de detección electromagnética, tendientes a diversas aplicaciones técnicas, de las cuales una gran cantidad era para la industria de las comunicaciones, en todos los sentidos del término: olografía, teletrivisión, aviación, salto cósmico, instantradio, etc.

—Acorta, hijo, que eso ya lo sé.

—Pues bien: hemos decidido unir esfuerzos. Entre su ingeniería y mi cardiología...

Desarrolló exactamente lo que yo veía venir.

Ya contaríamos con un artilugio mecánico capaz de bombear eternamente, con un mínimo gasto de energía, todo el caudal de sangre de un cuerpo humano.

Y me dio miedo.

No dije nada, pero me dio miedo.

Sí, es verdad, los médicos debíamos hacer cuanta cosa estuviera en nuestro poder para conservar a la humanidad sana y viva. Yo, luchaba contra el cáncer. Orlando y Recius, juntos, contra las cardiopatías. El propio Recius, solo, contra los accidentes. Y Leonard, el biocriminólogo, contra las tendencias, ya hereditarias, ya adquiridas, a la guerra, a la violencia y al crimen. Y Antígona contra el hambre y la vejez.

Llegaría un momento en que...

Y claro, el momento llegó.

Nosotros somos así. O una cosa se hace a la perfección, o no se hace.

* * *

Se acercó mi madre adonde yo estaba.

Llevaba el gesto alicaído. El cutis verdoso.

—Hijo: quiero que, como médico, veas esto...

Y ella, mujer mestiza, me mostró su pecho izquierdo. Un tumorcillo del tamaño de un garbanzo, se palpaba nítidamente en él.

Todavía algunos especialistas recurrían al bisturí, pese a que ya lo repudiaba la sensibilidad del público. Yo estaba contra él. Mientras se pudiera intervenir de alguna manera diferente, siquiera deteniendo el proceso...

No fue sino natural que me dedicara desde entonces con más ahínco a los problemas que tenía planteados desde mucho tiempo atrás.

El Premio Asimov del año 2142, fue la culminación de esos empeños. Y la otra culminación, el hecho de que mi madre se halle todavía con vida.

Si esto es vivir.

* * *

Vamos a establecer, si cabe, una gradación de culpas. No rehúyo la propia. Ni defiendo a mis hijos. Pero tampoco quiero sentirme o creerme el único responsable. Entre otras cosas, porque no sería justo.

Mi memoria guarda algunos datos estadísticos de los que hubo que quemar para dar espacio a la gente. Voy a procurar traerlos un tanto a flote, para aclarar las cosas.

En las postrimerías del siglo XX, ya se hacía sentir la llamada "explosión demográfica", cuyo ritmo se aceleraba de manera geométrica: más habitantes, más hijos, más habitantes, más hijos... Se calculaba la saturación del planeta para el año 2300. Estoy hablando en números redondos.

¿Por qué la saturación se presentó antes?

Los demógrafos no hicieron mal sus cálculos, pues ya por entonces había ordenadores y computadoras electrónicos de gran precisión y de notable rapidez.

Lo que pasó fue que no se tomó en cuenta, no pudo haberse tomado en cuenta, la existencia de esta familia maldita.

De mi familia.

La que, en realidad, comienza conmigo, porque si hubo médicos, abogados, ingenieros, entre mis antecesores, no hubo gente de investigación ni de inventos.

Además, los registros de que disponemos dicen muy claramente una cosa: esta cadena de deoxirribonucleico que nos caracteriza, se inicia en mí. Y, desgraciadamente, es hereditaria de manera inflexible.

¿Tendré yo la culpa de eso?

Se me educó en el seno de un hogar más o menos tradicionalista, de los últimos hogares burgueses que fueron quedando, de aquella época en que los hijos no pedían audiencia a los padres, sino que se dirigían a ellos sin preámbulos, y había una especie de promiscuidad social indecente.

Y ese tipo de sociedad inculcaba el culto a los antecesores.

Así, me eduqué en el amor a mi madre.

Y cuando ella dijo que tenía ese pequeño garbanzo en el pecho, mi reacción fue no sólo la de un médico especializado, sino la de un buen hijo, a la manera del siglo XX. Me apliqué con más denuedo a las pesquisas biogenéticas que traía entre manos, y solucioné de una sola vez todos los problemas del cáncer. Preventiva y

curativamente. Ese fue mi premio en el año fatal de 2142.

Cabe pensar que cuota de la culpa, debe achacarse también al medio familiar y social en que pasé mis primeros años.

Y todavía puede hilarse más delgado. Hay, ahora que lo recuerdo, un detalle, al parecer de poca monta, que con el curso de los años demostró tener importancia.

Porque nada de extraño tenía el que un tubo de ensayo resultara de mala calidad, y el vidrio se rompiera sin aparente motivo. Quizá ni recordaría el incidente, de no ser que...

Vamos despacio: decía que los demógrafos, al hacer sus cálculos, no tomaron en cuenta la existencia futura de esta familia que, biológicamente, comienza conmigo.

Tampoco previeron lo que el Dr. Strimberg, mi maestro, denominó gráficamente "la reversión de la cápsula".

Explicaré primero este fenómeno, antes de relatar los demás acontecimientos.

* * *

El asunto de la cápsula fue el siguiente: desde 1900 y tantos, venían produciéndose varias píldoras anticonceptivas, de eficacia bastante probada mientras las mujeres las estaban consumiendo. Pero, en cuanto dejaban, por cualquier razón, de tragarlas, la naturaleza

tomaba en ellas un desquite peculiar: acrecentaba sus posibilidades generatrices, y las llevaba al parto doble, triple, múltiple.

Asociaciones conscientes del problema que se avecinaba, o que, en rigor, ya comenzaba a vivirse, hacían campaña a favor de lo que se dio en llamar "paternidad responsable", y que en muchas ocasiones debió llamarse "maternidad responsable". ¡Que nadie trajera al mundo más hijos de los que sería capaz de alimentar, vestir, albergar y educar! Sus argumentos eran en un sentido morales; pero chocaban con las convicciones éticas y religiosas de muchas gentes. Por eso, quizás, ponían énfasis en las estadísticas. Recuerdo haber leído en un libro —¡siempre tendré que añorar la época en que había espacio para un libro!— que hacia 1970 el mundo tenía 3,632 millones de habitantes; que hacia el 75 se esperaba tener más de cuatro mil millones, hacia el 80, cuatro mil quinientos... Con cálculos conservadores, el autor llegaba a la conclusión de que la población mundial se duplicaba cada 50 años, y que, en consecuencia, hacia el año de 2310, habría más de un habitante por metro cuadrado. Así, en el 2360, nos encontraríamos tal como nos hallamos ahora.

Pero los argumentos científicos, y particularmente los estadísticos, no solían conmover a las grandes masas.

De otra parte, entidades religiosas y morales hablaban de que la limitación de la natalidad constituía un atentado contra la vida; que quien está por nacer es ya un sér viviente, aun cuando no se haya independizado de la biología materna. Y ofrecían la conde-

nación a los infractores. Esto último resultaba más poderoso que los silogismos.

Así fue cómo se produjo la "reversión de la cápsula".

Porque unos y otros intensificaron su propaganda, y por cada adepto que ganaba la asociación limitadora, ganaba tres o cuatro la entidad religiosa.

Si estos tres o cuatro adeptos hubieran sido de los que no recurrían a los métodos anticonceptivos, probablemente las curvas estadísticas habrían resultado más exactas, y las previsiones se habrían cumplido en término. Mas se trató, en gran medida, de mujeres que ya tomaban cápsulas anticonceptivas, y el resultado fue la proliferación de partos dobles y triples, lo cual dio una tremenda progresión geométrica. A eso llamó el doctor Strimberg "reversión". Otros, menos científicos o más apasionados, llamaron al fenómeno "la venganza" o "la revancha de la píldora".

Como, a la postre, en los ácidos nucleicos estaban los secretos tanto del cáncer como de la herencia y de la fertilidad, el Dr. Strimberg me dijo:

—Doctor Harbis... ¿Qué le parece si, aprovechando las investigaciones que actualmente realiza, trata de encontrar un antídoto al problema de la reversión... algo que la haga imposible?

—¿La reversión de la reversión?

—Eso: la reversión de la reversión.

—¿Lo cree viable?

—¿Qué hay imposible? ¿No andan acaso todos estos fenómenos, en los mismos caldos proteínicos?

Como siempre, tenía toda la razón.

Aún guardaba yo muchos resabios de la educación burguesa que había recibido, y consideraba que para hablar sobre el tema —o, peor, para trabajar en él— había que estudiar muchos problemas morales antes de decidirse por el pro o el contra. Los dos bandos me convencían a ratos. A ratos, los dos bandos me parecían terriblemente inmorales.

Ya que no soy un experto en esas cuestiones, decidí preguntar a mi mujer lo que ella opinaba. Ellen reaccionó emotivamente. En parte, por su femineidad muy del siglo vigésimo, en parte, porque ella misma —¡y yo, naturalmente!— habíamos sido víctimas de la reversión. Nadie ignora que tenemos una cantidad de hijos, y que vinieron al mundo de tres en tres, cuando no de cuatro en cuatro. Y los más importantes de ellos, después de mi accidente con el tubo de ensayo, porque ya la reversión operada en Ellen era simplemente irreversible.

Nadie ignora que Orlando, Recius, Leonard y Antígona, nacieron con 23 minutos de diferencia, exactos, el uno del otro, en el orden en que han sido citados.

Digo que Ellen reaccionó emotivamente.

—¡Hazlo, hazlo, por favor! ¡Ya no por mí, sino por tantas mujeres víctimas de la "revancha de la píldora".

—La "reversión de la cápsula", hija.

—Como quieras. Víctimas, y no me importan las palabras, de esta manera indecente de parir como perras, una cantidad de cachorros medio ciegos, gemebundos...

—Pero tú no tienes de qué quejarte...

Efectivamente, aunque los supergenios de la familia no existían sobre la tierra, teníamos ya unos 15 ó 20 vástagos. No recuerdo exactamente. Porque ni siquiera alcancé a aprenderme todos sus nombres.

No me equivoqué al considerar que estos trabajos podían llevarse al mismo tiempo que los relativos al cáncer, pues no sólo no se estorbaban, sino que resultaban complementarios.

Yo no sé si aquello podría considerarse Bioquímica o ingeniería. ¡La de cálculos que tenía que hacer! ¿Cómo colocar este oxidrilo aquí, sin romper el equilibrio de la molécula? ¿Qué temperatura debía dar en un momento dado, y cuánto debía bajarla, en qué fracción de segundo?... Los que han trabajado en estas cosas, saben la concentración mental que reclaman.

Jamás he hablado mal del doctor Strimberg, a quien mucho debo en mi formación científica, y a quien he admirado toda mi vida. Fue de los últimos en morir, y el mero hecho de que esté muerto, suscita respeto y envidia. Pero nada impide decir que una de sus poquísimas costumbres no muy recomendables, era la de sorprenderlo a uno.

Caminaba sigilosamente, con zapatos de suela de goma, y ni siquiera se oía el roce de sus pies sobre el suelo. Y de pronto, con un vozarrón imponente, hablaba:

—¿En qué se ocupa ahora, doctor Harbis?

Estaba yo tan sumido en mis observaciones y cavilaciones, que me sentí como impulsado por una catapulta, en una endemoniada parábola mental. Algo así

como la sensación que uno tiene cuando trata de bajar una grada que no existe. Y di un respingo, que hizo vibrar violentamente en mis manos el tubo de ensayo. Se rompió. Me produjo una leve herida, una imperceptible herida, en el dedo pulgar de la mano derecha, por donde se derramó aquel líquido verdoso que...

Para qué seguir.

La historia es bien sabida de todos estos pobres diablos que, tendidos en el suelo uno junto a otro y a otro y a otro, semirrespiran, semiduermen, semiviven en este hacinamiento infernal y sin remedio.

Se me inoculó una partícula mínima del líquido verdoso, y modificó mis genes y toda esta concatenación molecular que hizo de mí un supergenio, y de mis hijos, de mis nietos, de mis biznietos, de mis tataranietos, horribles monstruos de inteligencia sin remedio, transmisible por los siglos...

¿Por los siglos de los siglos?

Ya no.

Antes, para procrear, habían de yacer juntos un hombre y una mujer. Hoy la humanidad entera yace, hombres y mujeres revueltos, hacinados como plátanos puestos a asolear para que escurran. Y así, precisamente yaciendo tan apretadamente, ya no es posible generación alguna.

Eso pondrá fin —espero yo— a esta maldita herencia.

Orlando, Recius, Leonard y Antígona, nacieron un año después del accidente.

¿No tendrá, en parte, responsabilidad en lo que

pasa, la fábrica de tubos de ensayo, que sacó al mercado uno tan frágil? ¿No la tendrá el doctor Strimberg, que me sobresaltó con su exabrupto?

* * *

Nunca llegué a la reversión de la reversión.

O a la revancha de la revancha, como dice Ellen.

Después del pequeño accidente no quise saber nada más del asunto, y me dediqué de lleno al cáncer de la mama de mi madre, mujer mestiza. Los resultados, ya se saben. Ahí está ella, rezongando a ratos, maldiciendo de una vida tan larga, tan aburrida, tan estéril. ¡Tan estéril, pese a que su descendencia actual sobrepasa el millón de seres!

* * *

Leonard Harbis siguió mis propios pasos en las investigaciones genéticas, pero con otra finalidad. Para aplicarlas a las tendencias agresivas del hombre. A su fórmula, sintéticamente llamada LH-999, se debe el que hayan concluido las guerras y el que paulatinamente fueran terminando las reyertas individuales. Empezó por aplicarse el LH-999 en los hospitales siquiátricos, se administró luego en las cárceles, y, probadas su eficacia y su falta de efectos secundarios, se adoptó como fórmula obligatoria en escuelas, cuarteles, universidades, etc.

Entre Orlando y Recius, llegó a su pleno desarrollo el cardioelectrón, pequeñísimo, barato, de funcionamiento impecable y constante.

Recius solo, como ingeniero, perfeccionó detectores y reactores que impidieron choques de automóviles o de aviones, incendios de motores, colisiones de buques.

Ya teníamos la Omnimicina.

Entonces fue cuando Antígona acabó de llevar las cosas al extremo.

Las mujeres, ya se sabe, han sido siempre las mujeres. Ni la más exigente formación académica, logró jamás erradicar de ellas —y así tenía que ser— cierta indefinible y caprichosa dulzura, cierta manera, a veces más segura que la lógica, de enfrentar los acontecimientos, cierta gasa de poesía para recubrir las realidades cotidianas.

Ya por entonces vivíamos en cubículos estrechos, y los que habíamos tenido una infancia y una juventud más desahogada, no nos habituábamos a semejante circunstancia. Pero ella y su amante lo encontraban natural. Cuando cada uno regresaba de su quehacer, tenía que enjaularse con el otro y con los hijos comunes, en un espacio tan reducido que era imposible disimular un gesto de fatiga, un mal olor del cuerpo, un movimiento de impaciencia.

En aquel cubículo, porque apenas era una plancha sin espesor, había un espejo. Y una mañana, cuando ya todos se habían marchado y ella quedaba sola, Antígona se vio al espejo.

Era mujer, y detectó rápidamente unas arruguillas insignificantes que comenzaban a formársele en las cercanías de los ojos. En el mismo instante, y acaso por coincidencia, lloraron los cuatro mellizos últimos de una de las mazmorras contiguas. No había que explicarle por qué: Antígona los había atendido más de una vez, como médico, y sabía que lo de los niños era hambre. "Desnutrición", se decía científicamente. Pero era hambre. Lisa y llanamente.

Y esas arruguillas y ese llanto, obligaron a mi hija a cambiar el rumbo de sus actividades.

En lo sucesivo, dedicó su tiempo a luchar contra esos dos azotes de la humanidad: la vejez, que la amenazaba a ella, y el hambre, que se cernía sobre millares de millares de parásitos de este malhadado planeta.

Desgraciadamente, triunfó.

Hambre, sí tenemos. Pero desnutrición, no. ¡Maldito sea el Alimento Depot Múltiple, que nos mantiene vivos, medio vivos, mientras el hambre nos recorre diabólicamente cuerpo y alma!

Total: nadie muere de viejo. Ni de cáncer. Ni de hambre. Ni de violencia. Ni de accidente. Ni de infarto.

Aquí estamos, echados el uno junto al otro y al otro y al otro y al otro...

Y todo empezó conmigo.

En aquel infame año de 2142, en que recibí el Premio Asimov.

INDICE

La presente edición consta de 3.000 ejemplares. Se terminó de imprimir el 28 de junio de 1978 en los Talleres de la Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación. San Salvador, El Salvador, Centro América.